

JAVIER PÉREZ-EMBED WAMBA

La Historiografía Medieval



Editorial
Universidad
de Huelva

EUHU

LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL

LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL

JAVIER PÉREZ-EMBIÓ WAMBA

Editorial
Universidad
de Huelva



Primera edición: marzo 2025

© Editorial Universidad de Huelva

© Javier Pérez-Embid Wamba

I.S.B.N. (Papel): 978-84-10326-59-0

El.S.B.N. (PDF): 978-84-10326-60-6

El.S.B.N. (EPUB): 978-84-10326-61-3

Depósito legal: H 148 - 2025

Maquetación: Nerea Liáñez Fernández

Papel

Offset industrial ahuesado de 90 g/m².
Impreso en papel de bosque certificado.

Encuadernación

Rústica, encolado PUR.

Printed in Spain. Impreso en España.

Para citar esta publicación, use la siguiente referencia:

Pérez-Embid Wamba, Javier. *La historiografía medieval*. Editorial Universidad de Huelva, 2025. ISBN 978-84-10326-59-0.

Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons **BY-NC-SA** Atribución-NoComercial-CompartirIgual.

Editorial Universidad de Huelva es miembro de Unión de Editoriales Universitarias Españolas UNE.

Editorial Universidad de Huelva

Campus de El Carmen . Edif. Marie Curie
Avda. Tres de Marzo, s/n – 21071 Huelva
t. 959 21 93 27. publicaciones@editorial.uhu.es
www.uhu.es/editorial



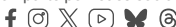
Libro bajo licencia Creative Commons



Cita el libro



Comparte por redes sociales



Navegación por marcadores e hipervínculos

ÍNDICE

ALTA EDAD MEDIA	9
1. HISTORIA UNIVERSAL (300-1000 D. C.).....	11
2. HISTORIA ÉTNICA Y NACIONAL (500-1000 D. C.).....	17
3. LA HISTORIA LOCAL E INSTITUCIONAL (300-1000).....	37
4. LA BIOGRAFÍA CRISTIANA (SIGLOS I-XI).....	45
 PLENA Y BAJA EDAD MEDIA	51
5. LA HISTORIA UNIVERSAL.....	53
6. LA HISTORIOGRAFÍA NACIONAL.....	61
7. LA HISTORIA DINÁSTICA	85
8. LA HISTORIA TESTIMONIO	91
9. DE LA HISTORIA INSTITUCIONAL A LA HISTORIA URBANA.....	101
10. LA BIOGRAFÍA (II. 1000 -1350).....	113
11. HISTORIA Y FICCIÓN	131
 BIBLIOGRAFÍA	141

ALTA EDAD MEDIA

1. HISTORIA UNIVERSAL (300-1000 D. C.)

La difusión del cristianismo en el imperio romano imprimió a las mentalidades un sentimiento de mesianismo, heredado de la tradición judaica y alimentado por la lectura y comentario del libro de *Apocalipsis*. Clemente de Alejandría comparó los tiempos de la Biblia con la evidencia de la historia egipcia, asiria y griega, y mostró que la verdad revelada precedía y nutría toda la filosofía griega. Signadas por la preocupación del fin del mundo inminente (Hechos, 1:7) están las elaboraciones del cómputo.

La *Cronografía* de Julio Africano (c. 217), escolar en Alejandría, supuso la primera elaboración cristiana de la historia universal. Determinó las sincronías del Antiguo Testamento con otras partes de la historia antigua, y fijó el nacimiento de Cristo en el 5500 de la Creación, basándose en el *Comentario a Daniel* (c. 204) de Hipólito (clérigo rigorista romano que en la *Tradición apostólica* reunió c. 215 un compendio de liturgia y disciplina) y alejó la hipótesis de la inminencia del fin del mundo al datar el momento que vivían en el 5738 año de la creación.

EUSEBIO DE CESAREA (c. 260-339) conceptualizó el significado del evento de la conversión de Constantino, explicando en su *Crónica* el sentimiento del emperador Constantino de deber su victoria en el Puente Milvio a la ayuda de Dios. El texto es resultado de la fusión de una *chronografía* (o resumen de lo acontecido desde los orígenes en cada una de las “cuatro naciones” de la historia universal) y los *kanones* (donde lo anterior se

presenta sincronizado en columnas). Trasladó la Encarnación al 5199 de la creación y fue la primera visión histórica ecuménica, dentro del campo cristiano, que incluyó la historia pagana vigente culturalmente hasta el momento. SAN JERÓNIMO llevó la relación hasta el año 378 d. C. para consignar la derrota del emperador Valente en Adrianópolis. Y luego la continuaron Sulpicio Severo (c. 400), Próspero de Aquitania (en 452) y Mario de Avenches (en 582), quedando el texto “alterado” en algunas copias hasta el siglo X. La crónica de Eusebio-Jerónimo retocada eleva el papel histórico de Roma desde su primitiva fuerza hasta la anunciada y privilegiada oposición frente a las diversas naciones a las que había de someter (M. I. Allen), no sin subrayar el progreso que su imperio significó frente al mundo griego desde la conversión de Constantino. Al mismo tiempo acentuaba el sentido providencialista sobre el desarrollo histórico: en el “Comentario a Daniel” Jerónimo se aleja del milenarismo de Hipólito. La *Crónica* de Jerónimo estableció de esta forma la base para todas las elaboraciones latinas posteriores de la historia universal desde Abrahán.

Por otra parte, la *Historia Eclesiástica* (cf. *HE*, X, 9) de Eusebio va a inaugurar otro género en la historiografía medieval, aquel que presupone que todo cuanto de notable ocurre entre los hombres se da en el seno de la Iglesia y tiene a sus ministros como principales protagonistas. Escrita en griego, manifiesta en su prólogo el objeto de su interés: la sucesión de los apóstoles, el testimonio de los mártires, la vida y obra de los *padres* de la iglesia y la aparición de todo tipo de herejías.

En el *Hexameron*, o comentario sobre los seis días de la creación, AMBROSIO DE MILÁN proporcionó a los catecúmenos, o candidatos al bautismo, la noción de una comunidad histórica basada en la Biblia. Inaugura también un género, el de la cosmología cristiana a partir del génesis, en el que la naturaleza apenas si aparece comentada por su valor simbólico de las realidades espirituales (cf. las “enciclopedias” de Rabano Mauro y Hugo de San Víctor).

En vez de un epítome o de un memorial, un refugiado hispano en el norte de Africa, OROSIO, escribió (c. 419) en sus *Historiae adversus paganos* una narración que consideraba el contenido y significado del tiempo, relatando la experiencia humana desde la caída de Adán hasta el presente, y señalando la línea divisoria que había significado el advenimiento del Salvador y su efecto en el privilegiado tiempo presente en que él escribía. Venía a constituir un catálogo de los crímenes del paganismo para mostrar que las calamidades del tiempo presente no eran imputables al cristianismo. Espíritu optimista e imbuido del significado de la ciudadanía romana, estableció el paradigma medieval de los “cuatro reinos” sucesivos en el mundo (Asirios, medos, persas frente a Cartago y Macedonia frente a Roma), y en su comentario bíblico consideró las diez plagas de Egipto una prefiguración de las diez persecuciones de los emperadores romanos contra los cristianos, bendiciendo el levantamiento de los bárbaros contra los romanos como un castigo a sus pecados. Los autores posteriores valorarían su sistema de premio o castigo divino, que invitaba a la aplicación de la ética cristiana a la esfera política a través del uso y nueva escritura de obras históricas.

En lo que se refiere a la caída de Roma ante los godos en 410, el abogado defensor de los cristianos frente a las acusaciones de responsabilidad de que eran objeto fue AGUSTÍN DE HIPONA († 430) con su *Ciudad de Dios* (412-426). La obra puede dividirse en dos partes: a) una primera negativa (lib. I-X), consistente en una polémica contra los paganos, en una especie de respuesta a las *Antiquitates rerum divinarum* de Varrón: los dioses no aseguran a sus seguidores los bienes materiales (lib. V), y aun menos la prosperidad espiritual (lib. VI-X). EL VII está especialmente dirigido contra los neoplatónicos y en el X presenta la aspiración hacia el monoteísmo propia de su tiempo; b) la segunda parte, más positiva, (lib. XI-XXII) contiene una explicación cristiana de la historia: el origen de la Ciudad de Dios, desde la creación del mundo hasta el pecado original (lib.

XI-XIV); la progresión de las dos ciudades, la de Dios y la de los hombres, una casi en el interior de la otra (lib. XV-XVIII). En el XV se narra la historia desde la aparición del primer hombre, obviamente siguiendo la Biblia; en el XVI, el curso de las dos ciudades tras el Diluvio; en el XVII desde David hasta Abrahán; y en el XVIII desde Abrahán hasta el fin del mundo; finalmente Agustín expone el destino de las dos ciudades (lib. XIX-XXII).

Al contrario que Orosio, Agustín desconfiaba del mundo, de sus métodos y de la ciudadanía romana. Influenció de manera menos ambigua el idioma de la historia universal a través de la periodización cósmica de las “seis edades”. La Ciudad de Dios presupone, más que repite, la cronología de Eusebio-Jerónimo. Sus propósitos teológicos requerían una trama temporal que reflejase los hitos de la historia sagrada. Su teoría de las seis edades la había expuesto ya en el “Comentario del Génesis contra los maniqueos” (c. 388) (esquema que desde la antigüedad había dado lugar a considerar la duración del mundo en 6.000 o 7.000 años, esto último según Julio Africano). Agustín equipara los seis días a las edades del hombre: “infantia” (Adán-Noé), “pueritia” (Noé-Abrahán), “adolescentia” (Abrahán-David), “iuventus” (David-Captividad de Babilonia), “gravitas” o madurez (Babilonia-Cristo), “senectud” (Cristo-el tiempo presente), y la edad postrera (hasta el fin del mundo). Ello abrió las puertas a una serie de alegorías morales apoyadas en la historia sagrada, muy útiles socialmente. Al presentar, además, esas edades como de duración diferente, Agustín desmonta el cómputo de 1.000 años para cada uno de los “días”, con lo cual infundió en la cristiandad un nuevo sentido escatológico, presentando “la inutilidad de conocer el momento que Dios ha establecido para el fin de la séptima edad” (con su apelación al texto de Hechos 1:7).

El esquema de Agustín fue amalgamado y popularizado por Isidoro de Sevilla († 636), tanto en su “Pequeña” y “Gran Crónica” como en las *Etimologiae*, donde usa otras fuentes además

de Agustín. Aunque Isidoro –siguiendo el sistema griego de cronología septuagesimal (versión bíblica griega de los Setenta) usado desde Eusebio-Jerónimo– había fijado el principio de la sexta edad en el año 5196 de la creación, suscribió la afirmación agustiniana de la inutilidad de conocer el día del fin del mundo, ya que “para cada uno su muerte equivale a ello”. Beda († 735), en cambio, siguiendo el cómputo hebreo, situó el nacimiento de Cristo en el año 3952 de la creación. El éxito de sus conclusiones, derivadas de la observación astral, para el cómputo de la pascua (en *De temporum ratione*) favoreció su doble y diferente esquema para la historia universal: en su Gran *crónica* unió el tiempo cósmico –su relato empieza en los seis días de la Creación– basado en la Verdad Hebrea (ya conocida desde la Vulgata Jeronimiana), con el modelo de las Edades y con anotaciones históricas concisas aunque de amplio alcance. En su *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* utilizará, en cambio, por primera vez la datación de los hechos históricos por el nacimiento de Cristo.

2. HISTORIA ÉTNICA Y NACIONAL (500-1000 D. C.)

No se trata de un género específico desde el punto de vista retórico, sino de historias escritas por autores imbuidos de una “autoconciencia étnica”. Más allá de consideraciones nacionalistas, la cuestión a la que las historias étnicas se supone que deben responder es la del papel de la cultura germánica frente al del imperio romano en la formación de la Europa medieval.

El mismo criterio de lo germánico, que se ha visto a menudo determinado por consideraciones lingüísticas y arqueológicas – no invariables ni coherentes unas con otras– ha variado. Actualmente el concepto de etnogénesis autoriza a tomar en consideración denominadores étnicos como el lenguaje, el armamento o la vestimenta, pero también al discurso de las historias étnicas, como estrategias por las que se crea y afirma una nueva nacionalidad. Y ello sin que pueda detectarse en ellas los rastros de una identidad tribal preexistente y ya establecida. A la luz de esto la etnicidad debe entenderse, no como un único factor monolítico, sino como una compleja opción que se construye, se negocia y se realiza a lo largo del tiempo.

Los textos son heterogéneos porque algunos de sus autores no pertenecían a las *gentes* sobre las que escribieron (Gregorio de Tours, Isidoro de Sevilla), y otros, aunque lo fuesen, escribieron sobre pueblos que habían dejado ya de ser soberanos, sin ponerse necesariamente de su parte (Jordanes, Pablo el Diácono). Otros se centraron en grupos o tribus que formaban parte de una nación más amplia (Fredegario, el *Liber historiae fran-*

corum), y finalmente hubo quien utilizó la historia de su pueblo solo como una breve introducción a un relato sobre una más amplia confederación territorial en la que aquél había quedado absorbido (Widukind): para él, los sajones constituyen la población del ducado de Sajonia, que en su época ostentaba la dirección del imperio.

JORDANES Y LOS GODOS. El autor de *Sobre el origen y hazañas de los godos* se presenta a sí mismo como un godo de Moesia (entre el Danubio, el mar Negro y del de Mármara, correspondiendo a la actual Bulgaria), nieto de un godo que había sido secretario del rey de los alanos allí establecido, y se considera él mismo un “notarius agrammatus”, es decir, carente de la convencional formación escolar en gramática y retórica. A Constantinopla se refiere como “la ciudad”, en la que parece que escribió (dice que durante tres días el mayordomo de Casiodoro le prestó la *Historia de los godos* de este autor).

Jordanes utilizó una gran variedad de fuentes griegas y latinas, muchas “de segunda mano”. La *Getica*, compuesta en 551 como continuación de un sumario de crónicas llamado la “Romana”, se divide en tres partes de similar longitud: a) 4-130: leyendas sobre el origen combinadas con descripciones geográfico-etnográficas de los varios países habitados por los godos en su desplazamiento hacia el Mediterráneo; b) 131-245: fortuna de los visigodos hasta el tiempo de Jordanes, en que se hacen dueños del sur de la Galia y de Hispania; c) 246-316, historia de los ostrogodos desde 370, primero bajo la égida de los hunos y luego como pueblo libre establecido en Panonia y después en Italia. (cf. las deducciones sobre la relación con la obra de Casiodoro, el papel de las tradiciones orales godas y las “huellas” del pasado de los hunos).

Pero lo cierto es que Jordanes proyecta al pasado (a la estancia del pueblo en las orillas al norte del mar Negro, la división visigodos/ostrogodos. Actualmente se piensa que la obra refleja

los valores de un godo fuertemente asimilado en Constantino-
pla, católico y antiarriano, que escribe en 551 apoyando la po-
lítica de Justiniano en Italia (aunque deseando que éste, para su
operación de reconquista, enviara a Belisario y no a Narsés), or-
gulloso de los éxitos históricos y de la antigüedad de su pueblo,
pero sobre todo seguro de la necesidad del mismo de someterse
a la autoridad del imperio.

GREGORIO DE TOURS Y LA GALIA MEROVINGIA. Aunque Jor-
danes no situó a los godos en el comienzo de su historia, sí que
los convirtió en el protagonista principal de los *Getica*. No fue
el caso de Gregorio de Tours respecto de los francos. Obispo
galorromano de ascendencia senatorial, escribió para la pobla-
ción del sur del Loira, sin mostrar interés en la etnicidad, ni
la suya ni la de los francos. La verdadera denominación de su
obra es “*Historiae*”, el título *Historia francorum* se encuentra
sólo en los manuscritos carolingios que la transmiten. Hijo de
auvergnés y burgundia, vecino de Clermont y miembro de una
familia a la que pertenecieron algunos obispos de Lyon, Lan-
gres y Tours, accedió a esta última sede en 573, transfiriendo
a la tumba de San Martín toda la devoción que antes había
profesado hacia San Julián de Brioude. Hasta su muerte en 594
parece que jugó un papel en los asuntos religiosos y seculares de
Australia, Neustria y Borgoña.

Además de las “*Historiae*”, su obra incluye siete libros de
“*miracula*”, uno de “*vitae*”, otro con la leyenda de los Siete Dur-
mientes de Éfeso, otro sobre cronología y astrología y otro (hoy
perdido) que era una interpretación de los salmos, todos los
cuales tienen su importancia para entender las “*Historiae*” por
la combinación de asuntos seculares, correlatos hagiográficos
y descripciones de presagios y prodigios que la obra encierra.
Todo ello en un latín plagado de incorrecciones, por las que
se excusa en el prólogo (pedirá a sus sucesores en la sede que
no cambien el texto, dado que lo entendía más apropiado para
su comprensión por parte de la mayoría). Actualmente ciertos

comentaristas sugieren que los editores habrían elegido los manuscritos más “merovingios” respecto a otros. Todo lo cual contribuye a que el estilo de Gregorio palidezca frente al de Cesáreo de Arlès o al de Venancio Fortunato.

A un prólogo general le siguen diez libros de los que los tres primeros y el quinto llevan también su prólogo. Tras el libro X inserta una serie de breves biografías de los obispos de Tours, posiblemente el primer ejemplo del género de los “*gesta episcoporum*”. Todo ello conforma una obra única, aunque Heinzelmann opina que los cuatro primeros (de la Creación al 575 d. C.) parecen haber sido compuestos para su publicación por separado. El cómputo de la edad del mundo a fines del libro IV y la forma de dirigirse al público parecen indicar que su proyecto inicial no incluía los hechos de su tiempo. Los dieciséis años de historia merovingia narrados entre los capítulos V-X con Gregorio en un papel protagonista parecen indicar que quizás él no tuviera la intención de que estos se publicaran durante su vida.

Sus fuentes son varias: Eusebio, Jerónimo, Sulpicio Severo, algunas obras tardoimperiales perdidas (*vgr* Profuturus Frigidus y Sulpicio Alejandro), Orosio, más algunas citas de Virgilio o de Salustio tomadas de florilegios tardoantiguos, junto a ciertos textos merovingios (el Tratado de Andelot en IX, 20; o la fundación por Santa Radegunda de Santa Cruz de Poitiers en IX, 41). Recientemente se han señalado determinadas faltas de objetividad, como su celo antiarriano, el retrato de Clodoveo y de la conversión de los francos, su relato de la invasión de la Galia por los hunos en 541, asignando un desorbitado papel a los francos en la defensa de la Galia, o la caracterización de Chilperico I, que ignora su dinamismo cultural y su originalidad.

Se ha argumentado que el aparente caos en la narración, su discontinuidad temática, refleja el desorden moral y político de su época y la incapacidad de los escritores para ofrecer un relato coherente y organizado. Sin embargo, recientemente ello

se explica por la crítica cristiana a la retórica tardoantigua y por el énfasis en un lenguaje directo que facilitara el acceso directo a los hechos, la retórica de los hechos como opuesta a la de las palabras. La deliberada alternancia de milagros y crímenes ofrece un relato de la vida en el mundo que ha sido interpretada (Goffart, 1988) como sátira, lo que no parece casar con los propósitos moralizantes de la obra. Más bien parece (Werner, 1987) que nos hallamos ante una muestra de historiografía tardoantigua o protomedieval, inspirada en Orosio y los libros históricos del Antiguo Testamento, particularmente el Libro de los Reyes. La *Historia* no es así nacional ni étnica por su tema protagonista, sino que se centra en el funcionamiento de la sociedad cristiana y particularmente en la tarea de sus gobernantes, los cuales junto a los sacerdotes conducen al pueblo hacia la salvación. Cada uno de sus libros contiene una “simetría paradigmática”, hallándose al final la antítesis de lo relatado al principio, complejidad estructural esta que explica por qué Gregorio no quería que fuese modificada la obra. El rey Chilperico rechazaba aquella colaboración, en tanto el “buen” rey Guntram la deseaba.

En cualquier caso, el “realismo” de Gregorio, ese juego de contrastes entre santidad y violencia, de la que él había sido testigo durante mucho tiempo y que saltea su *Historia*, ha sido particularmente valorado en la obra de Gregorio, y actualmente se contempla no como fruto de cierta inocencia o espontaneidad literaria sino como producto de su arte.

ISIDORO DE SEVILLA Y LOS VISIGODOS, VÁNDALOS Y SUEVOS. El enciclopédico obispo de Sevilla (570-636) dejó dos versiones de la *Historia Gothorum*, una más corta que hizo terminar en el reinado de Sisebuto (612-621), probablemente en 621, y otra más larga, de 624, en la que se extiende sobre el reinado de Suíntila (621-631) con la jubilosa alabanza de la reconquista por este rey de Cartagena, que las tropas imperiales habían ocupado en 552. La “*Historia de los Godos*” propiamente dicha

empieza con un “*Laus Hispaniae*”, donde sus antiguas provincias romanas son descritas como un territorio excepcionalmente rico y templado, para ser luego personificadas en la figura de una hermosa mujer casada con el imperio y ulteriormente raptada y violada por los godos invasores en su fuerza ascendente. Sesenta y cinco cortos capítulos contienen sólo la historia de los visigodos, desde su primer encuentro con Roma hasta la fundación del reino de Tolosa y la conquista y reunificación de Hispania. Viene luego una “recapitulación” en cinco capítulos (66-70) donde se alaban los éxitos de los godos y se atribuye su éxito –presentado como un triunfo sobre Roma– a su valor en el combate y su amor a la libertad. La *Historia wandalorum* y la *Historia suevorum* (caps. 71-84 y 85-92) son breves apéndices añadidos a la *Historia Gothorum* concernientes a otras *gentes* que un día habitaron Hispania. Consisten en breves sumarios de su historia desde su llegada a la península hasta la reconquista imperial del reino vándalo en el norte de África en 533 y la incorporación de los suevos al reino visigodo con Leovigildo en los 570s.

Toda la *HG* es un tejido de préstamos de obras históricas anteriores (“*de historiis libata retexere*”, 2): Orosio y las crónicas universales (Jerónimo-Eusebio, Hidacio, Próspero de Aquitania y Victor de Tunnuna; para los vándalos, Juan de Biclano). No hay evidencia de que Isidoro conociese la obra de Jordanes. Reducida toda la información a lo esencial por mor de la elegante “*brevitas*”, la obra de Isidoro suministra menos datos de tipo positivo que sus fuentes, pero es de gran interés literario e ideológico. Escrita en la euforia de la reconquista por Suíntila de la provincia de Cartagena, que se hallaba bajo la ocupación de los bizantinos (de donde él procedía), la versión breve sería en realidad el texto de una *historiola* de los godos debida a la pluma de Máximo de Zaragoza, y la versión extensa consistiría en una “*amplificatio*” de la misma compuesta por Isidoro en alabanza de aquel rey.

No sorprende de tal forma su patriotismo goticista: los godos lucharon con Pompeyo contra César y en derrotarlos estriba mucho de la fama de Claudio y Constantino; su saqueo de Roma en 410 fue más bien comedido puesto que respetaron las iglesias con sus propiedades; llevaron el peso de la batalla en los campos Cataláunicos contra Atila, siendo Aecio un mero auxiliar; su arrianismo, aunque culpable, se justifica por haberles sido predicado por unos enviados de Valente. Y aunque data los hechos por la era del César y el año de cada emperador, incluso en los capítulos más pequeños se halla una referencia al destino del pueblo godo, sin olvidar nunca referirse a la forma en que murió cada rey. En cuanto al género de la *HG*, la falta de registro de tradiciones vernáculas dificulta su consideración como historia étnica. Pero tampoco se plantea, a pesar de la influencia de Orosio, narrar algo de la historia “universal”. Y aunque la obra ha sido presentada como el origen literario de la “nación española”, primera en el tiempo de las europeas, esta perspectiva se ve contradicha por la ausencia de referencias a la población hispanorromana: los “laudes” a Hispania que en ella se contienen están compuestos en términos puramente geográficos, como si aquella provincia se encontrara deshabitada.

DOS HISTORIADORES DE LOS FRANCO: FREDEGARIO Y EL *Liber Historiae Francorum*. La obra de Fredegario consiste en la abreviación de cinco crónicas (de Jerónimo, Hidacio, Hipólito de Oporto, Isidoro y Gregorio de Tours) a las que él mismo en solitario –ello se deduce de la unidad de su estilo– añade entre 658-60 una sexta con alta proporción de materiales legendarios y de ficción. Al contrario que Gregorio, Fredegario es un historiador de los francos, a los que –por vez primera en la historiografía altomedieval– él atribuye origen troyano. Pero su historia la entiende como parte de la universal, lo cual confirma la rica narración del contexto internacional de los hechos de Austrasia, Neustria y Borgoña contenida en el libro IV, que es su

propia contribución. Empezando en los reinados de Guntram y Childeberto II, se centra principalmente en el de Clotario (584-629) y su hijo Dagoberto I (623-639), aunque se extienda hasta el comienzo del de Sigeberto III.

El carácter “étnico” de la obra se manifiesta también en la mengua del tema eclesiástico y hagiográfico, por más que presagios y portentos aparezcan con frecuencia en ella. Pero él se detiene, además, en precisar si los personajes son “*de genere Francus*” o “*de genere Romanus*”. Aparte la exclusiva nómina de los mayordomos de palacio del periodo merovingio, es de notar en la crónica de Fredegario la yuxtaposición de fuentes y géneros, lo que permite la inclusión en la misma de elementos novelescos, sueños proféticos, estrategias militares, o estrategias matrimoniales, haciendo de ella un nexo entre los relatos helenísticos de la antigüedad tardía y la novela medieval.

El *Liber Historiae francorum* relata en 53 capítulos la historia completa de los francos desde su legendario origen troyano hasta el sexto año de Teodorico IV (727). Está escrito, según se deduce de sus dos versiones, por un nativo de Neustria poco interesado en las cosas de Austrasia y de Borgoña y prácticamente por nada de lo que sea exterior al reino franco. La obra está basada en tradiciones orales de los neustrios, como la de que ciertos enfrentamientos con Roma los empujaron hacia el Rin, donde eligieron al melenudo Faramundo como su primer rey. Pero tras valerse de Gregorio de Tours para el siglo VI, para el VII echa mano de nuevo a las leyendas, y para el tránsito y primera época del siglo VIII, momento de la decadencia de los merovingios, a su propio testimonio. Ignorando lo eclesiástico y hagiográfico, el *LHF* se limita al tema dinástico y militar, de manera directa y abundando en anécdotas. Y teje de forma inconexa unas con otras las noticias, sin insertarlas en una trama narrativa, al igual que hiciera Fredegario, lo cual parece acreditar que las tomó de la tradición oral.

El término *franci*, que Fredegario restringía a la nobleza, aquí se limita las más de las veces a los neustrios, por lo que el autor ha sido considerado un legitimista merovingio, por más que se muestre partidario de la participación de la aristocracia en la limitación del poder de la realeza. Ofrece un balance mesurado del ascenso al poder de los Pipínidas. Su concentración temática en el reino de los francos, y la audiencia con que contó la obra en el período carolingio, la presentaban muy en sintonía con lo que demandaba la audiencia de su época.

BEDA Y LOS ANGLOSAJONES. Beda (673-735), monje en el monasterio benedictino y de fundación episcopal de Wearmouth-Jarrow, fue un sabio y prolífico exegeta bíblico. Sus comentarios sobre numerosos libros del antiguo y nuevo Testamento contribuyeron ampliamente al estudio de la Biblia durante la Alta Edad Media. Su obra histórica —una crónica universal, una *vita* de san Cuthberto en verso y prosa, una historia de los abades de Wearmouth y Jarrow y una *Historia ecclesiastica gentis anglorum* en cinco libros— fue escrita relativamente tarde, en los últimos veinte años de su vida. La *HEGA* parece que se terminó en 731: la muerte del arzobispo Berthwaldo pone fin a una secuencia que arranca con el primer intento de Julio César de conquistar Britannia en 60 a. C. Sorprende que escribiese poco sobre los 30 últimos años de su vida (sólo algo al final del lib. V). El interés básico de Beda es la conversión de los anglos y su unificación política con los demás habitantes de Britania: Escotos, Pictos y Bretones, bajo el modelo romano de la cristiandad.

La epístola dedicatoria de la obra al rey Ceolwulf de Northumbria enumera sus fuentes: archivos romanos y locales, la tradición oral, su experiencia personal, principalmente la información directa recibida de determinados informantes a los que cuidadosamente identifica (el relato de lo ocurrido al papa Gregorio con los esclavos ingleses —II,1— o el de los pecados en

el monasterio de Coldingham que el presbítero Edgils le refirió –IV,25–), aspecto este último que ha valido a Beda el aplauso de los historiadores contemporáneos.

La *HEGA* comienza con la descripción del territorio de Britania e Irlanda y su población nativa anterior a la llegada de los anglosajones. Lib I: gobierno romano, su retirada con la construcción del muro Adrianeo y Antonino, la llegada de anglos, sajones y jutos y su ocupación de la isla, así como el envío por el papa Gregorio el Grande de una primera misión a los anglos, la llegada de Agustín y sus compañeros a Kent en 597 y los comienzos del cristianismo en la isla. Su retrato de los britanos es esencialmente negativo, mientras los anglosajones son presentados como una nación enviada providencialmente por Dios para arrebatara Britania a un pueblo indigno y pecador. Ello a pesar que se ha demostrado que el cristianismo era practicado desde antiguo por los britanos, cuando los anglos aún no se habían convertido (las razzias practicadas por el pagano Etelfredo de Northumbria contra los britanos son justificadas con precedentes en el Antiguo Testamento, I, 34). Lo que la investigación reciente ha tenido que desmentir es la idea de la falta de asimilación entre anglosajones y britanos, así como el desplazamiento masivo de éstos hacia Gales y el Norte.

Tras la primera implantación cristiana, la obra se centra todavía más en lo eclesiástico, relacionando con este aspecto las escasas noticias laicas que aporta: Lib. II, conversión de Northumbria bajo Edwin; lib. III, enfrentamiento entre misioneros romanos e irlandeses a propósito del cómputo de la Pascua, con la victoria romana en el sínodo de Whitby de 664 (III, 25); lib. IV, nacimiento de la iglesia inglesa en los sínodos de Hertford (673) y Hatfield (680) bajo los auspicios del arzobispo Teodoro; lib. V, misión de Willibrord al continente, la tempestuosa carrera del obispo Willfrid de York y, aunque en alguna medida con aire triunfal, la aceptación de la Pascua romana por pictos e irlandeses (los britanos aún no habían sido persuadidos a ello

en el momento en que Beda escribía). La obra termina con una agorera valoración de la situación de la isla en 731, un sumario cronológico y un posicionamiento personal del autor: un relato de su carrera seguido de una lista de sus obras.

La de Beda es una historia cristiana, en una narración modelada sobre los esquemas tipológicos tomados de la exégesis –historia de la redención y teoría de las seis edades del mundo– y con ideales contemplativos característicos de su medio monástico. Una característica de ella que a menudo ha chocado a los historiadores modernos es la frecuencia de los episodios hagiográficos, más frecuente en Beda que en ninguno de sus contemporáneos. Junto a los capítulos dedicados a la historia eclesiástica y política, Beda dispone otros con vidas de santos, milagros y visiones: el martirio de San Alban y los milagros de Germán de Auxerre en el libro I, los milagros póstumos del rey Oswald, la vida y milagros de Aidan, la visión del más allá del irlandés Fursey en lib. III, la vida de san Chad, los milagros de las monjas de Barking, la vida de san Hilda de Whitby, la historia de Caedmon y su milagroso don de la poesía, la vida y milagros de san Cuthberto en lib. IV, la vida y milagros de Juan de Beverley, y tres sucesivas visiones del cielo y el infierno (por Drycthelm y dos visionarios anónimos). En el lib. V, mientras algunos milagros ofrecen la imagen de una progresiva santificación de Britania, las visiones aportan una perspectiva apocalíptica, confirmada luego por horrendos presagios en el balance de Beda sobre la situación del país (V, 23).

El modelo de Beda fue Eusebio (que conoció en la traducción de Rufino), cuyo rasgo estructural más distintivo había sido la incorporación de documentos en el texto, en su totalidad o en parte. Beda lo sigue al reproducir (lib. I) el *liber responsionum* enviado por el papa Gregorio a Agustín de Canterbury para responder a cuestiones de política pastoral, más algunas cartas del registro de este papa y de algunos posteriores (lib. I, II

y III), las actas de los sínodos mencionados (lib. IV), la carta del abad de Jarrow a Nechtan, rey de los pictos, acerca de la Pascua y la tonsura (lib. V). Otras fuentes son Orosio, Gildas (*De excidio Britanniae*) y varias obras hagiográficas de origen northumbrio: la anónima *vita Cutberti*, escrita en Lindisfarne, la vida de Gregorio el Grande, de Whitby, y la vida de Wilfredo de York atribuida a Eddio Stephano. Su estilo narrativo debe mucho a la biblia latina y al “estilo bíblico” de las primeras *vitae* de santos, pero también a su familiaridad con la antigua retórica, sobre todo la del período posclásico cristiano.

Elogiada durante mucho tiempo, recientemente la crítica ha mostrado cierta insatisfacción con la obra de Beda, principalmente por la visión que ofrece acerca de la decadencia de las costumbres cristianas en su propio tiempo, respecto de lo cual él mismo edulcoró bastante el cuadro (en su carta de 734 al obispo de York señala ciertos abusos, como la renuencia a las visitas episcopales o los pseudo monasterios privados, extremos que no habían tenido cabida en la *HE*). La *HE* ha sido a menudo tenida por una historia nacional “malgré soi”. Pero es que Beda escribía desde una institución muy pro imperial y, al contrario que Isidoro, sin exhibir sentido alguno de alienación o secesión respecto del mundo romano. De hecho, su constante pugna contra la pascua irlandesa se debe al hecho de que aquella constituía la tradición religiosa de una remota y aislada nación. En un pasaje en el que durante mucho tiempo se ha visto la primera evidencia de una única nación inglesa Beda enumera siete “suprareyes” que han dominado a varias naciones inglesas al sur del Humber (II, 5). Según el ms. A de la Crónica Anglosajona, esa función correspondía al “Bretwalda” o “brytenwalda”. Los estudios más recientes muestran, por otra parte, que la lista de Beda incluye varios tipos de “señorío” y que su uso del término “imperium” indica que no entendía que los anglos formaran una sola “nación” o “gens”. En lugar de ello, lo que pueda rastrearse en el texto de “ideología nacional” está relacio-

nado con Canterbury y con las autoridades eclesiásticas, puesto que la iglesia inglesa fue una sola entidad desde los tiempos del arzobispo Teodoro.

Se ha prestado atención también a la inclinación de Beda hacia las cosas de Northumbria, a la que a menudo identifica con Inglaterra. Ello se explica por la falta de información de todo lo que no fuera su tierra natal. Un reciente estudio muestra que Beda seguía un plan preciso: contradecir el relato de la historia de la iglesia de Northumbria ofrecido por la *vita* de Wilfredo de York atribuida a Eddio Stephano. Su romanismo puede incluso ser una respuesta a los partidarios de este autor, que reclamaban para él el triunfo del romanismo en Northumbria; dicho triunfo, según Beda, pertenecía a todos los eclesiásticos de nota menos a aquél. Habría que entender, en ese sentido, la *HE* como una obra polémica.

PABLO EL DIÁCONO Y LOS LOMBARDOS. El autor de la *Historia Langobardorum* (*HL*) era una figura literaria notable y polidécrica ya antes de escribir su obra más famosa. Poeta, gramático y lexicógrafo, Pablo había publicado una *Historia Romana* basada en el Breviario de Eutropio, que dedicó a Adalperga, duquesa de Benevento, más una breve Historia de los Obispos de Metz, a instancias del obispo Angilram, así como una *vita* de Gregorio el Grande. La primera tiene gran importancia porque continúa hasta Justiniano la obra de Eutropio, y es de ella de donde parte la *HL*, considerada la continuación a la vuelta de veinte años de la *romana*.

Nacido entre 720 y 730 en el seno de una familia lombarda de Friul, pasó su juventud en la corte de Pavía. Tras la supresión del reino lombardo por Carlomagno en 774, un hermano suyo, implicado en la revuelta contra la ocupación, fue capturado y llevado prisionero al reino franco. En 782 Pablo acudió a la corte carolingia a implorar clemencia para él y permaneció en ella cinco años, durante los cuales compuso la mencionada historia

de Metz, donde toca aspectos sensibles de la dinastía carolingia. A su regreso volvió al monasterio de Montecassino, en el ducado de Benevento, en el que antes había sido monje, y allí compuso los libros I-VI de la *HL*, que quedó inacabada quizás a causa de su muerte.

Además de fuentes específicamente lombardas (un *Origo gentis longobardorum*, y la *Historiola gentis longobardorum*, de Segundo de Trento, ambas del siglo VII, así como una buena porción de tradición oral) la obra emplea toda la historiografía hasta aquí estudiada para trazar un panorama general en el que se incluye Francia, Inglaterra, Hispania junto a bizantinos y ávaros. Su punto de vista se halla lejos del etnocentrismo de un Isidoro, pero los especialistas no se ponen de acuerdo para determinar cuál pueda ser. Como está escribiendo sobre un reino ya desaparecido, ¿se trata del memorial sobre una cultura extinguida? Dada la estancia del autor entre los francos, ¿puede verse en la obra una justificación del dominio de Italia por parte de aquéllos? Paulo moraliza acerca de hechos y acciones, pero casi nunca sobre individuos o comunidades nacionales. Sus reyes lombardos pueden haber sido grandes líderes de su pueblo, bravos y astutos, empero son culpables de usurpación, traición o perjurio: el mejor ejemplo es Grimoaldo I en IV, 51 y V, 1-4. Sus crímenes nunca los disculpa y ofrece dramáticos relatos sobre ellos. Tampoco intenta componer retratos morales coherentes, y lo mismo ocurre con las nacionalidades: aunque no le gustan los griegos, alaba pródigamente a Justiniano. A los francos no los caracteriza de manera negativa, aunque reconozca su frecuente enfrentamiento con los lombardos. Y en cualquier caso caracteriza favorablemente al rey Guntram, a la reina Brunilda, a Arnulfo de Metz y a Carlos Martel.

Bajo un perfil un perfil más negativo presenta a los lombardos, subrayando el desastre que representaron para la población de Italia. Tras la muerte de Alboino, bajo el dominio de los duques lombardos “algunos nobles romanos fueron asesinados

por el ansia de robo”, mientras “las iglesias eran saqueadas, los sacerdotes muertos, las ciudades arruinadas y sus habitantes sacrificados como ganado” (II, 32). En una carta a Gregorio el Grande retrata a este pueblo germánico como “no creyentes y ladrones de todo” (IV, 29). Escribiendo en el Montecassino que había sido pillado y arrasado por los lombardos (IV, 17), difícilmente podía el diácono Pablo concebir una idea positiva de las realizaciones de los de su etnia en Italia sin exhibir un firme desdén hacia un invasor extranjero que había llegado para defender los intereses de la iglesia.

Resulta verosímil que Pablo, después de la caída del reino lombardo (V, 6: “*Ante langobardorum perditionem*”) hubiese depositado sus esperanzas en la supervivencia de este pueblo en el mismo Benevento, donde escribió la *HL*. Esta región, como la de Friuli, acapara en su obra una cuota de atención bastante mayor que los demás territorios de la Italia lombarda. Su retrato de Grimoaldo I, príncipe de Friul que fue hecho duque de Benevento y luego rey lombardo, se sitúa en el centro de la trama, y era ancestro de Grimoaldo III, que gobernaba Benevento cuando él compuso la *HL*, además de ser hijo de la misma duquesa Adalperga para la que había compuesto la *Historia romana* algunos años antes. Es posible que este príncipe y su corte representaran esa audiencia real que el autor esperaba para su obra. Las referencias a la colaboración de Liutprando con Carlos Martel (VI, 54) y a su cuidado en mantener la paz con los francos (VI, 58: palabras finales de la *HL*) pueden interpretarse como la sugerencia de una política conciliatoria a seguir por los nuevos dueños de Italia.

De gran importancia resulta la duradera reputación que la *HL* ha tenido como registro de tradiciones orales lombardas. Ciertas famosos relatos —el de la forma en que adquirieron el nombre, el de cómo el rey lombardo Alboino recibió las armas del rey gético Turisindo, a cuyo hijo había matado recientemente en el campo de batalla, o el de cómo fue asesinado por

instigación de su esposa, han sido interpretados durante mucho tiempo como la supervivencia literaria de ciertos géneros de origen germánico, particularmente el relato (“lay”) heroico, que habría quedado preservado en la prosa latina de Pablo. La crítica actual tiende a desconfiar de esa tesis por lo escasamente documentados que están esos géneros temática o formalmente (las comparaciones, a menudo propuestas, con los “lay” de la *Edda* poética compuesta en Islandia y Noruega entre X y XIII son anacrónicas). Pero es cierto que la narración de Pablo muestra elementos novelescos que tienen mucho en común con los romances históricos de la crónica de Fredegario, nunca entendidos como auténticos. La reciente teoría de Goffart sostiene que los libros individuales de la *HL* siguen modelos de elaborada simetría que elaboran una interpretación de la historia lombarda por medio de la prolepsis y la tipología. Modelos que obviamente son creación del autor, así como las supuestas leyendas incluidas en ellos.

WIDUKIND Y LOS SAJONES. Perteneciente probablemente a la nobleza sajona y descendiente del jefe tribal homónimo, Widukind era un monje del monasterio de Corvey, fundación carolingia de hacia 812 cerca del río Weser e independiente de la abadía de Corbie ya en 832. Tras escribir varias *vitae* hoy perdidas, compuso las *Rerum gestarum saxonicarum libri tres*, transmitidas según los estudiosos en tres versiones. A una primera, compuesta en el marco monástico, añadió casi inmediatamente después una versión adaptada y dedicada a Mathilda, hija de Otón I que con once años había sido hecha abadesa del monasterio de Quedlimburg. En ella añade a cada libro unos pomposos prefacios, retoca algunos de los primeros capítulos y ofrece ciertas justificaciones en los pasajes que tienen poco que añadir a la gloria de los ancestros de la familia imperial. En la tercera versión prosigue la narración hasta la muerte de Otón I en 973.

En conjunto la *RGS* no puede calificarse de historia étnica por sus objetivos. Sólo los primeros catorce capítulos del Libro I tratan de los sajones y esbozan, en términos de leyenda, un breve *origo*. El resto del libro I cubre la transferencia del reino de los francos orientales de los conradinos de Franconia a los Liudolfingos sajones y el gobierno del primer rey sajón Enrique I. Los libros II y III narran detenidamente el reinado de Otón I, con especial atención a las guerras civiles que tuvo que librar contra la nobleza y sus parientes próximos, sus éxitos militares en la frontera oriental frente a magiares y eslavos, y hacia el final sus realizaciones en Italia y los tratos con la corte de Constantinopla. La óptica de I, 14 es completamente imperial: Widukind no pierde de vista el hecho de que Enrique y Otón gobiernan un reino franco y solo pueden, en el mejor de los casos, reclamar haber sido elegidos “por los pueblos de los francos y de los sajones”.

El pasaje del *origo* de los sajones está construido con elementos legendarios, algunos de los cuales reflejan una formación considerable en el autor, como cuando especula sobre que los primeros sajones podrían haber constituido el resto del ejército macedónico de Alejandro Magno (I, 2), o donde recurre a la etimología y la onomástica para explicar el nombre de este pueblo (I, 7), o el de su dios de la guerra (I, 12). Dos leyendas (I, 2-7) sirven para justificar el *Landnahme* sajón, o la conquista de su territorio a los turingios, que lo detentaron antes que ellos. El conflicto empezó por una estratagema legal, y prosiguió con una sangrienta emboscada tras ser invitados a un banquete los jefes turingios. En ese punto (I, 8) Widukind inserta una breve narración de la conquista de Inglaterra por los sajones tomado de Beda, como si quisiera dejar sentado que su pueblo poseía una vocación imperial antes de formar parte del imperio franco. El resto de esta secuencia étnica está ocupado por un relato de las guerras entre el rey franco Teoderico e Irminfrido, caudillo de los turingios. Teoderico pide a los sajones que luchen a su

lado prometiéndoles las tierras ocupadas por los turingios. Al ser luego convencido por un hábil enviado turingio para hacer la paz con Irminfrido y aliarse con ellos, los sajones descubren que van a ser traicionados y, dirigidos por un heroico y elocuente viejo guerrero, deciden actuar por sí mismos y exterminar a los turingios. Este complejo episodio parece combinar lo que debieron constituir dos leyendas independientes: la del líder sajón Hathagat y su inteligente iniciativa, y la de la posterior traición de Irminfrido por Iring, su enviado a los francos, interesante relato con poca o ninguna relevancia para la historia sajona.

Estos primeros capítulos de la *RGS* sugieren que a mediados del siglo X el *origo gentis* había adquirido, si no el estatuto de género, al menos un perfil propio como compendio identificable de materia legendaria. Siguiendo los pasos de Pablo el Diácono, Widukind es consciente de la tradición historiográfica precedente y menciona sus hitos: Beda (I, 8), Paulo (I, 14) y Jordanes (I, 18). Se cree generalmente que recibió mucha información oral, lo que explicaría la forma dramática de buena parte de su narración. Pero escribió también bajo la influencia de los clásicos latinos, Salustio especialmente, que es el responsable de dos características de la *RGS*: la tendencia de los personajes a expresarse en largos discursos, y el desarrollado sentido de la “Realpolitik”, o neutralidad, que lo hace singularmente comprensivo hacia las ambiciones de los pretendientes y conspiradores de la aristocracia. La investigación reciente tiende a ver en las asambleas deliberativas que aparecen en la *RGS* unas reuniones de abolengo más clásico que tribal o germánico. Sin embargo, el interés fuera de lo común que Widukind pone en lo ritual y ceremonial ha sido explicado por una ruptura ulterior a la literatura carolingia y un retorno a expresiones propias de la primitiva cultura oral.

Aunque en el prefacio al libro I Widukind presenta la obra como un pasatiempo noble, no deja de hacer asomo en él la ideología al explicar la extrema violencia de las guerras sajonas

de Carlomagno, preparadas por la anterior “amistad” de francos y sajones, en las que el pueblo sajón fue convertido en masa al cristianismo. Y Hathagat, el venerable guerrero que favoreció la alianza con los francos forzando la mano de éstos, es presentado como una prefiguración de Enrique I y Otón I, que tras sus victorias sobre los magiares son retratados en la figura del “pater patriae”. Es, por demás, significativo que Widukind silencie la coronación imperial de Otón I por el papa, que tuvo lugar en 962, siete años después de Lechfeld.

Entre la historia étnica y la nacional que empieza a formarse a fines del siglo XI es preciso considerar algunos textos de los siglos IX y X que registran los acontecimientos del imperio carolingio. Así los *Annales Regni Francorum*, que cubren la historia del reino de los francos entre 741 y 829, principalmente los asuntos militares y diplomáticos, desde una perspectiva cercana a la dinastía real. Más claramente obra de un autor único es la Historia (editada como “de los Hijos de Luis el Piadoso”) de Nithard, que escribe bajo la influencia de Carlos el Calvo, aunque contempla con todo pormenor el reinado de su padre. En Inglaterra dicha historiografía históricamente intermedia está representada por un grupo de antiguos anales escritos en inglés antiguo y reunidos a fines del siglo IX durante el reinado de Alfredo el Grande en un texto conocido como *Crónica Anglosajona*, cuya autoría -por el interés relativo manifestado sobre ciertos lugares- hay que situar en el suroeste de la isla, Dorset o Somerset. El texto, con variaciones, fue añadido a crónicas compuestas en instituciones eclesiásticas de Winchester, Abingdon, Worcester y Peterborough, y constituye la mejor fuente de noticias sobre las invasiones escandinavas en la isla. Pero se trata de un texto “acumulativo y heterogéneo, con más fracturas que continuidad interna y difícil de situar en un determinado género” (J. Martínez Pizarro).

Como epílogo al género de la historia étnica es preciso reseñar que las *Gesta danorum* de Saxo Gramático, compuestas entre 1200 y 1220, aunque basadas en fuentes nórdicas, acumulan

la tradición que viene de Jordanes, Beda, Pablo el Diácono y los historiadores normandos de los siglos XI y XII : de sus dieciséis libros dedican nueve al tema heroico-legendario. La historiografía de las *gentes*, que había evolucionado hacia lo dinástico en Widukind, se había convertido ya, como señala el autor antes citado, en un género historiográfico.

3. LA HISTORIA LOCAL E INSTITUCIONAL (300-1000)

Las fuentes sobre las que se construye el género de las *gesta* de las altas figuras de la iglesia son una serie de listas, los llamados martirologios, además de los dípticos y los catálogos. Los martirologios consisten en la enumeración de los mártires cuyo aniversario celebra la liturgia cristiana cada día. El primero conocido es el atribuido a San Jerónimo, y le siguen los de Beda, Floro de Lyon (s. IX) y Usuardo (siglo IX), que es el que se generalizó en la iglesia a partir de los siglos X-XII. En el siglo XVI el Vaticano adoptaría como “Martirologio Romano” el compilado por el cardenal Baronio.

Los dípticos son los repertorios de las personas, vivos o difuntos, por quienes debe rezarse en la misa, incluidos en su canon litúrgico, y de ahí la expresión “canonizar” para denominar la incorporación de alguien al canon. Los primeros dípticos no se han conservado. En la Galia, antes de su prohibición por el papa Inocencio en 417 se recitaba en el ofertorio la serie de obispos, fieles o santos por quienes había que orar, aunque Venancio Fortunato y Saint Germain de París la conocieron todavía en el siglo V. Carlomagno prohibió la práctica para ajustarse al orden romano, pero hacia 989 Adalberon de Reims aún la seguía. Tales dípticos, que en principio eran meras listas, evolucionaron añadiendo –sobre todo en el caso de los obispos– algunas circunstancias como el nacimiento, pontificado, muerte y entierro del personaje, hasta dar en el género de los *gesta episcoporum*. Algunas iglesias los compusieron en verso, con el ánimo

de colocarlos sobre el altar, y se han conservado en varios tipos de manuscritos, no sólo litúrgicos, que, como el de Angers (que compila también los de las diócesis vecinas), incluyen vidas de santos.

El prototipo de esa evolución se encuentra en el *Liber Pontificalis* de la iglesia de Roma. A principios del siglo VI un clérigo anónimo empezó levantando un listado de los obispos de Roma desde San Pedro, con una serie de datos biográficos. Para darle autoridad, lo atribuyó al papa Dámaso (378-84), que lo habría redactado por encargo de San Jerónimo. A partir de entonces el catálogo fue siendo incrementado en vida de cada papa y llegaría hasta Martín V († 1431). Su origen se remontaba a las listas compuestas desde los siglos III y IV a imitación de los dípticos consulares, las cuales —como las de Hegesippo e de Ireneo del siglo II— iban transidas por el concepto de la “sucessio apostolorum”, garante de la ortodoxia doctrinal. Aquellas dos, como la de Hipólito en el siglo III, las conocemos por la *Cronica* y la *Historia Eclesiástica* de Eusebio de Cesarea. Vino luego la continuación del papa Liberio (352-366), que fue retomada por Optado de Milevis y el mismo San Agustín, el cual la utilizó contra los donatistas. Jerónimo la continuó en su crónica hasta el papa Dámaso (378-84), y luego sería ampliada por sus continuadores.

En el siglo VI aparecen en una serie de manuscritos unas listas en las que el catálogo de los papas se adjunta al de las ciudades donde hubo concilios, cada uno con sus cánones. Por entonces, bajo el pontificado de Hormisdas (514-23) aparece la primera versión del *Liber Pontificalis*. Con la introducción de dos apócrifas cartas cruzadas entre San Jerónimo y el papa Dámaso, en que se pedían los nombres de los pontífices mártires y los de quienes transgredieron los cánones, se realiza un catálogo con los nombres y número de orden de cada uno, más el lugar de origen, filiación y duración de su pontificado. Viene indicado luego el estatuto martirial, utilizándose las actas no-

tariales de los martirios. Se proporciona además detalles acerca de la reconstrucción de la iglesia bajo el papa Marcelo tras las grandes persecuciones, o sobre la transferencia de reliquias entre San Pedro y San Pablo, el descubrimiento de la Vera Cruz o las relaciones entre Constantino y el papa Silvestre.

Algunas de las entradas añaden decretos disciplinarios o litúrgicos tomados de cartas de determinados papas a otros obispos en respuesta a ciertas preguntas, de las cuales se había hecho una colección en el siglo V, como también de la colección de cánones reunida en el siglo V por Dionisio el Exiguo. Viene luego la fundación y dotación de las iglesias, con base en documentos custodiados en el *vestiarium*, así como el lugar de enterramiento y día del aniversario de cada papa, y el número de ordenaciones realizadas por ellos más la duración de la vacante subsiguiente. El estilo en que está escrito el libro es el de las inscripciones, sencillo, propio de un clérigo de segunda categoría del *vestiarium* o del *scrinium*, pero alejado en todo caso de la ampulosidad de las *acta martirum* que venían componiéndose desde fines del siglo IV. Llamado *Liber pontificalis* desde el siglo XII (antes fue rotulado solo como *Episcopale* o *Gesta pontificum*), constituirá el modelo para el posterior género de *las Gesta episcopum* o *abbatum*.

Las *Gesta Episcopum*, o *gesta abbatum*, florecieron durante el período carolingio. Ya Gregorio de Tours había añadido un *libellus episcopalis* a los diez libros de su Historia, en el que ofreció una serie de datos sobre cada uno de los prelados turonenses siguiendo el cuestionario o estructura del LP, del que poseía un sumario en copia. Aunque Beda tenía otra en Jarrow, y aunque compuso igualmente una *Historia de los abades de Wearmouth y de Jarrow*, no es hasta la *Historia de los obispos de Metz* de Pablo el Diácono cuando vemos formado ya el género por imitación del LP. Esta obra empieza su narración con el relato de la Ascensión de Cristo, añade el catálogo de los obispos de Metz

hasta san Arnulfo, el obispo de principios del siglo VII ancestro de los carolingios, incluye una genealogía de éstos y continúa el catálogo episcopal hasta el obispo reformador Chrodegango, cuyos vínculos con los carolingios se subrayan para justificar la usurpación por Pipino de 751.

Hacia 830 el obispo Aldrico de Le Mans compuso una *gesta pontificum* de su diócesis (se conocía allí, pues, el *LP*), que se hace remontar hasta San Julián, uno de los Setenta y dos discípulos de Jesús. Coetáneamente y a instancia de Anseguisus, abad de Fontenelle entre 822 y 833, donde sucedió a Eginardo, fue compuesta una *Crónica de los abades de Fontenelle*. Por ella sabemos que el fundador de la casa, San Wandrille, estuvo vinculado al primer Anseguisus, hijo de San Arnulfo de Metz, y por tanto a la familia imperial. El monje Ruperto de Saint Gall compuso hacia 880 el *De origine et diversis casibus monasterii sancti Galli* para exponer los vínculos con la familia imperial y afirmar los derechos del monasterio contra los obispos de Constantza. Las *Gesta episcoporum Neapolitanorum*, redactadas entre 800 y 850, es parte de una historia universal organizada según el catálogo de los obispos de Nápoles al que se añaden algunos elementos de topografía religiosa. El *Liber pontificalis* de Rávena —desde San Apolinar—, influido por el romano, fue dictado por el obispo Agnelo con la pretensión de obtener para su sede una dignidad similar a la de Roma o Constantinopla.

Desde 870 hasta el siglo XI se escribieron varios de estos catálogos en la sedes de Auxerre y Reims. En la primera se compusieron entre 873 y 876 los *Gesta pontificum antissiodorensium* por parte de los monjes de la abadía de Saint Germain y los canónigos de la catedral, quienes retrotraen la historia de su iglesia no al mismo Cristo pero sí a la época de las persecuciones. La obra es un trabajo minucioso en el que se detecta la conciencia de que el acervo eclesiástico local lo constituye la suma de la paulatina santidad de sus sucesivos obispos junto a su promoción de la liturgia y del conjunto monumental. A

fin del siglo IX la escuela de Auxerre estimuló el desarrollo de la de Reims, donde el canónigo Flodoardo escribió la historia de su iglesia. En el monasterio de San Bertín, situado en su provincia, el monje Folcuino compuso en 961 las *Gesta abbatum sancti Bertini Sithiensium* y, al ser hecho abad del monasterio de Lobbes, en la diócesis de Cambrai, las *Gesta abbatum* de este monasterio. En Lobbes le sucedió Hériger, que compuso las *Gesta episcopum* de Liège. Una nueva edición fue realizada por otro monje de Lobbes, Anselmo, que la dedicó al arzobispo de Colonia. La sede de Cambrai vería escritas sus *gesta episcopum* hacia 1024-5. La escuela de Auxerre, por otra parte, mantenía estrechas relaciones con el monasterio de Fleury-sur-Loire, donde el monje Aimoino redactó, después de 1007, las *Gesta de los abades de Fleury*, influida por el *LP* y las gestas episcopales de Auxerre. Hacia 1020 vieron la luz las *gesta episcoporum* de Halberstadt y Magdeburgo y hacia 1080 las de Hildesheim y Hamburgo. Estos textos de la época de los emperadores sajones serían reescritos y ampliados en el siglo XII.

En general, puede verse que se trata de un género que floreció dentro de los límites del imperio carolingio, pues no produce frutos al sur de Loira, ni tampoco en Italia ni Inglaterra. Los *gesta* se compendian a menudo en paralelo a un catálogo con el que generalmente no se confunden (*catalogus abbatum Fuldensium*, de X, y *series episcoporum* de Verdun (del siglo IX) y de Bremen y Hamburgo, del XI. Tal preocupación por la cronología se detecta en que muchas de ellas declaran igualmente la duración del gobierno de los cónsules, emperadores y reyes, tomada de la documentación. Los *gesta* presentan la ventaja respecto de la simple lista de que en ellas se explica la razón de las sucesiones y se pone énfasis tanto en los orígenes (en los siglos VIII y IX se atribuyó a muchas iglesias fundación apostólica) como en el momento contemporáneo a la redacción: debe figurar siempre un santo entre los padres fundadores, para que su “virtus” sea transmitida al momento actual. Esos últimos copan

una buena parte del contenido del texto, ya que ha sido más fácil obtener información sobre ellos: en las gestas de los obispos de Reims más de la mitad de su extensión la acapara la figura de Hincmar. En la de Cambray hay todo un libro dedicado a Gérard (1012-1051), y en la de Hamburgo al obispo Adalberto (1012-1051), que fue quien encargó el libro. El autor siempre piensa, además, que su obra va ser continuada.

La información la toman tales textos de fuentes arqueológicas: las tumbas de algunos prelados reputados como santos –las *translaciones* a las mismas ocurren poco antes o después de la composición de la gesta–, así como los monumentos contruidos por ellos, los tesoros que hubieran podido acumular, más ciertos documentos de archivo. Algunas tradiciones orales se completan a veces con el producto de la observación directa del autor. Todo ello va dirigido en primer término a demostrar la santidad de la iglesia y por ende el carácter sagrado de todo lo que le atañe. La santidad de aquella es el más sólido fundamento de la institución, haciéndose remontar a Jesucristo o, en los monasterios, a un santo. Los obispos o abades malvados son presentados como paradigma de lo que hay que evitar. Ciertamente la historia de cada iglesia está transida por la memoria de sus muertos: los conceptos de *commemoratio* y *memoria* apuntan a prácticas litúrgicas y a edificios relacionados con las reliquias y tumbas de los eclesiásticos venerados como santos.

Si los “lugares de memoria” –para usar la expresión de Ph. Nora– principales son la tumba u otros objetos pertenecientes a un santo, también lo son las propiedades que ellos dieron a la iglesia. Y su registro en textos y crónicas se realiza para dotarlas de inviolabilidad: las posesiones así allegadas son, por lo tanto, inviolables, y su usurpación es sacrílega. En las actas de los obispos de Auxerre se relacionan las que donaron a la catedral San Germán y los prelados subsiguientes. No solo las propiedades, también los derechos jurisdiccionales están protegidos por el escudo de la “memoria”. En su pleito con la abadía de San

Calais en el siglo IX los obispos de Le Mans reclamaban que la dotación de todas las iglesias parroquiales de la ciudad tanto como la instauración del concilio diocesano habían sido obra del fundador San Julián. De la misma forma el *LP* de Ravenna, en su pretensión a la autocefalía de la sede, alegaba en el siglo IX que si Roma guardaba el cuerpo de San Pedro, ella custodiaba los de otros apóstoles, reclamando haber tenido el de San Andrés (que fue llevado a Constantinopla) y otros mártires, y que su jurisdicción sobre un conjunto de catorce ciudades le había sido otorgada por el emperador, no por el papa.

Pero, en cualquier caso, entre los siglos III y X la historia local e institucional se despliega siempre, de manera que puede parecer paradójica, en un contexto universal, ya que la noción de imperio tanto como la de iglesia son universales.

4. LA BIOGRAFÍA CRISTIANA (SIGLOS I-XI)

El género llamado habitualmente *hagiografía* nace en los mismos evangelios, textos que a su vez siguen modelos hebreos y helenísticos. Según J. Heffernan, el legado hebreo a la biografía cristiana es la exploración de la intersección de lo humano y lo divino, su preocupación por la trascendencia y la promoción del ideal de un gobierno teocrático dirigido por esos guías divinamente ungidos que son los santos. La biografía grecorromana, en cambio, proporcionó al nuevo género un modelo de vida virtuosa repleta de acción. El producto de la fusión de ambas tradiciones es el retrato del justo servidor de Dios que en virtud de la gracia divina decide imitar a Cristo. Hasta el año 1000 en esas biografías (*vitae*) fueron retratados todo tipo de personas, mártires y apóstatas, reyes y hombres del común, niños y viejos, guerreros y clérigos, obispos y funcionarios, ascetas, abades, prostitutas, peregrinos, taumaturgos, vírgenes, personajes diabólicos y de ficción. Pero, con excepción de algunas autobiografías (*vgr*, Perpetua y Sáturo de Cartago, Patricio de Irlanda, Agustín de Hipona y Boecio) los miles de textos en siríaco, griego y latín que contienen biografías sacras son obra de autores entre los que destacan Lucas, Tertuliano, Eusebio, Atanasio, Jerónimo, Gregorio el Grande, Adomnán, Beda y Alcuino, sujetos todos ellos al magisterio de la iglesia.

Los evangelios son, pues, el principio retórico constitutivo de un género del que las *acta* (principalmente las *passiones* de los mártires, es decir, el relato de su diálogo con el juez y su

ejecución) forman la primera serie. Esteban, el primero de estos héroes del cristianismo, es presentado en el libro de los Hechos (6: 8) como alguien que “lleno de gracia y poder, realizaba entre el pueblo grandes prodigios y señales”, es decir, milagros. Pero la mayor parte de aquellos textos refieren unos hechos acontecidos en los siglos II y III y contienen la exposición de tres asuntos esenciales: el heroísmo del mártir, la crueldad del inquisidor y la quiebra del sistema estatal romano. Generalmente la disputa con el procónsul gira en torno a la negativa del mártir a rendir culto a los dioses paganos y al emperador. Y en los textos de contenido ficticio, por influencia de la novela helenística, la amenaza de abusos sexuales sobre la cristiana detenida tiene más desarrollo y la figura del juez adquiere un perfil satánico. Pero el sello más común del género es el concepto de la imitación de Cristo.

La legalización del cristianismo puso fin a la escenografía de los martirios y determinó la emergencia del asceta carismático, cuyo primer documento ilustrativo es la *Vita Antonii* de Atanasio de Alejandría: no se trata ya del autocontrol corporal y mental de los estoicos sino de la intimidad con Dios, ante quien el protagonista de alguna manera se convierte en intermediario. La obra influirá en otras de San Agustín y San Jerónimo (*Vida de Hilarion*, c. 380), que acentuarán aun más el papel de los milagros, del demonio o de las visiones frente al de la antigua sabiduría. Pocos años después un miembro de la aristocracia senatorial galorromana, Sulpicio Severo, compuso la *Vita Martini*, un contemporáneo suyo oriundo de Tours de quien describe sus facetas como soldado, asceta taumaturgo y obispo, junto con una serie de sus milagros. Ese retrato de San Martín como “*miles Christi*” destructor de centros del culto pagano fue muy influyente para combatir la herejía y ampliar el espectro de las vocaciones conducentes a la santidad. Pero hay que esperar al siglo X (en la *vita* de Gerardo de Aurillac, de Odón de Cluny) para ver a un laico ser erigido en modelo de santidad, por más que su condición de taumaturgo no se manifestara sino en el momento de abrazar el estado clerical.

Dos siglos después de escribirse la biografía de San Martín de Tours, Gregorio, custodio a la sazón de su santuario, registró por escrito en sus *vitae patrum* no solo los milagros póstumos de aquél sino también los de otros obispos de la sede que eran parientes suyos, evitando así el relato de episodios milagrosos “*in vita*” y favoreciendo con ello el desarrollo de otros centros de culto. Basado en esos modelos el papa Gregorio el Grande (c. 540-604) escribió la vida de San Benito en el libro II de sus *Diálogos*, que representa una innovación retórica en la hagiografía por seguir el patrón de Platón y de los diálogos entre juez y mártir característico de las *actas* de estos últimos. Por medio de esa estructura dialéctica el autor diserta acerca de la naturaleza de los milagros de Benito, de la presencia de la gracia, del ascetismo del santo y de la preocupación de aquél por su monasterio.

Algunos de los más importantes textos compuestos en los siglos posteriores verán la luz allende el mar. La Vida de San Columba de Adamnan o Adomnan es uno de ellos. San Patricio en su autobiografía (*Confessio* 23, 34) situaba a Irlanda en el mar de Occidente, en el confín de la tierra, y Beda ubicaría Iona “en una remota esquina del mundo”. La vida de San Columba escrita por Adomnan († 704) un siglo después de su muerte lo hace hijo de una prominente familia que gobernaba el condado de Donegal, en Irlanda, informando de que fue educado por un presbítero y que estudió la Escritura en la escuela de Leinster, para ser ordenado luego diácono por el obispo Findbarr. También de que en 563 abandonó Irlanda por Escocia junto a doce discípulos, al modo de los monjes errantes que perseguían el ideal de la peregrinación penitencial, como San Brendan. Allí el rey de Dál Riata (reino escocés extendido por el norte de Irlanda y costa occidental de Escocia entre 450 y 850) Conall Mac Ciongaill le dio la isla de Iona. Hecho ya un personaje, convirtió al rey de los pictos, Bridei, y consagró al primer rey celta de Dál Riata, Aedan Mac Gabrain. Fundó una serie de

monasterios en las Hébridas, Escocia e Irlanda, de uno de los cuales saldría Colman, el abad de Lindisfarne. Obras maestras de sus escritorios son los Libros de Kells y Durrow, así como el *Cathach* o psalterio atribuido a San Columba.

La *vita* escrita por Adomnan bebe de las de Antonio, Martín, Benito, Germano, Silvestre e Hilarion. A la vez que ilustra su ascetismo, carisma y poder de curación, Adomnan destaca su papel como fundador, en un posible reflejo de lo que Gregorio Magno había subrayado en San Benito. Como Antonio, encarnó el asceta ideal, como Hilarion su ministerio requirió frecuentes viajes, como Martín evangelizó a los paganos con frecuentes milagros y como Benito sería el fundador de una congregación monástica. La *VC* acusa, pues, la influencia de esas todas esas *vitae* así como de la literatura de Virgilio y Juvenco. Adomnan utiliza el encomio, la recursividad (propiedad de lo que puede repetirse indefinidamente), la anagnorisis (reconocimiento de un personaje por otro, situación que provoca el desenlace), y la mimesis.

La *vita Columbe* pretende también hacer frente al rechazo del sistema celta de datación de la Pascua vigente en Iona, e igualmente refutar la idea de que este monasterio era un centro “bárbaro y rústico”, según la expresión de Beda. Miembro de la misma familia que el biografiado, la patronal de Iona, el autor tenía que ilustrar a la casa y lo hizo echando mano de la tradición hagiográfica continental. Calca la estructura tripartita de los *Diálogos* de Gregorio, a los que alude catorce veces, escribe dos prefacios tal como Sulpicio Severo en la *VM* y, al igual que ésta, acusa la influencia de la biografía helenística. La obra se presenta en la triple estructura del relato de sus hechos (*praxeis*), virtudes (*aretai*) y relaciones con otros (*politeia*).

PLENA Y BAJA EDAD MEDIA

5. LA HISTORIA UNIVERSAL

Resulta natural que durante este nuevo período el relato de la historia universal continuara escribiéndose en el contexto de la relación entre las instituciones que en teoría ocupaban la cima del orbe cristiano, el papado y el imperio. Y también que fuesen autores formados en el medio monástico o episcopal quienes asumiesen la empresa historiográfica.

SIGEBERT DE GEMBLoux fue un monje benedictino al que sus padres habían entregado como oblato a la abadía de Gembloux, cerca de Namur en Valonia. Transferido a la de San Vicente de Metz, fue hecho maestrescuela de ella y allí escribió las vidas de los fundadores de ambos monasterios, San Guiberto y San Thierry, más la pasión de Santa Lucía, la del obispo mártir de Lieja San Lamberto, y un *De viris inlustribus* en que aporta noticias de algunos autores coetáneos suyos. Pero en otra *vita*, la del rey Sigeberto de Austrasia, da a entender que él no entiende la santidad como monopolio eclesiástico. Y en efecto, de regreso a su abadía en 1075 toma partido por el emperador Enrique IV frente al papa Gregorio VII, a quien reprocha su condena de las órdenes dispensadas por los presbíteros simoníacos y nicolaítas. El tercero de los males combatidos por los reformadores gregorianos, la investidura laica, es el que Sigeberto defenderá es su escrito polémico de 1112 dirigido contra el papa Pascual II, que había lanzado al conde de Flandes a combatir en cruzada a los clérigos refractarios al principado episcopal de Lieja.

De forma paralela, a partir de 1083 empieza a escribir su *Chronographia* o Crónica Universal, en la que sintetiza la historia de la mayoría de los reinos occidentales durante el período entre 381 y 1111. Continuación de la de San Jerónimo, usando fuentes que en algunos casos se han perdido, su texto lo compone en forma de anales, y en ellos elabora un sistema de datación muy perfeccionado. La ideología manifiesta es la identificación del destino del mundo con el del imperio. Pero su difusión no se limitó al territorio de éste, pues en el reino de Francia monjes y canónigos la copiaron, interpolaron y prolongaron frecuentemente durante los siglos XII y XIII, con lo que el texto constituiría la fuente primera del *Speculum Historiale* de Vincent de Beauvais y de las *Grandes Chroniques de France*.

La conexión entre la redacción de una crónica universal y los intereses del imperio es más estrecha en el caso de OTÓN DE FREISING (c. 1111-1158). Tercer hijo de Leopoldo de Babenberg, margrave de Austria, y de su segunda esposa Inés (hija de Enrique IV), por el primer matrimonio de su madre con el duque de Suabia era medio hermano del emperador Conrado III y tío de Federico Barbarroja. Criado con los canónigos de Klosterneuburg, cerca de Viena, en 1126 fue hecho preboste de su capítulo, lo que no impidió que lo enviaran a estudiar teología a París y que profesase como monje cisterciense en la abadía de Morimond, de la que hacia 1138 fue elegido abad. Su destino final no era, empero, el claustro sino la iglesia imperial, ya que seis meses después fue consagrado obispo de Freising en Baviera. En disposición conciliadora con el papado, su hermano el emperador lo envía a Roma para entrevistarse con el otrora cisterciense Eugenio III, y fruto de esa entente será que tome la cruz en 1147 al predicarse la Segunda Cruzada. Acompaña, pues, al ejército de Conrado III, y al frente de una de sus mesnadas sufre la debacle del mismo frente a los turcos en Asia Menor. Llegados a Palestina, en la pascua de 1148 puede celebrar la

liturgia junto al emperador en Jerusalén. De regreso a Alemania habrá de mediar junto con Bernardo de Claraval para lograr una paz entre aquél y Guillermo de Sicilia.

La reflexión ideológica había precedido en él a la empresa militar, pues entre 1143 y 1146 se data la composición en ocho tomos de la *Historia de duabus civitatibus*, crónica universal en la que el obispo de formación agustiniana intenta conciliar la interpretación de la historia del Hiponense con la teología imperial de Orosio. El último de los libros lo constituye el *eschaton* o escatología, cuyo texto está teñido de pesimismo ya que en él se deja entrever el advenimiento de un emperador que habría de actuar como tapón para retrasar la llegada del Anticristo. Pero la evolución de los acontecimientos en el imperio a la muerte de Conrado, con la paz entre los Hohenstaufen, los Güelfos y los Babenberg, a la que Otón contribuye, y el advenimiento de su sobrino Federico Barbarroja le insuflará un nuevo optimismo que parece relucir en la *Gesta Federici*, obra que compuso siguiendo la petición de éste en 1157. Con la carta en que se contiene el encargo y una lista de los hechos del emperador al modo de las *res gestae* de Augusto da comienzo el libro I, que se extiende desde el destierro de Enrique IV por Gregorio VII hasta la muerte de Conrado III. Otón detalla más pormenorizadamente los acontecimientos vividos por él, sin escatimar digresiones filosóficas o teológicas. La elección de Federico Barbarroja como Rey de Romanos en 1152 es el principio del libro II, donde narra con gran lujo de detalles los cinco primeros años de su reinado.

Pero a la muerte del cronista en 1158 su secretario Rahewin asumió con el consentimiento del emperador la continuación de la obra, y en dos años aquél compuso dos libros más, los III y IV, mostrándose estilística e intelectualmente a la altura de la empresa. El texto denota un trabajo sin interrupciones, salteado de citas y material de archivo, en el que los hechos son presentados con mayor detalle y menor recurso a la interpretación

teológica. La utilización de documentos de la cancillería imperial determinó una descripción sesgada del debate en la Dieta de Besançon entre el legado papal Rolando Bandinelli (futuro Alejandro III) y el canciller Reginaldo de Dassel donde la razón parece hallarse inequívocamente del lado imperial. El mayor grado de partidismo que el secretario imperial exhibe frente al obispo de Freising se ha explicado por la menor independencia del clérigo cortesano respecto del príncipe eclesiástico. Pero en 1160 Rahewin fue elegido abad del monasterio de San Veit en Freising (allí moriría una década después) y ello impulsó la paralización de la obra. No ha dejado de especularse si no sería el comienzo de una nueva fase tormentosa en las relaciones entre imperio y papado la verdadera razón del frenazo historiográfico.

La continuación del relato de los hechos del imperio durante el nuevo trayecto político de la dinastía Staufen fue obra de Burchard de Ursperg (c. 1177-1231), clérigo suabo presente en la corte pontificia a fines del siglo XII que en 1205 profesó en la abadía premostratense de Schussenried, aunque pasó luego a la de Ursberg en Baviera, donde compuso la crónica y acabó sus días. Remontando su narración al rey Nino de Nínive, para la primera parte utiliza como fuente las crónicas de dos monjes bávaros de fines del siglo XI y principios del XII, Frutolf de Michelsberg y Ekkehard de Aura. Pero gracias a sus dos estancias en la corte de Roma, Burchard pudo utilizar los registros pontificios, y aunque manejó la ya existente *Historia Welforum* el relato que ofrece a partir de los últimos años de Enrique VI manifiesta con claridad su adscripción al bando gibelino.

Hay que esperar al período del Gran Interregno para asistir a la prosecución del trabajo historiográfico sobre el imperio, y ello tendrá lugar en la pluma del fraile dominico MARTÍN DE TROPPEAU (u Opava, capital medieval del ducado de Silesia). Capellán y penitenciario papal bajo Clemente IV y sus sucesores, no llegaría a tomar posesión de la sede de Gnesen para la que fue nombrado y consagrado en 1278 pues falleció en Bolonia

durante el viaje de camino. A su oficio de predicador se debe un sermonario, un *Promptuarium exemplorum*, e incluso un compendio de derecho canónico y un tratado sobre el cisma griego. Pero es sobre todo el *Chronicon pontificum et imperatorum*, del que se conservan más de 400 manuscritos, la obra que lo acredita como historiador. Su innovación consiste en presentar en formato paralelo la historia de los papas y los emperadores, la columna de la izquierda dedicada a los pontífices y la de la derecha a los emperadores. Como cada página contiene cincuenta líneas y cada línea la materia de un año, una sola página cubre el período de cincuenta años, y así llega hasta mediados del siglo XIII. Pero a la historia de los emperadores romanos apenas si le dedica espacio, centrándose en los cristianos. Aunque sus fuentes proceden en su mayoría de Francia e Italia, en buena medida son de tipo legendario, y él las utiliza además de manera acrítica. Un ejemplo es la fábula de la Papisa Juana, aparecida años antes en la pluma del también dominico Jean de Mailly, pero que deberá a Martín de Troppau su gran difusión. No obstante, su propósito es más pragmático y menos escatológico que cualquier otro de los cronistas de la Alta Edad Media.

Durante la Baja Edad Media la crónica de Martín de Troppau junto a las demás escritas en latín anteriores y otras en lengua vernácula tuvieron varias continuaciones, todas presentadas en enunciado explícito, aunque unas de manera anónima y otras firmadas por cronistas que dejaron en el código espacio para ulteriores adiciones. R. Sprandel esquematiza el proceso de la siguiente forma. A una primera fase, anterior a 1350, corresponde el trabajo del cisterciense Juan de Viktring († 1347), consejero del duque de Carintia, que embutió -empleando un refinado latín clásico- una primitiva *Landesgeschichte* austríaca en una historia imperial (*Liber certarum historiarum*), en la que determinados pasajes (*vgr*, la elección de Rodolfo de Habsburgo o la glosa al régimen de Luis de Baviera) denotan que el cronista no se sentía mero continuador de una obra anterior sino

más bien un literato. Quien sí concibió de manera consciente la ampliación del trabajo del dominico en forma de continuación fue Matías de Neuenburg († c. 1368), jurista al servicio de los príncipes eclesiásticos de Basilea y Estrasburgo. La organización que adoptó para su relato no fue confrontar papas y emperadores sino ordenar toda la estructura de la crónica de acuerdo con el periodo de cada emperador y dedicar capítulos aparte a los papas. Todo rastro de historia eclesiástica ha desaparecido ya, y como era de esperar el cronista enfatiza los hechos pertenecientes a su propio escenario vital. Pero tampoco hay en él asomo alguno de ideología imperial. Su posición de continuador lo ha llevado a reflejar una visión del mundo de tipo humanista y cristiana, moldeada con tópicos como el del atraso del mundo y conceptos clave como el de la *potentia* que precipita el nacimiento de las cosas.

Continuación de la obra del dominico es también la llamada *Flores Temporum*, que en su versión original mantuvo el paralelismo de las secciones correspondientes a los papas y los emperadores, en ciertos manuscritos de forma alterna. Como apenas desarrollan el período de los cinco reinos, el aspecto de historia eclesiástica queda más patente. Hasta 1313 su continuación reforzó el papel de la historia imperial, enfatizando la pérdida que supuso la muerte de Enrique VII y aireando problemas de la iglesia como la fricción de los mendicantes con el clero parroquial. En una segunda fase datada como máximo hasta 1350 la continuación de las *FT* incluyó una crítica de Bonifacio VIII y del subsiguiente papado de Aviñón, alineándose en favor de Luis de Baviera. A mitad de siglo las versiones adquirieron una coloración regional. Es el caso de la llamada Crónica Universal de Munich, que adopta un tono distante y crítico respecto del emperador Carlos IV. Por su parte, en la de Heinrich Taube von Selbach († 1364), clérigo jurista de Eichstätt, que escribió su propia continuación con los acontecimientos transcurridos hasta 1363, la selección de materiales destila también cierto énfasis

bávaro. Pero por su proximidad a la curia diocesana en cuyo episcopologio se hallaba trabajando, su opinión sobre Luis de Baviera es negativa, mientras tiende a juzgar positivamente a Carlos IV.

Una nueva fase de continuadores de Martín de Troppau se abre en la segunda mitad del siglo XIV con Closener y Twinger de Königshofen, que en varios aspectos conectan la historia universal y la historia urbana. El primero comienza su texto con un rudimentario catálogo de papas y prosigue con una detallada historia imperial. Por su parte, el presbítero alsaciano Twinger, chantre de la catedral de Estrasburgo, acentuó la inserción en la historia universal comenzando por un libro sobre los primeros cinco reinos del mundo y añadiendo luego los relativos a los papas y los emperadores seguidos por una historia de los obispos de la sede (en la que atribuye el nombramiento de su primer prelado al rey Dagoberto). Sigue luego una historia local desde la cristianización hasta la misma expansión urbana. Y el conjunto lo remata con un índice lexicográfico que denota una cierta concepción enciclopédica de la historia universal. Otro cronista, Heinrich de Herford, añade al esquema de los seis periodos otros dos más, pero convierte el relato dinástico de un príncipe de la Baja Renania en una historia imperial, y ello será transformado en una historia papal por parte de Konrad de Halberstadt.

La imbricación de la historia universal con la de los territorios (*landesgechichte*) se da en otras crónicas de principios del siglo XV, como la de Colonia, la de Andreas de Regensburg (concebida desde la perspectiva bávara) o la de Johannes Rothe, en la que es Turingia el centro de atención. Continuación también de la de Martín de Troppau es el *Cosmidromius* de Gobelinus Person, que dedica capítulos alternos a emperadores y papas pero compone una historia del Cisma hasta el concilio de Constanza. La continuación hasta 1433 la dará la crónica de Dietrich Engelhus.

A mediados del siglo XV Thomas Ebendorfer separó la historia de los emperadores de la de los papas criticando a la curia por no facilitar el necesario gobierno pontificio y al dedicar su crónica a Federico III, esta adopta el tono del espejo de príncipes. Pero en Núremberg Platterberger y Truchsess volvieron a imbricar ambos dominios políticos para terminar concentrándose en esa ciudad, muy favorecida por Carlos IV. Mientras, un monje llamado Alberto realiza una continuación compendiosa de todas las anteriores. El último estadio de la historia universal de la Edad Media en Alemania está representado por las crónicas impresas de Rolevinck, Nauclerus y Schedel, de esquema organizativo similar a las anteriores, pero primando la apoyatura bibliográfica sobre la documental y en el último caso aceptando (por influencia de Eneas Silvio Piccolomini), el nuevo interés humanista hacia los pueblos y países.

6. LA HISTORIOGRAFÍA NACIONAL

Las historias nacionales aparecen cuando los monarcas feudales patrocinan en los centros eclesiásticos donde se custodiaba la memoria de sus linajes la elaboración de unos relatos del desarrollo político tendentes a legitimar su posición en la cumbre de la sociedad de sus reinos. El objetivo será demostrar el entronque, cuando no la sucesión directa, de sus dinastías con las que rigieron los reinos germánicos que los habían precedido en el control del territorio: los Capeto como sucesores de los carolingios, la dinastía anglonormanda como heredera de los anglosajones, los descendientes de Sancho el Mayor de Navarra como continuadores del reino de los visigodos y su reino de *Hispania*.

Cuatro periodos hay que considerar en ese desarrollo: a) 1100-1125; b) c. 1200-1275; c) siglo XIV; d) 1450-1500.

A) (1100-1125). En Europa occidental la historiografía nacional de este período enlaza con la “historia étnica” anterior, mientras al norte y Este del continente se esbozan ahora los ensayos de una historia nacional.

En FRANCIA al género de los anales suceden unas crónicas latinas compuestas en Fleury, Saint Germain des Près y Saint Denis. El proceso comienza en el siglo X en el monasterio de Fleury, donde el monje Aimoino compila los textos antiguos relativos a la Galia (César, Plinio y Orosio) y los merovingios, respetando íntegramente los primeros pero reescribiendo los segundos en un estilo que entiende superior. Se detiene en 654.

Luego, un continuador -probablemente el monje canceller Gislemar- los continúa hacia 1070 en el mismo monasterio, con materiales diversos (incluida la vida de Luis el Piadoso por El Astrónomo), insertando datos sobre la figura de San Germán y sobre el monasterio de Saint Germain des Près, de donde él procedía. Ya en el siglo XII Hugo de Fleury compone la *Historia modernorum*, la del imperio franco desde 842 a 1102, y Helgaud escribe una *vita* de Roberto. A lo largo de ese siglo, ya en Saint Germain des Près, se completa el conjunto anterior con datos genealógicos dispares y con fragmentos de las vidas de Luis VI y Luis VII, compuestas allí o en Saint Denis. Y a fines de la centuria en el mismo Saint Denis un hábil historiador retoma el conjunto, suprimiendo algunos pasajes demasiadamente volcados en San Germán, sin sustituirlos por otros relativos a San Dionisio, pero inserta la vida de Dagoberto (fundador de Saint Denis), del siglo IX, así como para los carolingios la *Vita Caroli* de Eginardo y el texto del Pseudo Turpin. A mediados del siglo XIII a este conjunto se añaden las *Gesta Philipi Augusti* de Rigord de Saint Denis y su continuación por Guillermo el Bretón. En 1285 el manuscrito se completa con la *vita* de Luis VII, que faltaba, más las “vidas” de Luis VIII, Luis IX y Felipe III, a cargo del archivero de Saint Denis Guillaume de Nangis.

Todo ello constituye el núcleo base de las *Grandes Chroniques de France*.

En INGLATERRA, los Anales del monje Juan de Worcester, que cubren el periodo 450-1066 y 1066-1140, son continuación de la *Cronica anglosajona*. A fines ya del período gregoriano, y en el contexto de la guerra interna entre los sucesores de Guillermo el Conquistador, se escriben varias obras. Los *Gesta regum anglorum*, compuestos c. 1125 por Guillermo de Malmesbury (c. 1095-1143), que reservó lo eclesiástico para unas *Gesta pontificum anglorum* y continuó la primera, al final de sus días, en una *Historia Novella*. Cronista vinculado a Matilde,

viuda de Enrique I Beauclerc, es el primero después de Beda en reflejar la historia inglesa como totalidad más allá del esquema de los anales. Se trata de la versión anglonormanda de la historia inglesa, consciente de la unidad resultante de la fusión entre las tradiciones anglosajonas y las normandas.

La *Historia anglorum*, debida a la pluma de Enrique, archidiacono de Huntingdon (c. 1080-1156) y vinculado al obispo de Lincoln, representa la posición contraria: escribe la historia de Britania, desde los romanos a los normandos, de manera consciente e interpretativa (menciona tanto a Bruto como a Arturo). Es, por tanto, el punto de vista anglosajón.

La *Historia regum Britanniae*, en tercer término, compuesta c. 1135 por Geoffrey de Monmouth (c. 1090-1155) se remonta al período prerromano y preanglosajón: se trata del punto de vista bretón. La fundación de Britania, otrora habitada por gigantes, es obra del troyano Brutus. Algunos personajes como el rey Lear, sir Gawain (y toda la corte de Arturo, con el senescal Key, la reina Ginebra, la espada Escalibur...) asoman por vez primera en la historia inglesa. Pero en realidad, la visión política y la ideología de Geoffrey es la del “imperio angevino” (cf. la *HRB* acerca del ejército “feudal” de Arturo, el papel de la traición, de Mordred y Ginebra, que Chrétien recogerá; o bien la lista de las traiciones de los “sajones” a los britanos). Parece que Geoffrey hubiera dado un paso respecto de Enrique de Huntingdon al identificar a los britanos con los normandos, lo que le exigía “rechazar” o “anatematizar” a los sajones.

En opinión de A.G. Rigg La *HRB* es la obra literaria que ha tenido mayor impacto en la historiografía posterior. De probable origen galés y nacido en Monmouth, consagrado obispo de Saint Asaph en 1151, Geoffrey terminó la redacción en 1138, aunque ya en 1135 había compuesto las *Prophetiae Merlini* y entre 1148-1151 escribirá una *vita Merlini*. En el prólogo expresa su sorpresa de que los textos de Gildas y Beda

ignoren a los reyes britanos precristianos, así como a Arturo y a algunos de sus sucesores. Tal laguna la colmata con una historia secuencial de Britania desde la caída de Troya hasta la muerte de Cadwaladr en 689. En ello decía estar copiando un “libro antiguo” traído “ex Britannia” por su amigo el arcediano de Oxford Walter. Cincuenta años después William de Newburg denunciará toda la *Historia* como un fraude. En realidad, el autor hizo uso de ciertas fuentes literarias, las romanas incluidas, basándose para el último periodo en Beda y Enrique de Hungtindon. Manejó también algunas otras hoy desconocidas, pues Myrddin (Merlin) ya era conocido y algunos personajes artúricos habían sido representados plásticamente antes de 1138 (la arqueología confirma, además, en cierta manera su relato sobre Stonehenge). Además de Gildas y Beda, las fuentes utilizadas por Geoffrey incluyen algunas leyendas bretonas y galesas, así como varias fuentes latinas entre las cuales se cuenta una *Historia regum Britanie* anónima. Pero fue Geoffrey quien tejió todos esos retazos dispersos en una especie de tapiz.

La *HRB* puede dividirse en 5 periodos:

» I (1/4 del total), desde la caída de Troya hasta la llegada de los romanos a Britania. Bruto, biznieto de Eneas, junto a otros troyanos exiliados, recibe un oráculo de Diana que le permite descubrir la isla de Albión. Junto a Corineo (epónimo de Cornualles), expulsa a los gigantes de la isla, a la que llama Britania. Una buena parte de esta sección son mitos etiológicos para explicar determinadas costumbres (como el de las Leyes Molmutinas), rutas, accidentes topográficos, nombres de países (como Albania, Cambria y Gales), ríos, ciudades y pequeños distritos. Destaca la historia del Rey Lear (tal como Shakespeare la contará) y la conquista de Roma por Brennio (reminiscencia del saqueo por Brennus en 387 a. C. relatado por Livio, Plutarco y Polibio).

» II (1/5 del total) cubre el periodo de la invasión y dominio de Roma, desde Julio César en 55 a. C. hasta la llamada al cónsul Aecio en 446. Ocasionalmente coincide con Beda, pero ampliando su relato. A Bretaña le asigna un papel importante en la historia del imperio romano.

» III (el 22% del texto) sienta las bases del reino bretón. Rechazada por Roma la ayuda contra los piratas noruegos y pictos, se recurre a la Bretaña continental (colonizada desde Britannia) y Constantino II acepta la realeza. Sus herederos son Constante, Aurelio Ambrosio y Uther Pendragón. Pero el caudillo Vortigern hace asesinar al primero por los pictos y usurpa el trono, llamando a los sajones Hengist y Horsa para contrarrestar a aquellos piratas. Cuando el poder de los sajones crece intenta construir una torre fortificada, cuyos cimientos se hunden. Aconsejado de rociarlos con la sangre de un niño huérfano, contacta con Merlín Ambrosius, quien le revela la existencia de un lago subterráneo donde combaten dos dragones. Aurelio y Uther terminan deponiendo a Vortigern y derrotando a los sajones. Como monumento a esa victoria, traen de Irlanda las piedras de Stonehenge (adonde las habían llevado desde África unos gigantes). Llegado al trono, Uther Pendragón se enamora de Ingerna, esposa de Gorlois, rey de Cornualles. Con la ayuda de Merlín (disfrazado de Gorlois), entra en Tintagel e Ingerna concibe a Arturo.

» IV (el 23%), reinado de Arturo, a quien el autor transforma del “*dux bellorum*”, como lo calificaba la *Historia britonum*, en un conquistador del mundo. Somete a toda Europa, y con la ayuda de Gawain derrota al procurador romano Lucio. Y cuando va a conquistar Roma es llamado a Britania ante la noticia de que Mordred, con el apoyo de nuevo de los sajones, ha usurpado el trono y seducido a Ginebra. Y aunque lo derrota en Camlann, Arturo cae mortalmente herido, por lo que es llevado a Avalon “*ad sananda vulnera sua*”.

» V. La décima parte final de la obra es una especie de conclusión. Tras la muerte de Constantino III, el reino decae. Los sajones llaman a un rey africano, Gormundo, que derrota a los britanos y entrega Loegria a los sajones. Tras la misión de Agustín en 597 aquellos se hacen incluso con la hegemonía y llegan a un *modus vivendi* amistoso con Edwin de Northumbria, con quien parten la isla en el río Humber. El rey britano Cadwallo, instigado por su sobrino Brian, se subleva con éxito, y frente a ellos los reyes anglos Edwin, Oswald y Penda parecen figuras menores. No obstante, su sucesor Cadwaladr será expulsado de Britania en tanto el hambre y las plagas despueblan el país. Los sajones regresan y aquél es disuadido por un ángel de intentar recuperar el país: marcha a Roma, donde muere en 689. Una guerra naval de setenta y nueve años proseguida por Yvor e Yni no resulta decisiva y los bretones, abatidos, adoptan el nombre de *gualenses*. Frente a ellos los sajones se conducen de manera más sabia y pacífica, dominando bajo Athelstan el conjunto del país de Loegria.

Aunque Geoffrey explica el misterioso pasado por alusiones topográficas (Corineo mata al gigante Goemagog y Arturo al del monte San Michel), recurre poco a la interpretación mágica (a excepción de Merlín, que mueve las piedras de Stonehenge con sus poderes), y las intervenciones divinas o demoniacas son más escasas que en cualquier relato hagiográfico. La única alusión mitológica incluida es una plegaria a Diana y su respuesta oracular. Se ha pensado recientemente (Hanning y Brooke) que Geoffrey, consciente de estar escribiendo ficciones, parodiaba las pretensiones historiográficas de sus colegas contemporáneos. Flint, por otra parte, ve en la *HRB* una sátira de las instituciones contemporáneas. Lo cierto es que sus simpatías procélticas y antianglosajonas no le impiden criticar en ocasiones a los galeses (debido a la influencia de Gildas): como cuando el clero autóctono rechaza contribuir a la conversión de los anglos; o cuando Cadwallo se alía con el pagano Penda para matar al san-

to Oswald; o en la descripción de la manera en que los bretones degeneran en barbarie mientras los sajones se asientan de forma pacífica. Es consenso bastante general estimar que la *HRB* sirvió para anclar la legitimidad política de la dinastía normanda en el pasado de la antigua Bretaña, desde cuando los caudillos bretones sirvieron en el ejército de Guillermo el Conquistador a las guerras feudales que se siguieron en el país de Gales.

Enrique de Huntingdon, camino de Roma, leyó la obra en 1139 en el monasterio de Bec, pero no quiso modificar la suya propia. Muchos de los episodios de la *HRB* fueron recogidos entre 1135 y 1140 por el clérigo Geffrei Gaimar en la *Estoire des engleis*, crónica en verso en lengua anglonormanda que relata el comienzo de los reinos anglosajones. Lo hizo también el canónigo Alfredo (c.1143) en la *Historia de gestis regum Britanniae*, que enfatiza de nuevo el “regnum Britonnum” por encima del imperio romano, o el normando Wace en su *Roman de Brut* (anterior a 1170). Un total de 220 manuscritos de entre 1138 y el siglo XV contienen la obra de Geoffrey de Monmouth.

En ESPAÑA el primer ensayo, tras Isidoro, de una historia “nacional” fue acometido por el obispo Pelayo de Oviedo c. 1118 en el *Corpus Pelagianus*, actualización de la crónica isidoriana con datos del siglo XI favorecedores de su diócesis, empujándola frente a la de Compostela. En la vecina León (donde frente a la catedral la colegiata de San Isidoro custodiaba el panteón de la dinastía reinante) las llamadas *Crónicas asturianas* y *Historia Silense* (hoy apellidada propiamente *Legionense*) vindicaban la herencia política del desaparecido reino visigótico. Pero entre 1173 y 1195 la *Cronica Najerense*, compuesta en el monasterio riojano de Santa María la Real de Nájera, ofrece, en cambio, la perspectiva castellana del devenir político hispano con que concluye su relato de la historia universal. A las fuentes bíblicas e isidorianas recogidas por el Ovetense, a las noticias

procedentes de las mencionadas crónicas asturianas (en particular la de Alfonso III en sus versiones Albeldense y Rotense) y del Cronicón Silense, añade noticias sobre personajes posteriormente biografiados por la épica, notoriamente las incluidas en la *Historia Roderici Campidocti*, poco anterior a ella. Es evidente expresión de la ambición hegemónica del monarca Alfonso VIII de Castilla sobre el espacio político peninsular, muy clara desde su conquista de Cuenca en 1177.

En NORMANDÍA el duque Ricardo (c.965-1043) había encargado a Dudo, canónigo de San Quintín –en el momento de la consolidación de ese principado territorial– la composición de los *Gesta normannorum*, en los que, tras trazar el origen troyano de los normandos (como descendientes de Antenor), narra sucesivamente la época de los saqueos (personificados en un tal Hasting), la del duque Rollón y la del duque Ricardo. La estructura, un libro para cada duque, sería mantenida pero ampliada por el monje Guillermo, del monasterio de Jumièges, c. 1071, y ulteriormente por Orderic Vital, del de Saint Evroul, c. 1109, y Robert de Torigny en Bec c. 1139.

También desde mediados del siglo XII la historia de RUSIA, en Kiev, se desarrolló a partir de anales más antiguos y de la crónica bizantina de la historia universal, en un relato que tiene como base el territorio, apenas el pueblo, de Rusia. En POLONIA, c.1117 un monje de origen francés compuso en Cracovia una *Cronicae et gesta ducum sive principum polonorum*, principalmente de la dinastía de los Piast, dentro de la cual el duque Boleslao III, en pugna con su hermano, protagonizó a principios del XII una política de legitimación. Con el esquema analítico el canónigo Cosmas de Praga compuso c. 1125 la *Cronica Boemorum*, relatando el discurrir de la dinastía de los Przemyslidas, que puso fin a la Edad de oro igualitaria, vinculando en la historia de ese pueblo eslavo la dinastía y el territorio.

B) Durante el siglo XIII (sobre todo a principios de la centuria y sistemáticamente entre 1270-75) continúa la redacción de las historias compuestas en el siglo XII bien que sin grandes innovaciones conceptuales. Pero además se retoman tradiciones antiguas, revisadas conceptualmente. Y al tiempo que surge una historiografía latina de este tipo en Noruega y Dinamarca, nace otra de carácter nacional en lengua vernácula en Francia, España e Inglaterra.

En INGLATERRA destaca la figura de Mateo París (c. 1200-1259), monje de Saint Albans, que continuó las *Flores Historiarum* de su maestro Roger de Wendover en una *Cronica Maiora*, voluminoso encaje de la historia inglesa en la historia universal del que él mismo ofreció dos resúmenes: la *Historia Anglorum* y una *Abbreviatio chronicorum Angliae*, limitándose en ambas al periodo anglonormando. En los últimos quince años de su vida estuvo en estrecho contacto con el rey Enrique III, y ello hace que refleje el punto de vista regio en su crónica, si bien de los distintos manuscritos puede deducirse la evidencia de que el texto fuese edulcorado a lo largo de su vida cara a la galería. Es igualmente notable la amplia serie de dibujos que él mismo realizó para ilustrar la crónica.

Principal y más entretenido de los cronistas ingleses de la Edad Media, según A. Rigg, Mateo París se interesa por la historia universal (algunas noticias son de actualidad para su época, como las costumbres de los tártaros), las curiosidades científicas, la heráldica, hagiografía, arte, arquitectura, o los sucesos de la vida diaria y los chismorreos. En Saint Albans, donde versificó en francés la *vita* del santo patrón, recibió mucha información, ya que Enrique III visitó al menos en nueve ocasiones la abadía. Aun siendo un monje viajó bastante: a Noruega fue para aconsejar sobre la implantación en ella de la vida benedictina. Ello le confirió las “actitudes típicamente inglesas del hombre de la calle” (Rigg). Rara vez desaprovecha la oportunidad de denunciar la avaricia de Roma, aun mos-

trándose en ello conforme con Federico II, en un momento en que los *libelli de lite* denunciaban al emperador como “monstruo del Apocalipsis”: detesta la concesión de beneficios eclesiásticos a italianos, que sin residir en los mismos ignoraban la lengua inglesa, narra divertido la turbación de un legado pontificio durante un motín organizado contra él en Oxford. Al igual que otros, deplora la presencia de poitevinos en la comitiva de la reina Leonor así como de varios consejeros extranjeros en la de Enrique III (por más que parece haber simpatizado con alguno).

Le disgustaba también la proliferación de nuevas órdenes religiosas, y fue uno de los primeros en denunciar en Inglaterra los “piadosos” fraudes de algunos mendicantes. Mateo Paris se posicionó así junto a los barones en la lucha político-constitucional desencadenada por la cuestión de a quién correspondía el nombramiento de los consejeros del monarca, donde tanta parte tuvieron las ideas de Robert Grosseteste y del primer lector franciscano de Oxford, Adam Marsh. Sin embargo no vivió lo suficiente para conocer el trágico desenlace de esa lucha, encabezada por Simón de Montfort tras la intervención (*misse* de Amiens) de Luis IX en 1264, año en que aquél derrotó en Lewes al ejército realista encabezado por el príncipe Eduardo. Años más tarde Roberto de Gloucester compondría una crónica rimada en inglés medieval relatando los conflictos del rey con la nobleza bajo Enrique III, la cual refleja el punto de vista aristocrático.

En FRANCIA, bajo Felipe II Augusto se habían sentado en Saint Denis las bases de la vinculación histórica dinástico-nacional en favor de los Capeto, a quienes se atribuye no sólo origen merovingio y carolingio sino incluso troyano: ello lo inició el monje Hugo (Primas) de Saint Denis c. 1270, ya en lengua vernácula y por encargo de Luis IX. Al traducir al francés las crónicas anteriores narra en su primer capítulo el rapto de Helena, el asedio y caída de Troya y la subsiguiente migración al

oeste de los exiliados troyanos. Esta información se añade a la que suministraban el *Roman de Enéas* (c. 1155), el *Roman de de Thèbes* (1150-5) y el *Roman de Troie* (c. 1165) de Benoît de Saint-Maure, compuesto en la corte de Enrique II Plantagenet. El autor identifica como fuente el texto latino de Dares, un relato en prosa del siglo V sobre la destrucción de Troya que circuló ampliamente en Occidente porque del texto griego de la *Ilíada* no existía traducción latina completa. La obra va dedicada a Leonor de Aquitania, tal como el *Roman de Brut* compuesto en 1155 por Wace, que es una adaptación en verso de la *HRB* de Geoffrey de Montmouth. Esta última impulsó a Enrique II a encargar también a Wace la composición de otra crónica vernacular sobre la historia de los normandos, el *Roman de Rou* (1160-74). Al no dejarla Wace completa, el rey comisionó la tarea a Benoît de Saint-Maure, que c. 1180 compuso la *Chronique des ducs de Normandie* en verso octosílabo, donde establece el origen troyano para los normandos a través de Antenor, fundador de la stirpe danesa.

Primas había tomado como base un manuscrito conocido como el Anónimo de Chantilly, practicando una “*amplificatio*” para sujetar su modelo a la corrección literaria y a la demostración ejemplar de rigor. De esta forma se conjura el riesgo de la ficción en esta primera de las *Grandes Croniques* de France. Primas llamó a su texto el *Roman des rois*, ya que trataba de “fere cognoistre...la geste des rois”. Restableció a los Capetos en la línea de sucesión directa de Carlomagno, en sintonía con el criterio del rey que a la sazón estaba procediendo a la reorganización de las tumbas reales en la abadía de San Denis, donde se custodiaban las *regalia* (corona, cetro, espada y mano de justicia). El *Roman des rois* se concluyó en 1274 y fue ofrecido a Felipe III el Atrevido, y ello equivalía a la caución real que autentificaba la obra de Primat y le confería el carácter de verdad oficial de la que nadie podía dudar.

El texto de Primas sería ampliado por otros monjes de Saint Denis, y luego, a partir de Carlos V, por los miembros de su cancillería, incluido el mismo canciller Pierre d'Orgemont. Los manuscritos sucesivos de este *Roman des rois*, denominado en adelante *Les Grandes Croniques*, prolongan la historia de Francia hasta la época contemporánea al copista. Así hacia 1318 los libreros parisinos concibieron una edición que incorporaba la historia de San Luis escrita por Guillaume de Nangis y se acababa en 1270. Hacia 1350, al mismo tiempo que se hacía una revisión global, la historia se continuó hasta el reinado de Felipe VI. A mediados del siglo XV se añadió el relato de los reinados de Carlos VI (en la pluma de Juvenel des Ursins y del heraldo Berry con su *Recouvrement de Normendie* de 1450) y de Carlos VII (por el también monje de Saint Denis Jean Chartier, 1422-50). Con ello el público de cada generación podía encontrar en las *Grandes Chroniques* toda la historia de Francia hasta sus propios días, en lengua vernácula. Pero se trata solo de una historia oficial que ofrece del pasado nacional una visión partidista. Insistiendo en las cualidades de los reyes, este relato narra ampliamente las victorias y olvida las derrotas y las luchas intestinas, pero no deja por ello de contribuir al nacimiento del sentimiento nacional.

Setecientos manuscritos iluminados de las *GCF* dan fe de esta popularidad, al socaire de la cual la nobleza se mostraba particularmente aficionada al texto que registraba la memoria de sus hazañas y privilegios. Con el retorno de la paz en 1450, volvieron rápidamente a copiarse (30 manuscritos en 20 años), y luego a ser imprimidas en 1477 y 1493. Desde fines del siglo XV, impresas en papel, su éxito se extingue rápidamente, quizás porque al público letrado le hastiaba esta historia puramente aristocrática. Los intelectuales necesitaban otros textos para alimentar su reflexión, y a ello se debe el que no se haya encontrado ningún ejemplar de las *Grandes Chroniques* en poder de los doctores de la universidad parisina.

En POLONIA aparece en este momento el *Chronicon Polonorum* de Vincent Kadlubek († 1223), obispo de Cracovia (en el entorno de cuyos duques escribe), que en tres libros, en forma de diálogo, centra la historia de Polonia en la de este pueblo eslavo desde el tiempo anterior a la dinastía de los Piast, relativizando el papel de los monarcas.

En CASTILLA Y LEÓN, El canónigo agustiniano de San Isidoro de León (había compilado los *Miracula Sancti Isidori*) y luego obispo de Tuy Lucas († 1249) escribe su *Chronicon Mundi* a solicitud de la reina Berenguela. Frente a él, el arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada (*cf* la obra de Peter Linehan) dedica los últimos años de su vida a realizar un compendio de historia nacional: la *Historia Romanorum* (hasta César), la *Historia Hunnorum, Vandalorum et Suevorum, Alanorum et Silingorum*, la *Historia Ostrogothorum* y una *Historia Arabum*, completadas por una *Historia de rebus Hispaniae o Historia Gotica*, dedicada a Fernando III y dividida en tres períodos: el reino visigodo; el reino de Asturias (711-c. 1000); el período de la supremacía castellana (1035-1065). Así, romanos y árabes eran considerados como la “universitas oppressorum”. Luego, la autoconciencia del primado de la sede toledana se fundía con la vindicación por el reino de Castilla de su legitimidad política frente a la tradición dinástica asociada a León. Una generación después, Alfonso X en la *Estoria de Espanna* (que la edición de 1906 llamó Primera Crónica General), escrita en castellano y dividida en capítulos, retrotraía el origen de la población de Hispania a los griegos, “almuiuces” (celtas, normandos?), cartagineses, romanos, vándalos, silingos, alanos, suevos y godos, lo que suponía la comprensión de la península ibérica, Hispania, como un todo, en consonancia con la concepción territorial del reino y no personal o goticista imperante hasta Fernando III. Desde Pelayo, la historia se organiza por reinados y se escribe desde la óptica castellanoleonese. En parte por ello, el texto será posteriormente continuado y revisado. Según F. Bautista, es a

la condición de la historiografía como “tesoro” a lo que debe atribuirse la presencia en la obra de poemas épicos o leyendas históricas, y luego de documentos cancillerescos, “que poco a poco identifican el lenguaje de la historia, con el que llegarán casi a identificarse”. Por su parte F. Gómez Redondo establece que la obra es parte de la *General Estoria* o historia universal basada en la Biblia y en la historia romana, que Alfonso X dirigió y fue escrita entre 1270 y 1284. No cabe duda que *la Estoria de Espanna* es producto de la pretensión hegemónica de Alfonso X en el contexto político hispano, revalidada por su candidatura a la elección imperial, y que por ello es inseparable en su ideología de las demás empresas culturales del llamado rey Sabio.

En los países de la corona de ARAGÓN la historiografía nacional comienza con el *Llibre dels Feyts* de Jaime I, primera de las llamadas (F. Soldevila) *Quatre grandes croniques* catalanas. Escrito entre en el género de la biografía real inaugurado por Suger en Saint Denis, de manera coetánea a la consagrada por Joinville a Luis IX (*cf infra*, cap. 10), esta del conde catalán y monarca aragonés puede decirse que avanza hacia la perspectiva autobiográfica, ya que queda patente el aliento del personaje regio sobre la pluma del escribano que debió componerla (si bien el texto transmitido es una copia del reinado de Jaime II). Una primera parte relata la minoría del rey bajo la tutoría de la orden del Temple y su matrimonio con la infanta castellana Leonor. En una segunda parte, más elaborada, correspondiente al periodo 1228-1240, se trata de demostrar que la conquista de Mallorca y de Valencia fueron debidas al favor divino. Con menos dinamismo se narran luego los conflictos con los musulmanes de Valencia entre 1240 y 1265, pero la conquista de Murcia y ciertos episodios de política interna de la última década del monarca devuelven agilidad a la narración.

Una generación después la ocupación del reino de Nápoles por Pedro III a partir de las Vísperas Sicilianas (1282) será el acontecimiento que impulse la composición de la *Crónica* de

Bernat Desclot. Bernat Escrivà, hijo de un baille de Valencia, miembro de la comitiva del infante Pedro entre 1268 y 1288 (utilizará quizás el apellido Des Clot para reivindicar su origen barcelonés) y camarero del sucesor Alfonso III, es probablemente el autor de la misma antes de 1295. Remontándose a los orígenes de la monarquía reinante y tratando con brevedad los reinados de Alfonso II, Pedro II y Jaime I, dedica noventa y cinco capítulos a los acontecimientos del de Pedro III, su verdadero héroe, sin olvidar su victoria sobre la invasión francesa de Cataluña.

En HUNGRÍA, un capellán de Ladislao IV (1272-1290), Simón de Kéza, terminó entre 1282-85 la más antigua versión conocida de su historia nacional: los húngaros, establecidos en los Cárpatos desde fines de IX, no eran otros que los *Hunos* (de Atila), descendientes de Hunor y Magor, a su vez del linaje de Jafet, el hijo de Noé, y postulaba por tanto una antigua vinculación de este pueblo con Panonia y el mundo cristiano.

En NORUEGA. La *Historia de antiquitate regum Norwegiensium*, atribuible posiblemente a Theodrich, monje de Nidarholm, narra en 34 capítulos el devenir de los noruegos desde Harald “Harfagri” (c.930) hasta Sigurd Magnusson (1103-1130), el “peregrino de Jerusalén”, obviando así tanto los orígenes legendarios como el período contemporáneo, pero no sin dedicar seis capítulos al rey San Olaf (1015-1030). En relación con el obispado de Drontheim se escribió para el mismo período una *Historia Norvegiae*. Pero sobre todo es de destacar la aparición en lengua nórdica de algunas sagas, algunas bastante generales, hasta la redacción por el noble y poeta islandés Snorri Sturluson (1178-1241) –intermediario entre los jefes tribales de la isla frente a las ambiciones expansionistas de Haakon IV de Noruega– de la *Heimskringla*, obra de la que sus dos primeras palabras significan “el círculo del mundo”: conjunto de 16 sagas individuales donde se compendia la historia de Noruega hasta 1177, centrándose especialmente en la vida de San Olaf.

En DINAMARCA hacia 1185 se compone una *Brevis Historia regum Dacie*, materia legendaria de autor incierto. Tampoco está clara la identidad de Saxo Gramático († c. 1208), clérigo del arzobispo de Lund, que escribió el más sofisticado texto de la Edad Media escandinava, las *Gesta Danorum*, en dieciseis libros, de los que los ocho primeros corresponden al período antiguo y los ocho restantes al de la cristianización: I-IV, período precristiano; V-VIII, misiones cristianas; IX-XII, hasta la conclusión de la organización eclesiástica danesa; XIII-XVI, a partir de la fundación del arzobispado de Lund. Puede tenerse así por un Beda danés. A mediados del siglo XIII se escribirán dos sagas (la *Sköldunga saga* y la *Knyttlingasaga*) en las que se narra la historia de los descendientes de Knut el Grande.

C) En el SIGLO XIV se reescriben las historias nacionales compuestas en la centuria anterior, embutiéndose algunas de ellas en el esquema de la historia universal. Sólo en Escocia se escribirá una historia “ex nihilo”:

Así pues, en España la *Estoria de Espanna* alfonsí fue parcialmente ampliada en la corte de Sancho IV, y tendrá una derivación en la *Crónica de 1344*, impulsada por un biznieto de Alfonso X, el conde de Barcelos. Pero en la segunda mitad de siglo, el género decae y da paso al “sumario”, recuperándose el hilo marcado por el *De rebus Hispaniae*. En Castilla la historia política empieza a escribirse por reinados. Será un letrado de la corte de Alfonso XI, Fernán Sánchez de Valladolid († c. 1364), quien además de la de este rey dé forma a las de Alfonso X, Sancho IV y Fernando IV. Y el ascenso de la dinastía Trastámara consagrará este criterio. Las crónicas de Pedro I y Enrique II serán obra del canciller Pedro López de Ayala. Bajo estos autores —como luego bajo el cronista de Juan II Alvar García de Santa María (c. 1380-1469)— “la crónica se convierte en un recuento de los *fechos* de un monarca, enmarcados por continuas reflexiones, juicios y comentarios que ya no representan la palabra del rey” (F. Gómez Redondo).

En los países de la corona de Aragón el soldado Ramón Muntaner compondrá entre 1325 y 1332 una crónica que puede considerarse perteneciente al género de la Historia Testimonio por su involucración personal de los hechos que narra (*cf infra*, cap. 8), desde el engendramiento de Jaime I en 1207 hasta la muerte de Alfonso el Benigno en 1328. Es la única versión occidental de la expedición de los Almogávares al servicio del imperio Bizantino y literariamente la más conseguida de las cuatro crónicas medievales escritas en catalán: escrita para ser oída, utiliza un lenguaje coloquial y expresiones de abolengo juglaresco. El ciclo de estas lo cierra la Crónica de Pedro IV el Ceremonioso o “de San Juan de la Peña”, de la que no se ha conservado el original latino sino las traducciones al catalán y al aragonés. En 39 capítulos la secuencia de los orígenes legendarios, el período visigótico, los reyes de Navarra y condes de Aragón, y la parte principal, desde Ramón Berenguer IV hasta Alfonso IV († 1336), padre del Ceremonioso, supone una tradición historiográfica aragonesa similar a la de Castilla. La composición fue incoada, al parecer, en 1349 con la finalidad de justificar la política del soberano.

A fines del siglo XIV un eclesiástico agustino vinculado a la corte real de Pamplona, García de Eugui, hizo un compendio de la *General Estoria* alfonsí al que añadió en apéndice una genealogía de los reyes de Navarra, desde Íñigo Arista hasta Carlos II († 1387), bajo cuyo sucesor lo dio a luz.

En la FRANCIA en guerra, bajo Juan II (1350-64) Richard Lescot continúa en Saint Denis hasta Felipe VI la *Grande Chronique*, que tendrá su prolongación luego en la corte de Carlos V. Y en INGLATERRA durante este período conviven dos corrientes historiográficas, la de las “Bruto-Crónicas” en anglonormando o inglés medieval, algunas de ellas en verso, y por otro lado las que ensayan ciertos encajes de la historia inglesa en la universal, generalmente con el modelo de las VI edades, escritas en latín. Las primeras van dirigidas a un público aristocrático (por lo que

algunas, a pesar de incoarse en anglonormando, se terminan en inglés) e incluyen a menudo la historia de Escocia y Gales. Entre las segundas destaca el *Polychronicon* de Ranulf Higden († 1364), monje de Chester, donde el protagonista es la *insula Britannica*, poblada por anglosajones, daneses y normandos. Pero en Escocia John de Fordun († 1387), clérigo de la catedral de Aberdeen, escribió entre 1360-80 una *Chronica gentis scotorum* en V libros, hasta David I († 1153) y unas “gesta Annalia” hasta 1385 siguiendo el modelo de la “Volksgeschichte”, donde el protagonista es la “gens scotorum”: el epónimo Gaythelos, hijo de un rey griego y de Scotha, hija de un faraón, migró con su pueblo desde Egipto hasta Albión a través de España e Irlanda. La finalidad era aleccionar con ejemplos a David II († 1371) y Robert II († 1390) para preservar la independencia de Escocia.

El ámbito nórdico está menos representado en este período que el eslavo. En DINAMARCA apenas si se abrevia la historia de Saxo Gramático, mientras en HUNGRÍA se producen dos ediciones de su historia nacional, el *Cronicon Pictum*, ampliada para los años 1358-70, y otra en la que el angevino Luis I (1342-1382) exhibe sus pretensiones de entroncar con la tradición dinástica de los Arpad. En Polonia c. 1300 un franciscano o canónigo de Cracovia continuó la *Cronica polonorum* de Kal-dubek en forma reducida y dialogada, haciendo remontar la historia de los polacos a Jafet, progenitor de “vandalus”. Esta, y una *Chronica Poloniae maioris* (que hace descender de Jafet a Lech, Rus y Czech) significan aquí la evolución historiográfica hacia la “Volksgeschichte”.

En BOHEMIA al cambio de dinastía, de los Przemyslidas a los Luxemburgo con la coronación del duque Juan en 1311, acompañó la edición de una crónica en checo antiguo, la *Dalimil*, 5.000 versos en 106 capítulos, exponente de un protonacionalismo adverso a la población germana de las ciudades influyente políticamente. El franciscano Giovanni Marignoli († 1359), embajador del papa ante el khan mongol, siguió como capellán

a Carlos IV de Luxenburgo cuando fue coronado en Praga, y escribió allí por mandato suyo una *Crónica Boemorum*: I, toda la historia mundial hasta Noé; II, hasta Augusto, incluyendo los orígenes de Bohemia; III, el Antiguo Testamento, desde los profetas hasta San Pedro, acompañado de un episcopologio de Praga hasta 1234. Un abad del monasterio de Opatovice, Neplach († 1371), compuso una *Summula Cronice tam romana quam Boemice*, organizada en anales hasta 1365, que comportaba la visión imperial de Martin de Troppau. No tuvo buena recepción por integrar líneas históricas diferentes, la imperial y la bohemia, por lo que el canciller del seminario de San Gil de Praga, Pulkava de Radenin († 1380) confeccionó, por su parte, una *Cronica Boemorum* en la que prescinde del contenido imperial pero le añade la materia eclesiástica de Brandenburgo, como fuera que este territorio había sido adquirido por Carlos IV en 1373.

D) Durante el SIGLO XV no es hasta 1460-70 cuando se llega al último nivel de reelaboración de la historia nacional. En FRANCIA la *Grande Cronique* fue continuada hasta el ascenso al trono de Luix XI en 1461. Partícipes del testimonio personal y del espíritu renacentista son las *Mémoires* de Philippe de Commines (1447-1511). De origen flamenco, fue chambelán y confidente de Carlos el Temerario y prestó servicios diplomáticos en las cortes de Borgoña y luego de Francia, poniéndose al servicio de Luis XI, que lo cubrió de honores y le confió la dirección de la política exterior de su reino. Bajo los sucesos de este rey, y excepto durante las guerras de Italia, hubo de arrostrar sin éxito numerosos pleitos, de lo cual se consoló escribiendo hasta su muerte el libro de sus memorias. En los seis primeros volúmenes narra la historia del período 1466-1483 y en los dos últimos la guerra de Italia entre 1494-95. Embajador en Florencia, su relato lo trufan escenas de espionaje, chantajes y conversaciones confidenciales escuchadas entre bastidores. Su perspectiva psicológica y el sentido de lo pintoresco confieren

viveza a la narración. Al haber hecho abstracción de su implicación personal en los hechos, el relato gana en objetividad, aun sin rehuir la lección moral. Con todo, los errores de hecho y de omisión no faltan en el relato. Su moral política es próxima a la de Maquiavelo, pero sin que reniegue de una visión providencialista de la historia, en sintonía con su fe cristiana.

En INGLATERRA el último nivel del *Bruto* es también de esta época, si bien aquí no hay conexión oficial con los otros casos. Ahora se emprenden unas síntesis amplias de la historia nacional: en Inglaterra al *Scotishchronicon* de Walter Bower (c. 1437) se añade, con el trasfondo de la Guerra de Dos Rosas, la crónica rimada de John Hardyng, dedicada hacia 1457 a Enrique VI, aunque también ofreció una segunda versión a su oponente, Ricardo de York, y a su hijo Eduardo IV. El provincial de los eremitas de San Agustín, John Capgrave, hizo por otra parte una abreviación de la crónica universal hasta el año 6615 de la creación del mundo (1417) omitiendo la historia contemporánea.

En ESPAÑA, aparte la intrusión de la ficción de procedencia artúrica, troyana o hagiográfica, o de textos como el de la *Crónica de 1404*, hay que esperar a 1460 para detectar en la *Cuarta Crónica General* la impronta de una versión vernácula de la Historia Gótica, del *De rebus Hispaniae*, de Jiménez de Rada. En Castilla, la *Crónica abreviada de España* de Mosén Diego de Valera, consejero y diplomático de Juan II, Enrique IV e Isabel, tendrá el carácter de “manual” de la historia peninsular. Pero el reinado de los Reyes Católicos cuenta con una serie de cronistas, de los cuales los principales en Castilla son Fernando de Pulgar y Diego de Valera, pero también otros de alcance más limitado como Juan de Flores, Andrés Bernáldez, Nebrija, Galíndez de Carvajal y Lorenzo de Padilla. Y Aragón tiene los suyos en Gonzalo García de Santa María, Gauberte Fabricio de Vagad, Lucio Marineo Sículo y Gonzalo de Áyora.

En EL IMPERIO ALEMÁN el humanismo incipiente produjo en Alsacia el *Epitome rerum Germanicarum* de Jakob Winpffling († 1428), que proyectó la anterior orientación romanista del discurso historiográfico hacia el germanismo. Dentro de la Confederación suiza, en Zurich y Lucerna, aparecen a principios de XVI sendas crónicas en alemán. Y en Holanda hacia 1516 se imprime la *Divisiekronek*, que acusa la recepción de Tácito, erige por sujeto histórico al pueblo y no a la dinastía y presenta a los batavos, aliados de los romanos, como ascendientes de los holandeses.

En la EUROPA NÓRDICA Y ORIENTAL son elaboradas en este momento las primeras versiones de una historia nacional. En Dinamarca la primera edición vernácula de esa memoria nacional aparece en el monasterio cisterciense de Soro, el *Rimkronike*, impresa en Copenhague en 1495 (en sus 5.000 versos se relata el reinado de 116 reyes hasta Christian I). En Polonia es Jan Dlugosz, canciller del obispo de Cracovia y luego de Casimiro IV, quien compone hacia 1480 unos anales en 12 libros que son la base para la historia subsiguiente hasta el siglo XVIII. En Hungría Janos Thuröczy, jurista de la cancillería real, escribe la *Chronica Hungarorum*. En la Rusia de fines de XV se compendian unos anales que integran la historia rusa en la universal desde el punto de vista de Bizancio. En Suecia corresponderá a un canónigo de Uppsala, Erik Olsson († 1485), escribir una *Chronica regni gothorum*, hasta el rey nº 17, Christian I.



La influencia del humanismo impuso, por otra parte, en el siglo XV el regreso al latín. En Castilla Alonso de Cartagena († 1456), obispo de Burgos y embajador en el concilio de Basilea, fue el pionero con su *Anacephaleosis*, proyecto de una historia más amplia que no llegó a escribir, pero donde defiende el origen godo como base de la mayor antigüedad de la “natio” hispánica. Su discípulo Rodrigo Sánchez de Arévalo († 1470),

que vivió y trabajó en la corte pontificia, continuó en la *Compendiosa historia hispanica* la de Jiménez de Rada hasta incluir a Enrique IV. En este sector historiográfico se inscriben las *Décadas* de Alfonso de Palencia († 1492), de origen converso y discípulo igualmente del prelado burgalés, y luego del arzobispo Fonseca en Sevilla. En 1456 sucede a Juan de Mena como cronista real y secretario de cartas latinas de Enrique IV, y formará parte posteriormente de los consejeros de la princesa Isabel. En el estilo humanista que había aprendido durante su estancia en Florencia al servicio del cardenal Besarión y en Roma con Jorge Trapezuncio y Vespasiano da Bisticci, compuso las *Gesta hispaniensia ex annalibus suorum colligentis*, llamadas “Décadas” por estar divididas en décadas al estilo de las de Tito Livio. A las tres primeras, publicadas bajo el título de “Crónica de Enrique IV”, se añade una cuarta, inconclusa. El conjunto lo completó con unos anales de la guerra de Granada.

En Francia la historia humanística empieza con Robert Gaguin, quien en el *Compendium de origine et gestis francorum* (1495) llevó la *Grande Chronique* hasta su propio tiempo. Más éxito literario obtuvo la *De rebus gestis francorum* de Paolo Emilio († 1529), originario de Italia y cronista de Carlos VIII y Luis XII. También a Inglaterra fue llevada la historia humanista por un italiano, Virgilio Polidoro, que en 1534 publicó la *Anglica Historica*, destinada a legitimar a la dinastía Tudor ante el público continental, y que por primera vez cuestiona la versión de los orígenes ingleses en curso desde Geoffrey de Monmouth. E igualmente en Hungría, bajo Matías Corvino, fue un italiano, Antonio Bonfini, el autor de las *Rerum hungaricarum decadas*.

Tal empleo de los humanistas foráneos inaugura la tendencia a escribir la historia desde una perspectiva extranjera, y ello será el último estadio de la historia nacional en la Edad Media: es el caso, en el flamenco Artois, de Waleran de Waurin, que al servicio de Felipe el Atrevido y Carlos el Temerario confeccionó

un *Recueil des chroniques et anciennes histoires de la Grande Bretagne*, desde Bruto hasta 1471; y vale también para la *Historia Boemica* de Eneas Silvio Piccolomini, quien en 1457, antes de convertirse en el papa Pio II, aportó información sobre el estado de cosas en la Bohemia post hussita.

7. LA HISTORIA DINÁSTICA

La aparición del criterio familiar o dinástico como vía para abordar la historia de un grupo humano a instancias del poder ha sido explicada de manera diferente por G. Duby (seguido por Spiegel, Bloch, y en parte Van Caenegem y Génicot) y por P. Geary: según el primero, la aparición de la literatura genealógica tiene lugar en el norte de Francia c. 1000 porque es allí donde los miembros de la aristocracia empezaron a identificarse como miembros de un linaje, descendientes de un antepasado común y detentadores de un patrimonio común, que ellos mantuvieron intacto limitando la herencia del mismo a los miembros varones); frente a esos historiadores, el segundo estima que sería más bien la pérdida del conocimiento de sus antepasados por parte de la aristocracia, como consecuencia de la dispersión de los patrimonios ocurrida durante el período carolingio, y la distancia a los monasterios donde se custodiaba la memoria y los *libri memoriales* en ellos archivados, lo que determinó la necesidad de conocer el origen familiar.

Las historias dinásticas se desarrollaron a partir de genealogías escritas en esquemáticos textos que fueron posteriormente incluidas en “crónicas” o “historias” dinásticas (*vgr* las ofrecidas por Nennius en su *Historia Britonum*, o por Asser en su *Vida de Alfredo el Grande*), siempre muy influenciadas por la Biblia y por el género de las *Gesta* “episcoporum” o “abbatum”, algunas de las cuales serían posteriormente completadas o “actualizadas”. Hasta 950, salvo las irlandesas, son todas ge-

nealogías reales: de los merovingios, de los carolingios, de los godos, de los anglosajones y de los galeses. Hacia 965 apareció la de Arnulfo el Grande de Flandes, conservada en el monasterio de Saint Bertin. Y a ellas le siguieron otras en Francia del norte y del sur, España, Alemania y los estados francos de Ultramara. A partir del siglo XI en Normandía la historia dinástica se muestra ya desvinculada de la simple genealogía, y en ello le siguieron las relativas a los condes de Anjou, de Flandes y del Hainaut. Esta, la de Gilbert de Mons, única editada hasta hoy en castellano, ofrece un fresco de la historia de los condes de Hainaut —desde Balduino I hasta Balduino V—, en el contexto de la época gregoriana y de las cruzadas, con toda la problemática feudal al uso. Del mismo tipo es la *Historia Welforum* (de los príncipes welfos de Sajonia). En la segunda mitad del siglo XII se añadieron otras relativas a familias de menor rango, como las de los señores de Amboise (en el Anjou) o de los condes de Guines y señores de Ardres (en el Artois). La difusión de este género culmina a fines del XIV y principios del XV desde Bretaña a Alemania, ya en lenguas vernáculas. La historia de los reyes había adquirido también la forma de historia dinástica en el siglo XII en el Imperio (en la pluma de Frutolfo, continuada en forma de “anales”) y en Francia, donde las primeras genealogías se desarrollan desde principios del XII en biografías individuales de cada rey.

Bien como ilustración de los textos genealógicos, bien como documentación para la memoria familiar, desde el siglo XII se arman los árboles genealógicos, siendo el de los Welfos uno de los primeros. Generalmente se disponen los ancestros en la parte superior y los contemporáneos en la inferior, al revés que en los tiempos modernos. En ello se advierte evidentemente la influencia de la Biblia, tal como en el *Compendium historiae in genealogia Christi*, de Pedro de Poitiers, que siguen el tema iconográfico del árbol de Jessé. Características del género son la sobriedad del estilo y una pretendida “imparcialidad” del au-

tor. Pero ello lo pone en entredicho el muchas veces declarado “encargo” del trabajo, como en el caso del *De moribus et actis primorum Normanniae ducum* de Dudo de San Quintín.

Pero a menudo el propósito del autor no consiste en honrar a una familia nobiliaria, sino a una iglesia o monasterio del patronazgo de aquella (en la cual se ha escrito la obra, a cargo de un clérigo que ha escogido también la forma y el contenido de la misma), y entonces lo que se pretende es recordar al patrón sus obligaciones para con ella. Para los Capetos, el monasterio de Saint Denis sucedió en esa función de custodia de la memoria del linaje al de Fleury, y en el ducado de Normandía a Jumièges y Caen le sucedieron los cenobios de Saint Evroult y luego Le Bec. No obstante la dedicatoria no siempre es indicio directo del lugar de composición: Juan de Marmoutier, por ejemplo, dedicó su *Historia Gaufredi ducis normannorum et comitis andegavorum* no a Enrique II sino a William, obispo de Le Mans. Así pues, muchas de las historias dinásticas que nos han llegado “no son simple transferencia de la memoria de la colectividad hasta la página escrita, sino, en vez de ello, están mediatizadas por algún miembro del clero y en cualquier caso por una persona instruida, y no siempre para los fines de la familia patrona” (L. Shopkow). Con todo, hay casos como los de Lambert de Watrelos y Lambert de Saint Omer, que escribieron sobre sus propias familias y parece que sin inventar, pero en algunos otros sí hay evidente mediatización del patrón laico, como cuando las genealogías de los reyes anglosajones los hacen descender de algún dios germano; o al introducirse en las *Gesta consulum andegavorum* ciertos elementos épicos escuchados en la familia o apprehendidos de forma oral.

Mas no se trata siempre de *quién* es recordado, sino del “contexto del recuerdo”, es decir, de la “lógica social” que determina la escritura de la historia dinástica. Las funciones, o las finalidades, de la misma llegan a variar, y así los árboles

genealógicos pueden haberse compuesto tanto para reclamar derechos de propiedad como para zanjar algunas disputas sobre matrimonios. La genealogía de los condes de Flandes, por ejemplo, no está tan marcada por la memoria familiar como por las conexiones políticas del linaje que mejor administró un principado territorial en la Francia de aquella época. Al conde Arnulfo lo hace descendiente de Carlomagno (lo que se hará típico en el género) pero omite sus conquistas y las de su hijo Balduino (918-965). Pero muchos recuerdos pueden resultar dolorosos para la aristocracia: Lambert refiere un número notable de historias desagradables para la familia de los condes de Guines y señores de Ardres. Algunos de los ancestros de estos príncipes –particularmente la bisabuela del titular, famosa por su avaricia– resultaban odiosos para sus siervos y uno de ellos murió asesinado. El encarcelamiento de su patrón, Arnaldo II lo atribuye a haberse gastado los fondos recaudados para ir a la tercera cruzada sin llegar a cumplir el voto. En una palabra, el texto adquiere un sentido de exhortación moral para la familia. Y esa función ejemplarizante, citando casos como ejemplo para imitarlos y otros para ser evitados, sería característica de la historia dinástica.

En conclusión, las historias dinásticas se escribieron fuera de una instancia institucional, o en algunos casos en una perteneciente a las instituciones o territorios con los que la familia estaba relacionada. El orgullo dinástico se basaba no tanto en la posesión de una tierra como en su gobierno, y los gobernantes se identificaban con el pueblo al que gobernaban. En consecuencia, a los textos les preocupa menos la autoconciencia nobiliaria que el desarrollo de los principados territoriales o el papel de los monasterios en su interior. Muchas de las historias dinásticas se escribieron en determinados momentos de la relación entre una familia y un dominio: cuando la familia reclama ese gobierno por primera vez con éxito (primera historia dinástica normanda; genealogías de Scheyer, de los Wittelsbach); o

cuando una crisis sucesoria amenaza ese gobierno (la genealogía de San Bertín; la genealogía de los gobernantes de Bretaña); en periodos de inquietante declive (la *Historia de los condes de Guines*; los *Linajes de Ultramar*); o cuando la historia de una familia se halla tan imbricada con la de un territorio que la historia de la primera puede convertirse en la del segundo (las *Grandes Croniques de France* y las de Baviera en el siglo XV. Todos esos procesos se habían consolidado en el siglo XII, como muestra bien el caso de Baviera. Pero cuando a fines del siglo XIV tuvo lugar la gran difusión de la cultura escrita se dio un aumento de este tipo de literatura en toda Europa, que continuaría a lo largo del siglo XV.

Dentro de la España medieval había sido en Cataluña donde, en el monasterio de Ripoll, empezaran hacia 1162 a componerse las *Gesta comitum barcinonensiunm*, reivindicación genealógica del parentesco carolingio de la casa condal de Barcelona y alegato para su independencia política. En los reinos occidentales la memoria nobiliaria no empezó a sintetizarse sino de manera grupal y en torno a la familia regia, con el *Livro de Linhagens* del conde de Barcelos (1344). El *Libro del linaje de los señores de Ayala* (1371) pasa por ser el primer ejemplo de literatura genealógica monográfica en España. Pero a mediados del siglo XV, por imperativo de la resistencia nobiliaria a la imposición de la autoridad monárquica (representada en la figura del condestable Álvaro de Luna) aparece de nuevo la historia nobiliaria colectiva de los nobiliarios o reyes de armas, rica en motivos legendarios, en la *Memoria de algunos linajes* de Juan de Mena (1448), el *Blasón general y nobleza del universo*, que un Pedro de Gracia Dei dirigió a Juan II de Portugal en 1489, y en 1492 las *Fortunas y bienandanzas*, del señor guipuzcoano Lope García de Salazar. La concreción del género en un linaje se produce con el dominio incontestado de uno de ellos sobre un territorio: el de Guzmán sobre Andalucía (c. 1445, al crearse el ducado de Medina Sidonia para los condes de Niebla) y el de la

casa de Zúñiga sobre Extremadura (c. 1475). En las historias de estas familias nobles compuestas entonces se pasa de la ficción linajística con propósito ideológico a la construcción literaria (C. Heusch).

Mas el desarrollo de la historia dinástica no era inevitable, porque hubo otras maneras de formar la “identidad” dentro de la misma familia nobiliaria: el uso de un mismo nombre, el escudo de armas, la concurrencia a torneos, el panteón familiar o, según Johanek, elementos como el relato, la pintura, o el gesto. Si muchas familias nobiliarias no encargaron una “historia” era debido a lo caro de la empresa, que necesitaba “contratar” al menos un escritor. Fuera de la familia nobiliaria, la identidad podía preservarse por instituciones comunes como el derecho y la costumbre, o a través del papel de un determinado monasterio u obispado sobre los que se ejercía el patronazgo.

8. LA HISTORIA TESTIMONIO

La historiografía escrita por testigos presenciales de los hechos narrados es el germen de lo que hoy llamamos Historia Contemporánea, y aparece en las lenguas vernáculas hacia 1170, aunque trae su origen latino de unos relatos compuestos en el reino anglonormando. En el *Carmen de Hastingae proelio* Gui d'Amiens presenta al duque de Normandía Guillermo el Conquistador como un dechado de coraje, liderazgo militar y heroísmo. Contenido similar se halla en las *Gesta Guillelmi* de Guillermo de Poitiers, en prosa latina. Raúl de Caen pergeñó un retrato parecido del normando Tancredo de Tarento, asimismo en latín.

Vinieron luego, hacia 1138, el *De bello standardi* de Ricardo de Hexham, y el *Relatio de standardo* de Aelred de Rievaulx. William Fitz Stephen escribió la *Vita sancti Thomae*, donde se proclamaba testigo del martirio. Guernes de Pont St Maxence, la *Vie de saint Thomas Becket*, 6.000 versos en lengua vernácula, asegurando haber consultado fuentes escritas, reales y episcopales, y consultado a sirvientes y conocidos del mártir. El texto mezcla la poesía religiosa —calcada sobre la pasión de Cristo— con la historiografía en verso. En la “Crónica anglonormanda” o “del viejo rey Enrique”, de 1174-5, Jordan Fantosme (¿clérigo del obispo de Poitiers Gilbert de la Porrée y/o del obispo de Winchester?) narra la revuelta de Enrique, el primogénito de Enrique II Plantagenet, contra su padre con la ayuda de Ricardo Corazón de León y Felipe de Flandes. Escrita poco después de los hechos, el texto exhibe influencias léxicas provenzales y una temática propia del cantar de gesta.

LAS CRUZADAS SON, empero, el gran momento de conformación de este género historiográfico. Durante la primera y la segunda Palestina no fue sólo una tierra de promisión para caballeros carentes de feudo sino también el teatro de un nuevo Éxodo a la tierra prometida. Todo ello queda recogido en la *Historia Hierosolymitana*, de Baudri de Bourgueil, en la anónima *Gesta francorum et aliorum hierosolimitanorum* (compuesta entre 1098 y 1100), y de modo muy claro en las *Gesta Dei per francos* (datable entre 1104-8), de Guibert, abad del monasterio de Nogent, en cuyos ocho libros en prosa más algunos versos preconiza una nueva alianza entre el creador y este nuevo pueblo elegido que se sellaría si la cruzada tenía éxito. Por más que siempre intentara dilucidar la causa de los acontecimientos, sorprende que hallase dificultades para formular el motivo de las acciones humanas considerando que compuso también una autobiografía espiritual, el *De vita sua sive monodiarum libri tres*.

La segunda cruzada tuvo sus historiadores en Odo de Deuil (*De profectione Ludovici VII in Orientem*, c. 1140); Raúl el presbítero, que en *De expugnatione Lixbonensi* (1147) proporciona la visión inglesa de aquella operación político-militar; pero sobre todo en Guillermo de Tiro († 1186) con su *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*. Nacido en Jerusalén en 1130, estudió en Europa antes de regresar a Palestina y ser hecho arcediano de Tiro en 1167, y luego arzobispo y canciller del reino en 1175. La obra historia el reino de Jerusalén hasta 1184, fue traducida al francés ya en 1220-3 y, con varios títulos sería objeto de varias recensiones hasta 1277.

De estilo limpio y ágil narración, la *Historia* es fruto de de las conversaciones de Guillermo con el rey Amalrico (Amaury) de Lusignan: comienza por la conquista musulmana de Siria en 634-40, narra la primera cruzada y ofrece un resumen cronológico de cada reinado con un retrato (a la manera de Suetonio)

del respectivo monarca. La parte mejor tratada, su tema principal, es el reino continuamente amenazado en que le tocó vivir. Censura a los obispos guerreros pero es relativamente parco en las cuestiones militares. Señala la creciente independencia de las órdenes militares respecto de los diocesanos, sobre todo los templarios. Pero lo más logrado es su perspicacia para detectar las relaciones causa-efecto: rechazando la clásica explicación de la decadencia del reino después de 1174 por el pecado y la “acidia” de la población latina, expuso

“cómo los primeros cruzados eran soldados expertos que atacaron un país cuyos nativos habían crecido en la paz, no sabían cómo defenderse y estaban desunidos políticamente, combatiéndose mutuamente en vez de obedecer a un superior. Casi cada ciudad tenía su señor, por lo que cayeron fácilmente en manos de los cruzados. Ahora que estaban unidos bajo un soberano (Saladino), cuyas arcas estaban llenas debido a sus conquistas, y que podía pagar a sus tropas, pudo reclutarlas de manera masiva, con lo que el reino de Jerusalén tenía ahora que hacer frente a unas amenazas que no conocieron sus antepasados”.

Los historiadores modernos aún suscriben el análisis de Guillermo de Tiro. La *Histoire de la Guerre Sainte* (1190-1196) del normando micer Ambrosio narra la tercera cruzada. Micer Ambrosio se halló en el sitio de Acre y por ello rinde un homenaje al rey Ricardo, de cuya corte ofrece una imagen pintoresca (*vgr*, el batallón de guerreros africanos tocados con turbantes rojos, que parecían “cerezas maduras”; el rey Ricardo fue alcanzado por tantas flechas en una escaramuza “que parecía un erizo”). De lo que no ha sido testigo presencial declara las fuentes consultadas y realiza explícitas protestas de decir la verdad, para diferenciarse de los juglares. El *Itinerarium regis Ricardi*, de Richard de Templo, está copiada en buena medida de la anterior.

La cuarta cruzada tiene su mejor crónica en la *Conquête de Constantinople*, de Geoffroi de Villehardouin, mariscal de Champagne, que la empezó en 1207, cuando el ejército del que él había sido uno de los líderes, si no el principal, había extraviado ya su camino. Tenía que explicar el desvío de la operación militar desde su objetivo inicial de reconquistar Jerusalén desde el Cairo hasta el de ayudar a Venecia a recuperar las rutas comerciales perdidas por la falta de apoyo del imperio bizantino. Narra así la conquista de Zara y luego la de Constantinopla. Entre los caudillos sus simpatías se inclinan por Bonifacio de Monferrato, de quien se hizo vasallo en 1207 cuando éste le dio en feudo Mesinópolis. Con buen armazón cronológico, Geoffroi V parece proponerse contradecir las críticas que se habían desatado en el ejército por el desvío de la expedición, exponiendo el requisito de la necesaria cohesión interna de los cruzados con la condena de las defecciones, traiciones, desertiones o discordias de sus líderes, y ello le confiere a veces un tono moralista. Se trata, en definitiva, según P. Ainsworth, de una justificación de la expedición expuesta por un soldado profesional, hábil negociador, que había estado presente en todos los conciliábulos que tuvieron lugar para marcar la estrategia a seguir, incluida la embajada a los venecianos.

En la estela historiográfica de Villehardouin cabe situar la *Crònica* del catalán Ramón Muntaner (1265-1336), soldado y funcionario al servicio de los monarcas de la Corona de Aragón en Mallorca, Sicilia y Cerdeña. Oriundo del Rosellón, entre 1286-1287 participó como soldado en la conquista de Menorca, y entre 1298-1300, ciudadano de Mallorca, trabajó en la intendencia militar, siguiendo a los almogávares que, bajo el mando de Roger de Flor, fueron a combatir a los turcos al servicio del Imperio Bizantino. Tras actuar como gobernador, hasta 1315, de la isla de Jerba, se establece y casa en Valencia, donde lo harán jurado y recibirá nombramiento de caballero. Goza ya de la confianza de la casa real, pues en aquel año se le encarga el traslado del futuro Jaime III de Mallorca de Sicilia a Perpiñán, y luego actúa otros

cuatro como procurador del almirante Bernat de Sarrià. En 1322 compone allí un *sermò* en verso animando a Jaime II a la conquista de Cerdeña. Ello no le impide dedicarse al comercio textil, mientras entre 1335 y 1339 compone su crónica, que puede incluirse con todo derecho en el género de la Historia Testimonio. Escrita en catalán en un estilo directo destinado a la lectura, su texto refleja la influencia de la literatura épica y trovadoresca de abolengo provenzal, y el mismo destila la profunda lealtad a la monarquía catalano-aragonesa y el patriotismo del autor.

El género de la historia testimonio alcanzará su pleno desarrollo en el siglo XIV con FROISSART (c. 1337-Valenciennes-1404). Caballero establecido en Inglaterra en la corte de Filippa de Hainault, la viuda de Eduardo III, se vio impulsado a escribir por el canónigo de Lieja Jean le Bel, autor asimismo de una crónica sobre las primeras campañas de la Guerra de los Cien Años, en prosa, donde criticaba las compuestas en verso. Froissart escribiría él mismo otra en verso, perdida, de la batalla de Poitiers (1356). Pero quizás también estimulado en Westminster por la misma reina, al tiempo que hacía canciones, baladas, virelays y algunos rondeaux fue recogiendo muchos materiales para la composición de sus *Crónicas*, material del que descuella el testimonio oral de los prisioneros franceses que con Juan II el Bueno prestaron como rehenes caución al Tratado de Brétigny (1360). Pero sus viajes “de investigación” lo llevaron a la corte del rey David Bruce de Escocia (1365), al castillo de Edward Despenser en Berkeley, a la corte del duque de Brabante en Bruselas, a la del Príncipe Negro en Bordeaux, y después a Italia en 1368, donde asistió en Milán a la boda de Lionel de Clarence con Violante Visconti. La muerte de la reina Filippa le exige regresar a Hainault y allí edita la primera versión en prosa del libro I de sus *Crónicas*. En ese texto transcribe fragmentos enteros de la crónica del canónigo Jean le Bel, lo cual entonces no se consideraba censurable sino una garantía de credibilidad, por el respeto que se guardaba a la “auctoritas”.

En 1373 Froissart se estableció en el curato de Les Estinnes-au-Mont, que le dio el conde de Blois, y allí continuó el libro I hasta 1378 con el fin de narrar los orígenes de la Guerra de los Cien Años apoyado en testimonios orales sobre cabalgadas, sitios, escaramuzas, pillajes y algunas batallas, en las que los caballeros ingleses, muy bien dirigidos y respaldados por los arqueros de Gales y Cheshire, derrotaron a los franceses en Sluys (1340), Crécy (1346) y Poitiers (1356). Dos versiones hay de este libro.

El libro II cuenta el conflicto entre la ciudad de Gante y el conde de Flandes, y entre aquélla y la de Brujas, más las revueltas populares en Francia (maillotins...) y la de Inglaterra de 1381, de alguna de las cuales él fue testigo: al menos sabemos que acompañó a Guy de Blois y Carlos VI a Flandes en 1382. Su disposición hacia las revueltas es de cierta simpatía y comprensión, aunque no oculte su condena a los rebeldes por el intento de revolucionar el orden querido por Dios, y añada una censura a la nobleza por sus excesos en el castigo y por no ser capaces de detener el desorden.

El libro III es fruto de otro de sus viajes, el de 1388 a Orthez, la corte de Gaston Phebus, conde de Foix y Bearn, donde recabó información sobre el conflicto que acababa de terminar (la “guerra civil”) entre Pedro I y Enrique de Trastámara. En la segunda versión de este libro corrige la primera, castellana, aportando el punto de vista de un caballero portugués, Dom Fernando Pacheco, al que conoció en 1390 en Zelanda. En adelante, las *Crónicas* combinan “el tiempo de la narración” con el “tiempo de la memoria” (M. Zink). El autor interfiere en la primera con sus propias reflexiones, condicionando así la exposición de los hechos.

En 1389 se halla de nuevo en París, donde asiste a la entrada de la nueva esposa de Carlos VI, Isabel de Baviera. El patronazgo de Guy de Blois lo sustituye por el de Luis de Turenna,

hermano del rey, que va a ser duque de Orleans. En 1392 asiste en París al atentado contra Olivier de Clisson y meses después está presente en las negociaciones para la paz de Leulinghen. En 1395 vuelve a Inglaterra, donde le decepciona no encontrar allí a sus antiguos conocidos. Sus días acabaron en Hainault, quizás en la “forge” de Chimay, donde posiblemente había disfrutado varios años de una canonjía. Allí había escrito el libro IV, relatando la enfermedad mental de Carlos VI y los últimos días de Ricardo II, subrayando el efecto nefasto de los malos consejeros. Rehizo también allí parte del libro I (el mss de Roma) donde, asesinado ya el rey, muestra su inquietud por el futuro de la “prouesse”.

En algunos pasajes del libro III mezcla el relato histórico con otras formas narrativas como el reportaje, el diálogo, la anécdota, el cotilleo, el *exemplum* o el cuento mitológico. La mejor muestra es quizás su ensayo de arrojar luz sobre las circunstancias del asesinato del heredero de Foix-Bearn por su propio padre, que presenta en estilo indirecto, interrogando a varios personajes hasta que un viejo escudero ofrece su propia versión, y ello le sirve para enmascarar y mitologizar el asunto (M. Zink). Lo mismo ocurre con el pasaje del hechizo de Pierre de Bearn, una recurrencia literaria del mito de Acteón (=el cazador beocio que sorprendió desnuda bañándose a Artemis o Diana y ésta lo castigó convirtiéndolo en un ciervo que fue devorado por sus propios perros de caza), la cual reaparece también en su novela *Meliador* (poema de ambiente artúrico compuesto por Froissart c. 1365 describiendo cómo Hermosinda, la hija y única heredera del rey de Escocia, es pretendida por Camel, un caballero indigno –sueña de noche, por ejemplo–, hasta que Meliador obtiene su mano al cabo de una serie de seis torneos) así como en algunos de sus más extensos “dits”. En los últimos libros, el recurso a los relatos mitológicos y a las disgresiones didácticas está impulsado por el intento de perfilar una imagen social de la caballería cuando la razón de ser de ésta se tambaleaba.

En resumen, las *Chroniques* de Froissart contienen una exaltación de las proezas, el honor y las formas cortesanas de la caballería, sin ignorar las penalidades sufridas por los campesinos y gente menuda del pueblo. Las hazañas de los caballeros son referidas sin consideración de cuál sea su “nación” de origen. El cronista se comporta como un maestro que trata de prolongar el eco dejado por tales combates ejemplares. Gracias a la proeza —quiere observar— se produce la movilidad en el medio caballeresco. Pero al mismo tiempo es un consumado narrador, un excelente pintor del movimiento y del fragor de la batalla, con todo el colorido de arneses y penachos. Sabe cómo transmitir las emociones de sus personajes, a veces dibujando un simple gesto en medio de una escena dramática. El trazo común a sus relatos es el “hallazgo, creación, conservación y comunicación de la verdad”. En el prólogo a la primera versión del lib. I y en el de la segunda versión equipara la función de los cronistas con la de los “oradores” de la sociedad trifuncional. En este sentido las *Croniques* pueden ser equiparadas, según P. Ainsworth, a las “memorias” fundadas en las capellanías de los siglos XIV y XV y a los retratos en que consisten algunos monumentos funerarios.

Otras crónicas incluidas en esta categoría historiográfica de los relatos de “testigos presenciales” son la *Vie de Saint Louis* de Joinville, las de algunos imitadores de Froissart, las de ciertos memorialistas borgoñones (como Olivier de La Marche), o el fascinante *Journal d'un bourgeois de Paris*. Obra anónima escrita por un parisino entre 1405 y 1449, una de las principales fuentes relativas a esta ciudad en la primera mitad del siglo XV, época marcada por la Guerra de los Cien Años y la ocupación inglesa del reino de Francia: el autor, probablemente un clérigo vinculado a Notre Dame, no esconde sus simpatías por el partido borgoñón. Si hubiera que buscar en España algún texto emparentable con este género habría que pensar en los Anales del reino de Mallorca, o noticiario recogido por el notario Mateo Salzet entre 1372 y 1408, además de ciertos fragmentos de

alguna crónica, así como los anales que compuso el converso y jurado del concejo de Sevilla Garcí Sánchez (*cf infra*), donde junto a la problemática local se registran algunos episodios de la lucha de bandos durante el reinado de Enrique IV.

A modo de conclusión puede decirse que incluso los testigos presenciales más genuinos se hallaban constreñidos a la hora de escribir sus crónicas por una serie de prejuicios estilísticos y retóricos además de los específicamente personales o políticos, lo que en cualquier caso dificulta la estricta adscripción de sus textos a un género específico.

9. DE LA HISTORIA INSTITUCIONAL A LA HISTORIA URBANA

Entre los siglos XI y XV algunas instituciones religiosas se convirtieron en objeto de reflexión histórica, y sus relatos, principalmente en lo que se refiere a la historia monástica y episcopal, siguieron modelos configurados en épocas anteriores, mostrándose en cambio más novedosos los escritos en el seno de las órdenes mendicantes.

La HISTORIA MONÁSTICA había detentado el monopolio historiográfico entre los siglos VIII y XIII en el formato de los anales y las *gesta abbatum*, a los que a menudo se añadieron necrologios y *consuetudines*, textos en general anónimos. Las crónicas monásticas se escriben mayormente en coyunturas de reforma (*gesta abbatum* de Cluny, de Gembloux o de Monte Cassino). Se trata a menudo de biografías en serie, modeladas sobre las *vitae* de los santos, con propósitos litúrgicos, edificantes o conmemorativos. Muy influidas por la hagiografía, codificaban privilegios y títulos de propiedad, de ahí su familiaridad con los cartularios pero también con los primeros monumentos de la historia dinástica de la aristocracia, llegando a imbricarse en la Inglaterra anglo-normanda, el imperio, Francia (abadías de Fleury, St Denis y St Germain des Près sobre todo) y la Castilla de Alfonso X con la historiografía legitimadora de la monarquía.

Adoptaron también la forma de continuación de la crónica universal y la historia eclesiástica. Este último es el caso de Orderic Vital. Antes de 1120 su abad en Saint Evroult le pidió

escribiese una historia del monasterio, y hasta 1141 la realizó ampliando el campo de visión hasta componer una historia universal. Pero originalmente iba destinada a la práctica litúrgica de su monasterio. La *Historia Ecclesiastica* de Hugo de Fleury también sitúa a su monasterio en el marco de la historia de la iglesia. Y entre los cistercienses no es otra la línea seguida por Conrado de Eberbach c. 1200 en su *Exordium magnum Cisterciense, sive narratio de initio Cisterciensis ordinis*.

La crisis del monacato benedictino en los tiempos de la Peste Negra determinó el fin de la historiografía monástica. Tras hacerse más locales a principios del siglo XIV, las crónicas monásticas desaparecen a mediados del mismo y no es sino en el siglo XV cuando las reformas observantes las retoman en alguna medida, a partir de su segunda o tercera generación, como medio de combate frente a sus rivales conventuales. Así los movimientos de Kastl, Melk y Bursfeld hallan un eco en San Benito de Valladolid en Castilla, en cuyas filas se incubará la composición de la *Crónica general* de la orden de Antonio de Yepes, que ya en época moderna antecede a los *Anales* de la misma por Jean Mabillon.

La HISTORIA EPISCOPAL o catedralicia comenzó con las *gesta episcoporum*, que siguieron el prototipo del *Liber pontificalis* romano. Este fue continuado desde Gregorio VII hasta 1431. Biografías y crónicas como la de Juan de Salisbury y las *Vitae patrum avenionensium* de Werner de Hasselbecke lo completarían, y muchos ejemplares de la obra se conservan en las bibliotecas episcopales. Dichas *gesta* fueron escritas normalmente por un secretario del obispo o un miembro del cabildo, alcanzaron su ápice entre los siglos IX y XII en el territorio de la antigua Lotaringia, y se hallan a medio camino entre el catálogo y la verdadera historia. Con el objetivo de fundar el origen de una diócesis y su territorio en un pasado de santidad, es frecuente que empiecen por una *translatio* de reliquias, a instancias del

actual obispo aspirante a legitimizar su autoridad en materia administrativa, litúrgica y política, por lo que constituyen una especie de cartulario de las posesiones y derechos de una catedral.

A pesar de esa vinculación de las *gesta* con el imperio, la historia episcopal floreció en la Baja Edad Media como nunca antes lo había hecho (17 obras de entre 1250 y 1450). Se rebaja entonces el papel pastoral y el aura de santo del obispo. Hay un declive de las *vitae*, salvo en el caso de los mendicantes, pero en cambio se da un énfasis en la diócesis como entidad territorial. Los autores no son tanto los secretarios de los obispos como miembros de las órdenes mendicantes o contemplativas, y sus móviles son otros. Con todo, no se puede extrapolar esto al resto de Europa. Y como el origen de las diócesis coincide con el de las ciudades, es normal que el género evolucionara en la Baja Edad Media hacia la historia urbana. Pero con el fin del señorío de los obispos, el género se quedó en modestos catálogos de sus titulares.

LA HISTORIA MENDICANTE influye en buena medida en el sentido enciclopédico de la historiografía bajomedieval, que arranca del *Speculum Historiale* de Vincent de Beauvais, aunque muchas de las historias de las órdenes apenas se aparten del formato del catálogo. Todo empieza por la hagiografía sobre San Francisco, que lo presentan bajo un perfil cristológico (*vitae* escritas por Tomás de Celano y Julián de Spira, y la *Legenda* mayor y menor de Buenaventura, que después de 1263 fue el relato oficial de los orígenes de la orden). Siguieron las de Antonio de Padua, Clara de Asís y Luis de Anjou. Otras figuras conmemoradas localmente pronto fueron agrupadas en catálogos, al tiempo que se compilaban anécdotas de los primeros franciscanos en orden a legitimar la rama espiritual de los frailes menores.

Entre los dominicos no se dio controversia sobre la intencionalidad del fundador, con lo que las *vitae* se dirigieron a conmemorar las figuras de sus prominentes predicadores y maestros, tales

como Hugo de San Cher, Raimundo de Peñafort, Tomás de Aquino y Alberto Magno. Pero los dominicos empezaron también a estimular la veneración y canonización de sus monjas (Catalina de Siena ante todo) y terciarios, cuya agrupación hagiográfica colectiva comenzará en las *vitae fratrum* de Gerard de Frachet (1260) y Bernard Gui († 1331). Cuando a la finalidad litúrgica se añada la pastoral se abrirá paso un sentido enciclopédico en lo hagiográfico en obras como el *Epilogus* de Bartolomé de Trento y sobre todo la *Legenda aurea* de Jacobo de Voragine († 1298).

Tanto franciscanos como dominicos promovieron para uso interno la redacción de crónicas de sus respectivas órdenes, que abundan en relatos de milagros y elogios del fundador y sus discípulos. Los menores las compusieron también de ámbito provincial, para Inglaterra e Italia, de alguna forma relacionados con los catálogos de sus ministros generales. Pero las discrepancias en la interpretación de la Regla, visibles en detenciones e intervenciones pontificias, suscitaron ciertos comentarios a la Regla y una historiografía crítica como la *Historia septem tribulationum* del líder Angelo Clareno, que influirá en las crónicas de los franciscanos observantes entre los siglos XIV y XVI, lo cual genera una copiosa bibliografía ampliamente recogida en los *Annales minorum* de Lucas Wadding († 1657).

Los dominicos prefirieron, en cambio, la composición de crónicas generales de su orden. Tras el *Libellus de initio OFP* de Jordán de Sajonia, concebido principalmente para el proceso de canonización del fundador, a mediados del siglo XIII Pedro Ferrando y Gérard de Frachet produjeron cada uno su *Chronica ordinis praedicatorum*, tratados más atentos a la difusión de la orden y su desarrollo institucional. Mayor peso tendrían en el desarrollo historiográfico posterior las obras del prolífico predicador e inquisidor Bernard Gui († 1331), que inició la serie de catálogos de priores provinciales y maestros generales continuados en el siglo XV, mayormente desde la rama observante de la orden.

Siguiendo la tradición monástica, los conventos mendicantes también confeccionaron sus necrologios y calendarios para el uso litúrgico, con base en los cuales se basaron a veces para componer crónicas de algún convento (ejemplos en Santa María Novella de Florencia, Orvieto y Pisa). Un *diarium* de los franciscanos de Estocolmo de hacia 1450 serviría como base para escribir la historia nacional de Suecia, y esto, como otras muestras de las crónicas conventuales, asevera la apertura mental de los mendicantes hacia los intereses de su entorno (B. Roest).

La influencia externa sobre la historiografía mendicante se muestra en cómo el *Chronicon* de Martin de Troppau (OP), con su visión hierocrática apoyada en la *Historia scholastica* de Pedro Comestor y en el *Decretum* de Graciano, fue casi oficialmente adoptado por la curia pontificia en el siglo XIII, y ese papel lo asumieron en la época de Aviñón la *Historia nova ecclesiastica* del también dominico Tolomeo de Lucca y las *Flores chronicarum* de Bernard Gui. Un par de obras similares compuestas en el ámbito franciscano abundarían en ese casamiento del catálogo simbiótico de papas /emperadores con el armazón de la historia de la salvación. Categoría diferente por su orientación geo-histórica y su perspectiva enciclopédica la constituyen el ya citado *Speculum historiale* del dominico Vincent de Beauvais y la *Satyrica historia* del franciscano Paulino de Venecia. En tercer término, hay una serie de crónicas que contemplan la historia universal desde la perspectiva regional, como la del franciscano Salimbene de Parma y otras originarias de la provincia irlandesa de esa orden. Una cuarta categoría de crónicas está estrechamente conectada con la exégesis bíblica de los mendicantes y su enseñanza de la teología, y a ella pertenecen varias *Summae de aetatibus* como las del dominico Esteban de Lessines (c. 1270) y las de los franciscanos Poncio Carbonell († 1350), teólogo y guardián del convento de San Antoni de Barcelona, y Juan de Udine († 1366).

Pero hay una quinta categoría formada por una serie de historias escritas por mendicantes en misión de embajadores, que se inscriben en la tradición retórica de la *imago mundi*. Aunque algunas se insertaron en historias universales, otras han sobrevivido de forma exenta, como la *Historia Tartarorum* de Giovanni del Pian Carpine, la historia de Guillermo de Rubroeck († c. 1295) y el famoso *Itinerarium* de Odorico de Pordenone, todas las cuales acreditan las hazañas realizadas por los misioneros en sus embajadas, así como el interés etnográfico de estos religiosos viajeros. Finalmente, existe una sexta categoría representada por historias nacionales o dinásticas escritas por mendicantes presentes en cortes reales que las redactaron con fines educacionales o de preceptiva política : entre los dominicos, los *Annales sex regum Angliae* de Nicolás de Trevet († c. 1340) y los compendios históricos para uso de la corte aragonesa de Pedro Marsili (c. 1315), Jacobo Dominici († c. 1384), Antonio Ginebreda († 1395) y Juan García de Calatayud († 1459); entre los franciscanos, el *De preconiis Hispaniae* de Juan Gil de Zamora († c. 1318) o las abreviaciones de las *Gesta danorum* de Saxo Gramático.

Resulta difícil marcar en todas estas obras los linderos entre historia y hagiografía, o entre historias de la orden y crónicas regionales, urbanas o universales. Aunque la conciencia de género existió en la Edad Media, fue más refinada y flexible de lo que una clasificación moderna puede establecer. La evolución del concepto de historia universal, el procedimiento de la *abbreviatio* y la diversificación del público lector impulsieron una evolución en el género.

Y en todo caso, la presencia de frailes mendicantes en las ciudades como presbíteros, maestros, confesores, consejeros u obispos determinará, en las regiones donde el desarrollo urbano fue más tardío, su contribución a la composición de una historiografía específicamente urbana.

LA HISTORIA URBANA. La historia escrita desde el punto de vista propio del habitante de las ciudades surge en la Europa Occidental impulsada por el desarrollo urbano de la Plena Edad Media y se irá conformando como género a lo largo de los siglos bajomedievales. Y es natural que el orto tuviera lugar en Italia.

Giovanni Villani (c. 1280-1348), miembro de una familia de mercaderes, algunos de cuyos miembros, Matteo y Filippo, fueron también memorialistas, terminó sus días víctima de la Peste Negra. La *Nuova Cronica* (desde los orígenes de la ciudad de Florencia hasta 1348), escrita en una excelente lengua vernácula en 13 libros y 1.117 capítulos, representa la cima bajomedieval de la historiografía urbana. Pero, a pesar del módulo analístico que la contiene, se mezclan en ella temas de interés histórico general y regional. Sin embargo, a medida que avanza la crónica, estos últimos van quedando postergados frente al protagonismo de la “patria” florentina, cuyos horizontes van ensanchándose gracias a la “industria” y espíritu de empresa de sus ciudadanos.

La experiencia de Villani en el terreno artesanal y mercantil (trabajó para las compañías Peruzzi y Bonacorsi) y su desempeño de varios puestos en la Signoría entre 1316-1329 hicieron su obra más inteligible para los ojos de muchos lectores. Junto a su visión providencialista de la historia, una opinión favorable a la iglesia, el moderado güelfismo y el tono optimista de la narración -disminuido en los últimos tiempos por calamidades naturales, quiebras bancarias, y epidemias mortíferas-, es la perspectiva mercantil de largo alcance del autor lo que le proporciona una visión certera de los hechos de su ciudad en proyección europea.

La obra está basada en fuentes escritas, seleccionadas y a veces incorporadas en extracto al texto mismo, pero también sobre su testimonio personal.

Al contrario que la obra de Villani, varias veces reelaborada y perfeccionada estilísticamente por mor de criterios expositivos, la *Cronica romana*, sólo recientemente atribuida a Bartolomeo di Jacopo da Valmontone (c. 1300-1360) nos ha llegado en un texto incompleto, mucho menos revisado, y tan fragmentario como estructuralmente desigual. Escrita entre 1357 y 1358, con una adición de 1360, fue compuesta en un borrador latino posteriormente vertido al italiano a efectos de publicidad, ya que iba dirigida en clara finalidad ideológica al amplio público de los ciudadanos de Roma. El autor, reconocible por su testimonio biográfico como perteneciente al estamento aristocrático y estudiantil de Bolonia en 1338-39, exhibe una cultura clásica fuera de lo común, con predilección por Tito Livio y su concepción de la historia ejemplarizante. Al describir los sufrimientos padecidos por la ciudad y sus ciudadanos en los tiempos recientes muestra un espíritu antinobiliario, proyectado particularmente contra la familia del cardenal Colonna. Roma y los Estados pontificios son a menudo el centro de la trama, de manera más frecuente en el contexto de relaciones políticas más amplias. Pero la más palpitante aportación biográfica de la obra es acerca de la figura de Cola di Rienzo y su fracasada utopía política. Eventos internos y externos a Roma, de 1327 a 1354, narrados a manera de divagación en 28 capítulos y basados en memorias personales, documentos escritos y testimonios orales, iban destinados a consolar a sus conciudadanos con la evocación del gran pasado de Roma, no sin llamar la atención del lector respecto de importantes e inminentes “novitates”.

Pero su visión de la historia es pesimista y resignada ante la imposibilidad de recuperar el pasado romano y sus valores laicos, cívicos y populares. La modernidad de la obra estriba (según A. Valsina) en la capacidad del autor para dialogar consigo mismo y con sus lectores, para calmar su desasosiego personal por medio de sus memorias y vivir la experiencia del presente comunicándolo, en la convicción de que su escritura sería útil

a sus lectores. Su estilo nervioso, vívido y colorista, primitivo y culto al mismo tiempo, confiere un movimiento dramático a la narración, casi de novela, en los capítulos finales (18-23 y 26-27) dedicados a Cola di Rienzo. Es, en resumen, una obra fuera de lo común, sensible a los valores del primer humanismo y capaz de transmitirlos fuera del restringido círculo de los lectores cultos.

En el resto de Europa, incluso donde existía una producción historiográfica intensa y variada, no siempre se dieron las condiciones para la floración de la historia urbana, y la historiografía continuó orientada en la dirección universal, nacional o étnica, vinculada a la iglesia, las monarquías y los principados. En las ciudades flamencas, renanas y nórdicas se compusieron algunos textos anónimos, o de autoría difícilmente reconocible, que presentan un carácter fragmentario, compilatorio y heterogéneo, con frecuentes adiciones o continuaciones que dificultan la aprehensión de un sentido coherente. Entre la treintena de textos que pueden propiamente clasificarse como crónicas urbanas la más temprana manifestación son los *Annales Cameracenses* (Cambrai, 1099-1170), en los que el canónigo Lamberto Waterlos trata de informar desde una perspectiva local y regional acerca de intereses mayormente eclesiásticos, pero en los que aparece ya el protagonismo conflictual de la élite burguesa flamenca. Los *Annales Gandenses* fueron compuestos entre 1308 y 1337 por un fraile franciscano de Gante, que los dividió en capítulos, a lo largo de los cuales expone los conflictos de la población urbana con el conde de Flandes, y sus relaciones con las ciudades vecinas y los reyes de Francia e Inglaterra. En el valle del Rin, los *Annales Colmarienses maiores* (Colmar, 1277-1472), serie escalonada de textos de vario origen que se apoyan en testimonios orales y escritos, exhiben también el protagonismo eclesiástico pero desde la perspectiva de las órdenes mendicantes, lo que hace más nítido el cuadro de la vida ordinaria de la población urbana, con sus problemas de abastecimiento,

de expansión urbanística y sus brotes antisemitas. En los *Annales Colonienses maximi* el monje Gotfrido se remonta a los orígenes del mundo y traza la historia episcopal e imperial de Colonia, y solo su última parte presta alguna atención a la ciudad y su territorio. Mayor énfasis en lo específicamente urbano, aunque su anónimo y quizás clerical autor se remonte también a la antigüedad, ponen los *Annales Magdeburgenses*, pues en las cuestiones del señorío eclesiástico se detienen en las situaciones de conflicto originadas por la población laica a fines del siglo XII. Todavía en el imperio hallamos los *Annales Bernenses*, una crónica de 1191 a 1344 a la que se añadieron anotaciones entre 1286 y 1405, a través de la cual se representan las relaciones pacíficas y militares de este centro mercantil suizo con los condes de Saboya, los Habsburgos y el emperador.

Entre las ciudades marítimas del norte Los *Annales Lubicens* (Lubeck, 1264-1324) ilustran diversos acontecimientos ocurridos en una ciudad portuaria del mar Báltico, incluyendo las relaciones con su poderoso vecino el rey de Dinamarca. Frente a ellos, las crónicas y anales de Londres aparecen signadas por la presencia de los reyes, y solo episódicamente delatan la conexión con el continente, en particular Flandes. Con referencia al mundo eslavo, en los *Annales Cracovienses* un anónimo autor, que se apoya en tradiciones de los frailes franciscanos, de la familia ducal de Polonia y la nobleza de Cracovia, ofrece noticias de entre 966 y 1291 —notablemente las relativas a la defensa del territorio frente a los tártaros— pero en las que no hay rastro de una conciencia específicamente urbana.

Algo parecido ocurre en España con los anales compuestos en el medio clerical de la principal o primada de sus sedes episcopales, Toledo. Los *Anales toledanos*, en sus tres ediciones (I, c. 1220; II, 1244-1250; III, c. 1392) eran los primeros registros producidos en el medio catedralicio, tras los ejemplares anteriores procedentes de los monasterios (*cf supra*). La compilación de

noticias esencialmente militares alentada por Jiménez de Rada (aunque no ignorante del papel de la milicia ciudadana y de los avatares climatológicos) fue actualizada tras su muerte por un mudéjar toledano, que dejó una impronta básicamente lingüística, y solo a fines del siglo XIV conocería una tercera versión en la que las noticias relativas al obituario regio y a la fábrica de la catedral aportaban la novedad. Pero no hay en ellos asomo de una conciencia específicamente urbana ni menos comunal, que sí puede detectarse, bien que tímidamente, en las *Rerum apud Maioricas gestarum*, anales anotados por el notario Mateo Salzet entre 1372 y 1408, donde toda la comunidad urbana de Mallorca y su reino queda reflejada. Hay que esperar a la segunda mitad del siglo XV, poco antes de 1470, para asistir en una ciudad castellana como Sevilla a la edición de unos anales reunidos desde la perspectiva comunal o concejil: los del jurado, de origen converso, García Sánchez de Aráuz (texto editado por Juan de Mata Carriazo y autor identificado por R. Sánchez Saus), donde las cuestiones urbanísticas y de abastecimiento tienen alguna mayor presencia. El anonimato de los textos, la irregularidad de los tiempos de la narración y la dispersión y heterogeneidad de esta producción hacen problemático un enjuiciamiento de los textos procedentes de Compostela, Toledo, Barcelona, Burgos, Tortosa y Oviedo. En cualquier caso, un mayor desarrollo de este género historiográfico en España tendrá aún que aguardar la Modernidad.

10. LA BIOGRAFÍA (II. 1000 -1350)

Entre 1000 y 1350 la biografía incluía en el interior de sus lindes a la hagiografía, a las *vidas* de reyes (como la de Federico Barbarroja de Otón de Freising o la de Eduardo II) o a las autobiografías (confesionales o apologéticas), de manera que la biografía no puede separarse de esos otros géneros. Crónicas e historias abordan, por otra parte, el comportamiento ejemplar de algunas figuras históricas, y algunas biografías reales usaron, además, los hitos de los reinados solo para enmarcar la historia del período, con lo que no pueden considerarse propiamente biografías ya que les falta información personal. Utilizando ampliamente a Suetonio, Salustio, Jordanes, Josefo, Eginardo y Sidonio Apolinar, tales retratos de los gobernantes contemporáneos se presentan a menudo en forma bastante estereotipada. Si Pedro el Venerable abogaba por el registro seguro de la historia contemporánea en pro de las futuras generaciones, la edificación y el retrato de determinado personaje como personificación de las virtudes ensalzadas en la propia época continuaron siendo los objetivos explícitos del biógrafo medieval.

Entre los biógrafos se cuentan historiadores, teólogos, científicos naturalistas y otros autores para quienes la biografía o la hagiografía no representó sino un género literario. Un ejemplo notable de ello es Mateo París († 1259) (*cf supra*), más conocido por su *Chronica majora* (sobre la historia de Inglaterra en el siglo XIII), que escribió la vida de algunos santos en verso y prosa, tanto en latín como en lengua anglonormanda: San Alban,

Anfíbalo, Tomás Becket, Edmundo de Abingdon, Eduardo el Confesor y Esteban Langton, junto con la historia de los abades y fundadores de su abadía de San Albán. La de San Edmundo incluye ejemplos de oxímoron, retruécano, citas bíblicas y otras figuras de palabra, inclusive algunos dibujos pintados en unos códices ricamente iluminados. Ya Sigebert de Gembloux († 1112), junto a su *De viris inlustribus*, había compuesto comentarios escriturarios, las vidas de los obispos Teodorico. Guibert, Maclovio, Teodardo y Teoderico de Metz, de Wicbert, Lambert y del rey merovingio Sigeberto, así como algunas obras polémicas, entre otras de cómputo, historia y liturgia. También Guillermo de Malmesbury († 1142), en el apéndice a su historia de los reyes y obispos de Inglaterra encargada por la reina Mathilda, escribió una vida de San Wulfstan de Worcester (afirmando en el prefacio ser copia de otra escrita por el capellán del santo, de la que no queda rastro) junto a otros santos. Posteriormente aderezó una monografía sobre la iglesia de Glastonbury, unos milagros de la Virgen y un *Liber Pontificalis*.

El dominico Tomás de Cantimpré († 1272), autor de un *De natura rerum* y del tratado alegórico *Bonum universale de apibus*, dio a conocer las vidas de María de Oignies, de Cristina de Saint Trond, de Lutgarda de Aywières y de Juan de Cantimpré. El también predicador Giovanni de San Gimignano († c. 1323), autor de sermones y de la muy consultada enciclopedia *Summa de exemplis et rerum similitudinibus*, compuso las vidas de Serafina de San Gimignano y Pedro de Foligno. Y qué decir del polígrafo franciscano Juan Gil de Zamora († c. 1318), que añadió a sus compendios escolásticos del *trivium* y del *cuadrivium* sendas colecciones de semblanzas biográficas, el *Liber illustrium personarum* y el *De preconiiis Hispaniae*. Por su parte, el canónigo bávaro Conrado de Megemberg († 1374), autor de tratados polémicos, políticos y científicos, dio forma también a las *vitae* de san Erhard, Domingo y Mateo.

En el prólogo a una biografía su autor suele enfatizar el carácter didáctico de la misma y su propio método, haciéndose eco del *Bellum Catilinae* de Salustio. Añade además (a) una dedicatoria al patrocinador de ella ; (b) una referencia a su personal vinculación con el personaje biografiado, para avalar la fiabilidad del relato; (c) las fuentes bíblicas, clásicas o hagiográficas de su obra; (d) en las hagiografías, una suma de los roles del santo en la historia de la salvación ; (e) una protestación de su personal carencia de habilidad intelectual para la tarea emprendida; y (f) un sumario de la estructura de la obra. Las divisiones en capítulos son muchas veces el producto de copias y reordenaciones posteriores del texto, debido a razones cronológicas o temáticas. En el prólogo de la biografía de san Luis de Toulouse (†1297), gloria de la dinastía de los Anjou, el autor anuncia que la obra contiene nueve capítulos, pero su primera redacción alcanza los diez, y la segunda los trece. La primera edición se organiza así: nobles ancestros (¡del árbol de Jessé!); significado oculto y profético del nombre; infancia, exilio, educación, virtudes, vida pastoral, óbito, milagros y canonización. Pero otras versiones se estructuran didácticamente en torno a las virtudes del santo y suministran relatos de sus hechos, visiones, y milagros para ilustrar tales virtudes. En la *vita major* de la duquesa Hedwig de Silesia († 1243), del teólogo y prior provincial de los dominicos en Polonia Simón de Trebnitz, el esquema es el siguiente: años de formación, matrimonio, amor y continencia; exposición de su humildad, paciencia, austeridad, plegaria y devoción; obras de misericordia, milagros “in vita”, espíritu de profecía, muerte, milagros “post mortem”, canonización y traslación de sus restos. Dicha estructura refleja las rúbricas de los temas tratados en el proceso de canonización de 1267, que el autor cita como fuente.

Protestas de modestia pueden hallarse en la vida de Hugo de Lincoln dedicada al prior Robert de Witham; en la vida del cluniacense Guillermo de Saint Benigne escrita por Raúl Glaber;

en la de Santa Fina del dominico Giovanni de San Gimignano; en el *Dialogus Miraculorum* de Cesáreo de Heisterbach; o en la de Ivetta de Huy (†1228) del cisterciense Hugo de Floreffe. En la *vita* de san Engelbert Cesáreo asegura que, aunque los milagros post mortem no sean necesarios, Dios los realizó para confundir a los asesinos. El papel ejemplar de la biografía es un *topos* tanto en la hagiografía como en la biografía secular, y refleja una educación filosófica que se remonta a la antigüedad. Todos los biógrafos afirman que su finalidad es proporcionar modelos dignos de imitación (*vgr.* en la de Barbarroja por parte de su tío Otón de Freising).

La hagiografía fue también un arma importante en el arsenal de la iglesia contra sus oponentes ideológicos y políticos. Frente al rechazo por los herejes del culto a los santos y contra los falsarios de milagros, a la iglesia le preocupaba que solo las personas con reputación fuesen objeto de veneración. El abad Philippe de Clairvaux abrió una investigación en 1267 sobre los estigmas exhibidos por la beata ermitaña, del entorno de Lieja, Elisabeth de Spaalbek. Tras visitarla acompañado por el abad Guillermo de Saint Trond, escribió su *vita*, en cuyo prólogo declara haberlos contemplado e interpretado como destinados a reforzar la fe y penitencia de los fieles.

El papel de las *vitae* de los santos como herramientas didácticas llevó a los predicadores a expurgar la hagiografía en busca de material para sus sermones. La *Scala Celi* del dominico Juan Gobi (c. 1340) es una colección de *exempla* basados en milagros y organizada por temas. Piero Domenico de Baone (c. 1340) en su vida de Enrique de Treviso señaló que el provecho de leer las vidas de los santos está en el refuerzo de la fe, la edificación de la mente y la elevación y consuelo del alma. Esa función ejemplar del santo exigía una búsqueda confirmatoria de precedentes en la Escritura y en las *vitae* de los mártires y confesores. Paralelas comparaciones con los héroes de la antigüedad se hallan en las

biografías seculares. Raimundo de Capua († 1399) en su prefacio a la vida de Catalina de Siena suministra un vasto catálogo de los santos que se hallan en las *Vitae Patrum*, los eremitas del desierto, y cita las figuras bíblicas que representan los prototipos de la santidad cristiana. Pero, aunque la hagiografía continuaba empleando antiguos “topoi”, la formación del autor nunca podía detectarse en tales obras. Por ejemplo, la afición escolar a la etimología condujo frecuentemente al análisis de los rasgos peculiares del nombre del santo como un presagio de su vida futura (*vgr.* “Engelbert”: ‘angélica libertad’, según C. de Heisterbach). Voragine prestó a San Francisco todas las cualidades derivadas del nombre ‘Franciscus’ sin mencionar que su madre era francesa.

La testificación de las criadas de Isabel de Turingia († 1231) en su proceso de canonización fue registrada en su *vita*, en cuyo prólogo el autor, su confesor el inquisidor Conrado de Marburgo (asesinado por los herejes en 1233), manifestó su propia implicación en la lucha contra la herejía, combate del que no hay prueba que Elisabeth sostuviera. El biógrafo de San Luis de Anjou, citando la epístola a Timoteo, dice dirigir su biografía contra los herejes, judíos y paganos, pero no hay testimonios de que el protagonista se hubiese empleado en combatirlos.

Exempla y *Miracula* restan al autor la oportunidad de proporcionar datos de primera mano sobre sus protagonistas. Los tópicos del niño salvado de ahogarse o del hombre librado de la muerte en la horca refuerzan la impresión de que el “quién, qué, cuándo, dónde y por qué” del milagro reflejan ciertos estándares fijos. La vida del santo, tal como la conocemos, ilustra más a menudo sobre las mentalidades colectivas que sobre el santo mismo.

Entre los tópicos convencionales que aparecen en la hagiografía se cuentan: 1) la piadosa madre que estimula los anhelos espirituales de su hijo y el padre marcial que se opone a ellos; 2)

el sueño profético y otros portentos que preceden a su nacimiento; 3) el *puer-senex*, el niño maduro en virtudes a pesar de su tierna edad; 4) la crisis adolescente marcada por las tentaciones sexuales resuelta por la conversión religiosa; 5) las visiones del otro mundo y las apariciones de moradores celestiales que guían al santo a lo largo de su carrera. Estereotipos similares pueden hallarse en biografías de personajes regios destinadas a santificar una dinastía. El esfuerzo de separar el aparato literario y los elementos populares de los sucesos históricos en las biografías puede ser desalentador, particularmente en las biografías no acompañadas de material documental. Recientemente la hagiografía ha sido interpretada (en trabajos como los de Manselli y Le Goff) como un reflejo del conflicto, el cruce y la mutua dependencia entre la cultura erudita y la popular. Para ilustrar el papel del tópico en la biografía puede utilizarse la *vida* de Douceline de Vigne († 1274), hija de un mercader, que se hizo beguina penitente y cuyo hermano Hugo fue un destacado franciscano. Su biografía provenzal (c. 1297) ha sido atribuida a Philippine de Porcelet, hija de un consejero de Carlos de Anjou, que la sucedió al frente del beaterio de Roubaud y de los de Hyères y Marsella. El relato panegírico de sus primeros años contiene una serie de elementos retóricos, sazonados con citas bíblicas, como el papel de sus padres en su formación, la preocupación por los pobres y la caridad, el efecto penitencial de la predicación, la ejemplaridad de su vida y la naturaleza profética de su nombre.

Respecto de las coyunturas históricas que a partir del siglo XIII determinan la composición de *vita et miracula*, se hallan en primer lugar los procesos de canonización dispuestos por el papado en el ejercicio de la *plenitudo potestatis*. A los notarios y canonistas que operan en la confirmación de un culto (con deposición de testigos sobre una lista cerrada de preguntas, para registrar la evidencia de milagros) sigue el trabajo del hagiógrafo. El inquisidor general Bernardo Gui fue testigo en el proceso de canonización de Tomás de Aquino (1318) y dedicó a su biogra-

fía uno de los capítulos de su *Legenda de sanctis* basándose en aquella investigación. En algunas capillas, particularmente las de iglesias franciscanas, se pintaron frescos y colocaron retablos que representan el ciclo vital de un santo a partir de su biografía ya escrita (*vgr* la de San Francisco, de Tomás de Celano, dictó c. 1235 el diseño de los de la iglesia de Pescia). La reescritura de la vida de los fundadores de las dos grandes órdenes mendicantes, franciscanos y dominicos, al hilo de su dialéctico desarrollo interno, con nuevos episodios -como los referentes al apoyo pontificio-- dio lugar a una actualización de tales representaciones visuales. El origen polémico de esa hagiografía (presente ya en el *Exordium magnum Cisterciense* de Conrado de Eberbach) se reproducirá en otras órdenes, como los eremitas de San Agustín, en la Baja Edad Media, pero el género encontró una suerte de canon en la *Legenda Aurea* de Jacobo de Voragine.

La legitimación del poder había impulsado ya desde el siglo XI la composición de biografías. Así, para santificar la propiedad y el poder político de los monasterios fundados en el sur de Italia tras la conquista normanda. Por otra parte, la restauración de algunos antiguos centros religiosos en el oeste y norte de Francia, en los Países Bajos y Sajonia tras su pacificación en el siglo XI fueron acompañadas de la composición de *vitae* que pretendían legitimar los privilegios monásticos y proporcionar una historia de su santo patrón. Y los cronistas locales a menudo se desviaron de su narración insertando una *vita* del abad u obispo fundadores. *Inventiones*, *translationes* y *Miracula* las acompañaron. Muchas biografías de antiguos santos fueron actualizadas. En el caso de San Marcial de Limoges contribuyeron a revivificar su culto, a pesar de las razonables dudas sobre si se trataba o no de un apóstol antiguo. Puede incluirse también la hagiografía de los santos regios destinada a mejorar la reputación de un monasterio o sede. La largueza del emperador Enrique II para con las sedes de Hildesheim, Magdeburgo, Merseburgo y Estrasburgo se subraya (junto al elogio de su castidad,

defensa contra los esclavos paganos y asistencia a los pobres) en el relato de Voragine. En él se refiere con gran detalle el patronazgo de su esposa Cunegunda sobre la catedral de Bamberg y la fundación del monasterio benedictino de San Miguel y la canónica de San Esteban.

Es preciso añadir la hagiografía al servicio de la Reforma Gregoriana y a la implantación del dominio normando en Inglaterra. Allí surgió una tradición de “santidad antirreal” a propósito de Tomás Becket, Edmundo de Canterbury y Hugo de Lincoln, atacándose en el relato hagiográfico la imposición fiscal al clero, el juicio a los clérigos por los tribunales seculares, y las restricciones a la propiedad eclesiástica. Simón de Montfort, cuya *commonwealth* había contado con el apoyo de la iglesia al final del reinado de Enrique III († 1265), fue objeto de un floreciente culto que fue severamente desaprobado por Eduardo I. En muchas ciudades de Italia la lucha entre güelfos y gibelinos llevó, por demás, a exaltar la imagen de determinados obispos en la figura del *defensor civitatis*.

El ascenso político de las ciudades favoreció la composición de biografías en las que el tema urbano es predominante. Mercaderes laicos como Giovanni de Meda († 1159), Raimundo Palmerio de Piacenza († 1209), Godrico de Finchale († 1170) y Gualfardo de Verona († 1127) unieron al rango de obispos fundadores el de patronos de sus ciudades. Todos ellos trocaron las riquezas por el ascetismo, la peregrinación y la caridad. La canonización del mercader casado Omobuono de Cremona († 1197) por Inocencio III significó un esfuerzo de Roma por disputar a los herejes la clientela de los desilusionados habitantes de las ciudades. Su biografía cuenta que tras veinte años de matrimonio y de disfrute de la riqueza paterna dio en contemplar la brevedad de la vida humana y la vanidad del mundo, entregándose a la oración, la celebración del culto divino y a una vida de caridad para con los pobres y hambrientos. El esquema es paralelo a la vida del fundador de los valdenses, Pedro Valdo,

que se inspiró en la leyenda de San Alejo de renunciar a la riqueza, predicar el evangelio y asistir a los pobres. La conversión de Valdo ilustra cómo una leyenda, redactada primero en siríaco, reescrita en griego y latín y vertida luego a las lenguas vernáculas, fue la ideología motora de una nueva secta.

Durante la Baja Edad Media el género biográfico se puso de manera más clara al servicio de lo que se ha dado en llamar “religión cívica”. El humanista Sicco Polenton (†1447), canciller y archivero de Padua, escribió las vidas de santa Elena Enselimini y Antonio el Peregrino. En la dedicación de la vida de la primera a su hijo Lázaro afirma haber sido solicitado de escribirla por parte de un franciscano, y sentirse orgulloso de que la santa perteneciera a la familia Enselimini. Pero declara también que algunos historiadores loan su ciudad por su antigüedad, murallas, conducciones hídricas, moderada riqueza, fertilidad del suelo, arquitectura pública y privada y demás (es decir, los componentes del género de la corografía en la historia urbana), pero que él prefiere hablar de las reliquias custodiadas en la ciudad y su distrito, así como alabar a sus santos. Para evitar la destrucción de las reliquias de San Lucas y San Mateo por Juliano el Apóstata -refiere- fueron sacadas en barco de la ciudad. Similar espíritu patriótico inspira al autor de la vida del canónigo Juan Gueruli de Verruchio (†1320): “O afortunada tierra de Rímini, en la que tal fragancia se manifiesta y en que el cuerpo de un santo como éste responde a diario a las plegarias y realiza tales milagros entre nuestro pueblo”. Sicco había establecido igualmente, a propósito de aquella santa Elena y del Peregrino, la distinción entre la santidad oficial y la popular: “Incluso aunque ninguno de ellos haya sido aprobado por decreto del sumo pontífice, ambos realizaron milagros y una y otro pueden en la opinión del pueblo contarse entre los bienaventurados”.

Idéntica opinión se encuentra en la vida del penitente laico Facio de Cremona, escrita por el canónigo Juan c. 1272: “Debes saber que el hecho de que sea llamado santo es que la iglesia es

dual, es decir, militante tal como nosotros, y triunfante como lo es la de los bienaventurados. Si no se está canonizado en la iglesia militante, se puede ser canonizado en la superior iglesia triunfante”. El considerable material de archivo disponible para las comunas italianas permite trazar la regulación municipal, los acuerdos del gobierno local y las cofradías asociadas al culto de los santos locales. Junto a la Virgen María y al arcángel Miguel, se daba una creciente preferencia por los santos locales. Ello permite la reconstrucción de su propia leyenda e incluso de la fabricación de episodios presuntamente históricos destinados a reforzar su estatuto legendario como patrón urbano. Lo ilustra el caso del patrón boloñés San Petronio († 450), obispo que habría preservado a la ciudad de su destrucción por los godos y a quien se atribuyó la concesión de privilegios para la fundación de la universidad por parte del emperador Teodosio II.

Las pocas biografías seculares que nos han llegado son tan panegíricas como la hagiografía y están muy influenciadas por Suetonio (tal la *Vida* de Carlomagno de Eginardo). Algunas aparecen bajo la rúbrica de *res gestae*, como las *Gesta Conradi* de Wipo, la *Vita Ludovici VI regis francorum* de Suger de Saint Denis, y la *Vita Enrici IV*, que sirven finalidades dinásticas y carecen de elementos biográficos. Las vidas de los emperadores salios han sido presentadas como un contrapeso al aparato teórico de la monarquía pontificia. Los historiadores que siguieron esa línea usaron documentos de archivo: el relato del asesinato del conde de Flandes Carlos el Bueno († 1127) por el notario Gualberto de Brujas contiene documentos relacionados con las luchas por las libertades comunales. En este género, aunque en verso, ha de inscribirse el Elogio de Diego Martínez de Villamayor, el fundador del monasterio de canónigos regulares de Benevívere, junto a Carrión de los Condes, compuesta verosímilmente en el mismo cenobio del camino de Santiago donde los canónigos augustinos habían de competir con los santos benedictinos y cistercienses de su entorno. En formato de grupo

obran las vidas de los reyes castellanoleonese incluídas en el *Liber illustrium personarum* del franciscano Juan Gil de Zamora († c. 1318).

Pero en el siglo XIII las biografías habían empezado a redactarse en lengua vernácula: así las *vidas* de Guillermo el Mariscal († 1226), conde de Pembroke, y la de Carlos de Anjou de Adam de la Halle. La de Luis IX por Geoffroi de Beaulieu († 1275) a petición de Gregorio X contiene los *Enseignements* de San Luis, un sumario de las opiniones morales de este monarca. Pertenecen a una tradición cortesana que presenta a sus personajes como encarnación de los ideales caballerescos. Pero hay otras biografías no caballerescas, que vienen a indicar una temprana veneración a figuras de la cultura, como la colección de *vidas* de los trovadores provenzales (Marcabré, Cercamón, Bertran de Born, Bernard de Ventadorn...). En esa línea se escribieron la *Vida* de Dante por Boccaccio, o el *Liber de vita et moribus philosophorum*, de Walter de Burley.

La biografía de Luis VI por Suger había inaugurado la biografía real, destinada a un cultivo literario de más altura por razones obvias. En ella el objeto es antes el reino que el mismo rey. Suger no siempre observa el orden cronológico. Cada uno de sus 32 capítulos sigue un orden preestablecido: descripción sumaria de un evento particular, intervención real y solución del problema. El senescal de Champagne Joinville († 1317), compañero de Luis IX en Tierra Santa, testificó en su proceso de canonización y tomó parte en la elevación de las reliquias del rey. Su *Vida de Luis*, de 1309, está basada en la correspondiente deposición de testigos y, aunque va dedicada a su nieto a Felipe el Hermoso, iba destinada al clero real, con lo que no sorprende se centrara en las virtudes cristianas y el valor militar del rey, incluyendo los consejos edificantes a sus consejeros, que el autor pretendía debían inspirar el gobierno de la reina viuda Juana de Navarra. En 1303 Guillermo de San Pathus, confesor de la

viuda de San Luis, Margarita, y de su hija Blanca, compuso otra *vida* basada también en el texto del proceso de canonización. Y aunque no quedan muchas copias de esos textos, según Guenée debieron circular como relatos semioficiales y son citadas por posteriores historiadores cortesanos.

El verso continuó usándose en crónicas rimadas de carácter biográfico: *Histoire de Guillaume le Marechal* (c. 1220-25); o la ya citada *Vita Didaci* del fundador del monasterio de canónigos regulares de Benevivere en Carrión, trasunto del encomio poético latino, según J. Gil); o la, con su *Vida del Príncipe Negro* (c. 1385), del heraldo Chandos, biografía caballeresca de Eduardo de Woodstock y de Juan de Gante, duque de Lancaster. Por otra parte, la crónica en 24.346 alejandrinos de Bertrán Dugesclin acusa la influencia de los cantares de gesta.

Capítulo aparte en el género lo constituye la autobiografía. El modelo de las *Confesiones* de Agustín marcó en la Edad Media su estructura retórica según el esquema 'crisis de fe-conversión religiosa-renacimiento personal'. Los detalles personales de la vida se subordinaban a los conceptos cristianos de pecado y salvación. Margery Kempe († c. 1438) interpretó su propia vida como un reflejo de la voluntad divina de salvarla a pesar del entorno hostil que la rodeaba, pero muchos la tuvieron por una hereje de la secta de los lolardos. La necesidad de justificación motivó también la *Apologia pro sua vita* de Angelo Clareno (1330): trataba allí de justificar, frente a Roma, su vinculación con los franciscanos espirituales. Los materiales autobiográficos contenidos en obras como las de Rathier de Verona († 974) y de Otón de St Emmeran († 1067), autores ambos de vidas de santos, se habían centrado en temas religiosos y con fuentes complementarias informan sobre la vida del autor. Pero los relatos de viajes, como *Il milione* de Marco Polo o los reportajes de los misioneros a Asia (el franciscano Odorico de Pordenone y el dominico Giordano Cathala) objetivizan las costumbres de

sus anfitriones y están lejos de reflejar la personalidad del autor. Con toda probabilidad el muy leído relato de Juan de Mandeville fue escrito desde el confort europeo. Las cartas de Bernardo de Claraval y de Inocencio III pueden ayudar para reconstruir la vida de sus autores, pero no pueden considerarse “autobiográficas” por el empleo del tópico y la presencia de confesores que sirvieron como intermediarios en la transmisión de noticias. La autobiografía de Beatriz de Nazaret († 1268) ha sido atribuida a una variedad de autores, de los que su confesor Fulger es el más probable. Pero la mayor atención la prestó a alabar las virtudes de Bartolomé, su padre, que hizo donaciones a tres monasterios cistercienses, en uno de los cuales terminó profesando junto con sus hijos.

La recuperación del género, tras un largo hiato, se había producido en el siglo XII con el “ascenso del individuo” y el renacimiento de las controversias teológicas y filosóficas. Las obras del judío Pedro Alfonso (converso al cristianismo en 1109), el *De vita sua* del monje Guibert de Nogent († 1124), y la *Historia calamitatum mearum* del maestro universitario Pedro Abelardo († 1142) fueron los primeros monumentos. En el siglo XIII el énfasis en la contricción y la penitencia decretado por el IV Concilio Lateranense produjo un florecer más amplio de la literatura confesional, a menudo asociada a los medios franciscanos y a los círculos religiosos femeninos. Pero las más detalladas vidas del judío Hermann de Colonia, y de Raimundo Lulio siguen siendo apologéticas y polémicas en el tono, e incluyen extensos diálogos con adversarios religiosos. Hermann de Colonia († 1160) (cuya biografía ha reconstruido J.-C. Schmitt), miembro de una familia de comerciantes hebreos, convertido al cristianismo bajo la influencia del teólogo cristiano Rupert de Deutz, suministra en su obra una justificación intelectual al abandono de la familia y comunidad en favor de una fe extranjera. Forma parte de un género contemporáneo de debates entre judíos y cristianos que eran resueltos con los superiores

argumentos de la teología cristiana. Sin embargo, en él se describen algunos detalles de la vida de las comunidades judías. A pesar del carácter algo estereotipado, los sueños proféticos de Hermann, su ocupación como prestamista, los conflictos con su comunidad a propósito de su conversión, la ansiedad respecto al matrimonio, contienen elementos de autenticidad. De la misma forma, el noble mallorquín Raimundo Lulio († 1315) escribió en su *Vida coetánea* (1311) acerca de la crisis que condujo a su conversión luego de una existencia en el medio cortesano. Narra allí su celo en convertir a los infieles a través de tratados filosóficos, la confrontación directa con los musulmanes y la organización de escuelas de lenguas extranjeras en el curso de sus encuentros con ciertas figuras públicas. El detallado relato de los viajes de Ramón por todo el Mediterráneo está sazonado de referencias a su considerable producción literaria. La obra contiene un riguroso ataque a quienes no comprendieron la misión de este personaje cuya capacidad intelectual sobrepasaba claramente la de sus adversarios (M. Goodich).

La autobiografía atribuida al papa Celestino V († 1294) solo trata de los treinta primeros años de su vida. Narra su infancia en un pueblecito de los Abruzzos, su admisión entre los benedictinos y el establecimiento de una nueva orden religiosa que combinaba la regla benedictina y la franciscana. Con toda probabilidad no la escribió él mismo sino más bien alguno de sus discípulos en el momento de promoverse su canonización. Aunque el texto contiene detalles probablemente auténticos acerca de su familia y de las dificultades de la vida rural, los varios milagros y visiones referidas se ajustan a los estándares vigentes, situando la obra en la tradición hagiográfica, y en concreto en la serie de finales del siglo XIII constituida en los medios franciscanos y de penitentes a la que pertenecen las vidas de Angela de Foligno y Margarita de Cortona, ambas escritas por sus confesores con aparato de visiones y revelaciones. El millar de visiones y revelaciones de este tipo que contiene la literatura medieval no puede consi-

derarse propiamente autobiografía puesto que las estereotipadas descripciones del otro mundo, los conflictos con el demonio y los encuentros con seres celestiales carecen a menudo de individualidad. A pesar de lo cual tales visiones jugarán un papel importante por ilustrar la vida interior del santo, en la hagiografía posterior producida tanto en medios religiosos como laicos, y ayudarán a propagar la geografía cristiana del otro mundo. En las vidas de Hildegarda de Bingen, Catalina de Siena, Juan de Roquetaillade y Brígida de Suecia las visiones constituyen un medio de difundir la ideología política. Mientras el *Liber visionum* de Elisabeth de Schönau, escrito por su confesor Ekshberto, representa un tipo de biografía espiritual, sus *Revelationes de sacro exercitu virginum coloniensiium* (1156/1157) había servido solo para autenticar las reliquias de Santa Úrsula y las Once Mil Vírgenes presuntamente sepultas en Colonia.

No son los santos las únicas personas cuyas visiones han sobrevivido, ya que los *exempla* contienen relatos particulares extraídos de todos los sectores de la población, aunque los seleccionados iban destinados a suministrar un mensaje moral o a validar la teología cristiana. Por ejemplo, en la visión del otro mundo del monje novicio Edmundo de Eynsham (1196), experimentada durante uno de los dos días en que estuvo inconsciente, se alude a personas conocidas del visionario, ya difuntas, que se estimaba se hallaban sufriendo en el más allá, y ello junto a una detallada descripción de la geografía penitencial ultraterrena. Similar esquema visionario —que es preciso ubicar en el contexto histórico del “nacimiento del Purgatorio” (cf el ensayo dedicado al tema por J. Le Goff)— presta Lucas de Túy al final de los *Miracula sancti Isidori* a algunos de los canónigos de la colegiata leonesa. Al mismo tiempo, tanto los científicos naturalistas como los teólogos tratan de la etiología y del significado de los sueños, y esta literatura puede ayudarnos a entender cómo la gente de la Edad Media interpretaba las figuras y símbolos que aparecen en los sueños y revelaciones.

La investigación acerca de los herejes por parte de la Inquisición ha suministrado algunas de las más fructíferas fuentes de recuerdos personales, por más que fuese llevada a cabo en condiciones coercitivas. La amplia investigación emprendida entre 1320-3 por Jacques Fournier, obispo de Pamiers (y luego papa Benedicto XII), si bien centrada en la herejía y en su difusión, nos ofrece relatos detallados de las vidas de personas como Bernard Delicieux, Beatrice de Planisolles, Baruch de Languedoc y Arnauld de Verniolles entre otros (*cf* su utilización para el estudio de etnografía histórica sobre la aldea occitana de Montaillou por E. Le Roy Ladurie). Si la tradicional literatura autobiográfica era religiosa y apologética, tales actas del juicio nos proporcionan la evidencia de los hábitos alimentarios, vida sexual, y supersticiones de amplios círculos de la población. De igual modo, los procesos de canonización con su amplia gama de testimonios —hombres y mujeres, clérigos y laicos, burgueses y campesinos— testificando bajo juramento a favor de un candidato a la canonización suministran al historiador de la sociedad información indirecta sobre las vidas del pueblo ordinario. Aunque su testimonio se refiere a la vida y milagros del santo, tales narraciones han sido empleadas por los historiadores de la sociedad interesados en la vida diaria, problemas médicos y preocupaciones prácticas de los laicos. De la misma forma, los perdones pronunciados por el tribunal real del Châtelet contienen coloridos reportajes del pueblo menudo parisino de fines del siglo XIV y nos proporcionan un retrato de los excluidos de la sociedad medieval. Estos detallados relatos pueden ayudar en la elaboración de un tipo de microhistoria que los historiadores han eludido a menudo, normalmente más preocupados por la historia institucional o de las ideas religiosas. El testimonio de algunos testigos sobre el mismo milagro en un proceso de canonización nos permite reconstruir el microcosmos de una comunidad cristiana congregada por la presencia de lo divino. Dejando a un lado la naturaleza ideológica y estereotipada de buena parte de esos testimonios, esos testigos hablan también

de su trabajo, sus miedos, sus ocupaciones en tiempo de ocio, su vida familiar, etc. Debido a la naturaleza judicial de esas fuentes, la información básica de cada testigo incluye: edad, residencia, origen, vinculación al santo, género, nombre completo, profesión, fecha del testimonio, nombres de los testigos que lo corroboran, y oficiales del tribunal, junto a otros datos específicos requeridos normalmente por los tribunales de justicia. Esos datos nos acercan más a los grupos no clericales y no nobles que el retrato que deparan las fuentes diplomáticas de tipo tradicional.

La investigación académica de la hagiografía surgió en el siglo XVI con la Sociedad de los Bolandistas, que se proponía aplicar el método filológico de los humanistas al estudio de las vidas de santos. A pesar de la oposición del cardenal Belarmino (temeroso de que algunos relatos de milagros llevasen a muchos creyentes a las filas del protestantismo) y de la orden Carmelita (consciente de lo indefendible de su pretensión de haber sido fundada por el profeta Elías), el proyecto recibió el apoyo del papado. Siguiendo el orden del calendario litúrgico, en un trabajo de equipo proseguido a lo largo de trescientos años (incluyendo el periodo de disolución y dispersión de la orden jesuítica entre 1773 y 1836) las *Acta sanctorum* llegaron a alcanzar en la edición de sus volúmenes el mes de noviembre. Pero por imperativos de la investigación académica moderna el proceso fue abandonado, por más que lo retomaran las *Analecta Bollandiana*. La investigación hagiográfica continúa hoy basándose en ediciones críticas de las *vitae* y *miracula* de los santos a partir del estudio comparativo y crítico de los manuscritos relevantes y de la identificación de las fuentes codicológicas.

A pesar del abundante trabajo de autores y revistas en torno a este tema, quedan por tratar aspectos como hasta qué punto el público en general, aparte del clero, prestaba oído a la hagiografía, o la relación de este género literario con la liturgia. El término *legenda* sugiere que las vidas de santos aparecieron como textos conmemorativos para ser leídos en el curso del cul-

to litúrgico (oficio divino o misa), y así lo afirma Juan Beletth para las *passiones* y las leyendas. Un manuscrito de la *vita* del obispo Hugo de Lincoln lleva las notas marginales “legere” y “noli legere”. La audiencia dependía, pues, de la asistencia popular a los oficios de las iglesias. Pero la ausencia de testimonios escritos de confianza podía llevar al rechazo de reliquias largo tiempo veneradas, o a la supresión en el calendario de un santo de dudosa existencia. Gervasio de Canterbury refirió que el arzobispo Lanfranco consiguió limpiar el calendario de santos indocumentados de los que no podían hallarse documentos acreditativos: Bregwine, Adelard, Alfric y otros arzobispos, cuya conmemoración cesó tras la conquista normanda de Inglaterra. Dado el vínculo entre la hagiografía y la música sagrada –acreditado muchas veces por las instrucciones musicales contenidas en el texto, o las relativas a la recitación de “responsoria” o “lectiones”, a veces previstas para el oficio por el mismo santo– el papa Inocencio III escribió el de algunos de los santos que él mismo había canonizado, recurriendo a la hagiografía contemporánea, y el mismo papa Gregorio IX compuso himnos a San Francisco.

11. HISTORIA Y FICCIÓN

La Alta Edad Media no ignoró la diferencia entre el relato histórico y el de ficción. Isidoro en las *Etimologías* aclara que la función de la *historia* es informar e instruir refiriendo unos hechos. De la *Fábula*, en cambio, se esperaba un relato de ficción. En *De oratore* Cicerón había exigido al historiador observar un respeto escrupuloso por la verdad, sin manifestar temor ni favor respecto de ella. Durante toda la Edad Media se consideró que solo merecen figurar en el relato histórico los eventos considerados verdaderos y memorables, precisamente porque son al mismo tiempo edificantes. Tal concepción la había fraguado Herodoto, cuyo propósito fue evitar que se borraran de la memoria de los hombres las grandes y maravillosas hazañas realizadas por los griegos y también por los bárbaros. Pero la historia —como recuerda Guenée— no tuvo sitio en el *trivium* de los siglos XII y XIII. Se trataba de una disciplina ancilar, subsidiaria de la gramática y la retórica, que utilizaba contenidos de la teología, el derecho y la ética para sus fines edificantes. Y aunque ello estaba ya presente en la retórica romana, durante el periodo medieval se distinguió entre la *historia* (narración de los hechos que de forma probada habían tenido lugar), el *argumentum* (relato más probable que verdadero) y la *fabula* (el que no era ni verdadero ni probable). Pero la mayoría de los historiadores de la Edad Media parecen haber retenido solo la primera y tercera de estas categorías, lo que no les impidió introducir en sus relaciones episodios de tipo fantástico o legendario. No obstante los

historiadores del siglo XII, en latín o lenguas vernáculas, creían en la existencia de hechos (*res gestae*) ocurridos más allá de sus “propios” relatos (*historiae rerum gestarum*) aun cuando estos ocasionalmente contuvieran alguna información de carácter mágico y fantasías o apariciones fantasmagóricas.

Y aunque B. Guenée consideraba los poemas latinos y los “romanz” como un subproducto literario, ya en 1975 Paul Zumthor distinguió entre la épica vernácula, la historiografía y el romance, según el criterio de la finalidad inherente a cada texto. De la historiografía latina y de la *chanson de geste* distinguió el *roman* y la *histoire*, ambas composiciones en verso octosílabo y lengua vernácula por más que la primera pusiese el énfasis principal en lo imaginario y la segunda en lo histórico. Consideraba que ambos eran “hermanos gemelos nacidos de una crisis de autoconciencia que afectó a la clase dominante de la sociedad occidental en determinado lugar y tiempo relativamente específico”. La particularidad más neta del cantar de gesta consiste en su función memorial. Su “triumfante atemporalidad” queda garantizada por lo dramático y, por así decirlo, por el aspecto litúrgico del *cantar* épico, es decir, por “el aquí y ahora, por el diálogo *presente*, cálido y virtual entre el cantor-realizador y aquellos que le escuchan”. La composición del poema en *lais-ses* asonantadas (estrofas compuestas de versos octosílabos, pero también decasílabos y alejandrinos) no hace sino reforzar esa impresión. Según aquel autor, en el mismo cantar “se establece una progresión a fuerza de las profundas estructuras narrativas empleadas, por más que ninguna de ellas predomine: repeticiones, paralelismos, rupturas, contradicciones, cada momento del discurso narrativo es fundamentalmente un presente, siempre el mismo”.

Los juglares que recitaban estos largos cantares de gesta, a menudo con una extensión de varios miles de versos, narraban a su auditorio las *gesta principum*, es decir las hazañas o proezas

realizadas por grandes personajes en un pasado relativamente distante. Se trataba de héroes que pertenecían a las grandes familias nobles de la época carolingia. La narración de su historia fue concebida como una serie de eventos, ora fuesen legendarios por naturaleza, ora basados en hechos más o menos comprobados. Pronto se formaron ciclos o “geste”: el del rey o de Carlomagno; el de Guillermo de Orange; y el de Garin de Monglane. Si esos relatos de unos conflictos tan distantes en el tiempo, ocurridos lo más frecuentemente entre cristianos y musulmanes, hallaban una audiencia tan entusiasta en la Francia feudal de las primeras cruzadas era sin duda porque venían a despertar en la mente de los contemporáneos la memoria de una antigua lucha que de nuevo volvía a resultar altamente relevante, y oyéndolos cobraban sentido los desafíos a los que su propia generación tenía que enfrentarse. Mostraban a su aristocrática audiencia una profusión de hechos heroicos, a veces trágicos pero siempre gloriosos, realizados en su mayoría en nombre del Señor y al servicio de la fe cristiana. No es extraño que la iglesia no los condenara. Así que los cantares de gesta resultan ser, al menos en parte, un reflejo del fervor religioso de las cruzadas. Por medio de sus protagonistas (Roland, Olivier, Guillermo de Orange...) se expresan todas las aspiraciones y los dilemas de la casta guerrera.

La composición de estos poemas adoptó la forma estrófica de *laissez* asonantadas de longitud variable, generalmente en verso decasílabo, aunque también se halla en ellos el octosílabo y el alejandrino. El grado de invención poética es impresionante. D. Poirion ha advertido contra el riesgo de distorsión del sentido en determinadas versiones modernas de los poemas que desconocen el papel jugado por los juglares en su *performance*. No se puede menos de admirar el virtuosismo inherente a la ejecución instintiva en el calor e inmediatez de una sesión pública, en la que cada serie de hemistiquios, versos, y *laissez* se nutre del amplio recurso a motivos y fórmulas que cualquier juglar con talento tenía en

todo momento a su disposición. No obstante, el proceso de escritura debe también haber jugado su papel en la conformación final y la transmisión de los textos, pues siempre hubo un momento en que se decidió que determinada versión de un poema debía preservarse del olvido copiándose en pergamino.

La estética de estos cantares es ajena a las modernas nociones de armonía y unidad. Los largos prólogos, “con la majestuosidad de una fachada”, la yuxtaposición de episodios escritos en diferentes estilos y colocados uno junto a otro como si de los cristales en color de una vidriera gótica se tratara, con pausas y disgresiones, repeticiones secundarias y contradicciones, recuerdan las capillas laterales de un templo, según D. Poirion. Por su parte, M. Zink ha llamado la atención sobre el hierático movimiento de vaivén tan característico de esta estética literaria en la que el desarrollo narrativo no es lineal, como si lo que interesara en primera instancia no fuese lo que va a ocurrir a continuación. Antes bien, en el poema épico se dan una serie de ecos, algunas *laissez* se repiten y se diferencian solo por la asonancia o por menudas variaciones de su contenido, además del incesante recurso a frases estereotipadas que pueden ocupar un hemistiquio o un verso entero. Por otra parte, las melodías que acompañaron el recitado de estos poemas no han llegado hasta nosotros.

En buena medida el tema de fondo de los cantares de gesta es la problemática representada por las relaciones feudales durante los reinados de Luis VII y Felipe Augusto. En la *geste* de Guillermo se trata del tipo de comportamiento que un vasallo fiel y honorable ha de adoptar cuando le toca lidiar con un señor pusilánime acosado por enemigos interiores y exteriores a su estado. En el *Raúl de Cambrai*, perteneciente al llamado ciclo de los vasallos rebeldes, se presenta el trágico dilema del vasallo desposeído de su feudo por su señor el rey. En definitiva, no hay duda de que los autores de los cantares de gesta pensaban que estaban relatando hechos verídicos, y en ello se diferencian de la actitud imaginativa del cuentista bretón.

En la primera mitad del siglo XII en el reino anglonormando, cuyos monarcas trataban de imponer su autoridad y dotar de una identidad distintiva a unos dominios que ellos habían ampliado, hallamos las gestas de ciertos príncipes contemporáneos registradas en varios tipos de ‘historia’, algunas de las cuales no tenían la pretensión de ser “históricas”. El objetivo era a menudo, como señaló P. Zumthor, justificar ciertas innovaciones en la vida política por medio de relatos escritos de lo que había ocurrido en el pasado, o promover determinados cambios situando aquellos relatos en el contexto de una costumbre existente que, en realidad, estaban tratando de socavar. Es el caso de la *Historia regum Britanniae* de Godofredo de Monmouth, de la *Estoire des Angleis* de Gaimar, o de los *roman* de Brut y de Rou de Wace. Este último autor, clérigo de Jersey residente en Caen, concluye c. 1155 su *Roman de Brut* narrando las hazañas del biznieto de Eneas y primer rey de las Islas Británicas. Inspirado en la *HRB* de Monmouth, el ya autor de varias obras hagiográficas presenta al rey Arturo como modelo para la caballería feudal. Así, al mismo tiempo que se inaugura la historiografía en verso, la “materia de Bretaña” es transmitida a la Francia del siglo XII. Pero junto a la historia de los caballeros de la Mesa Redonda, la obra ofrece también un cuadro de la Bretaña céltica desde sus orígenes troyanos hasta la conquista normanda, incluyendo las profecías de Merlín y las invasiones de Julio César y de Hengist y Horsa. Su estructura se basa en el viejo esquema de la sucesión real y generacional.

La otra narración de Wace, el *roman de Rou* o Rollon, dedicado c. 1160 a Enrique II Plantagenet y Leonor de Aquitania, se propone relatar la historia de su prestigioso linaje, desde la fundación del ducado en el siglo X por el jefe vikingo Rollon y la conquista de Inglaterra por el duque Guillermo, pero la concluye en el reinado de su tercer hijo Enrique I Beauclerc, por lo que en el epílogo encarga la tarea de terminarla a Benoît de Sainte-Maure. El poema contiene un relato de la visita de ins-

pección girada por el cronista a la fuente encantada de Barenton, en lo más apartado del bosque de Brocéliande, donde no halló hadas ni especie alguna de maravillas. Ello le da pie para desestimar los relatos orales de que se hacían eco los juglares y demás propagadores de cuentos fabulosos no respaldados por una fuente escrita. La obra se compuso en tres versiones sucesivas, por lo que Enrique II encargó a Benoît de Sainte-Maure un nuevo texto de la *Chronique des ducs de Normandie*, que este realizó entre 1170 y 1174, aunque sin ir más allá de la batalla de Tinchebray y la muerte de Enrique I. La modeló sobre la crónica latina *Gesta Normannorum ducum* de Guillermo de Jumièges en la redacción de Roberto de Torigni, que a su vez depende de otras tres fuentes: hasta el 4º duque, Ricardo, en *De moribus et actis primorum Normannie ducum* de Dudón de San Quintín; para los reinados del conquistador y sus hijos en las *Gesta Guillelmi* de Guillermo de Poitiers y en la *Historia Ecclesiastica* de Orderic Vital. En un prólogo —parte hasta entonces no empleada en crónicas romances— Benoît declara el desafío y la aspereza que comportaba la redacción de la *Chronique*, en la que ahorró intrigas y episodios amorosos, abundando por el contrario en aseveraciones sobre la autenticidad de las fuentes consultadas, y en digresiones como la de que la función del historiador es proporcionar a sus lectores y oyentes una narración escrupulosamente cronológica repleta de buenos ejemplos. No queda claro, sin embargo, a partir de su última edición crítica, si el propósito implícito de la obra era el de escribir la historia, en sentido literal, o el de entretener e ilustrar a sus oyentes legitimando, de paso, la dinastía Plantagenet.

¿Cómo puede, pues, distinguirse la historia de la novela? La manera como los autores llaman a sus obras no ayuda. Renaut de Beaujeu denominó su *Bel inconnu* tanto “roummant” como “istoire”; Gaimar titula su poema “geste”, “vie” o “histoire”; Wace y Benoît de Sainte-Maure “estoire” o “geste” a las suyas. Es preciso diferenciar la especificidad del *roman* de vocación

histórica de las obras de intencionalidad literaria, legendaria o imaginaria. Estas últimas son unas composiciones en verso octosílabo que entre 1160 y 1190 narraron el destino de un héroe caballeresco, o sea, de un individuo. Su significado, empezando por los *lais* de Marie de France o los *romans* de Chrétien de Troyes, no es discernible en la literalidad del mismo texto. Desde el comienzo de su *Erec y Enide* la ambientación espacial y temporal del reinado de Arturo no se encuentra ya en el interior del espacio en que Monmouth y Wace la habían inscrito: Logres no es Inglaterra ni Bretaña. En sus siguientes *romans* o novelas (*Cligés*, *el Caballero de la Carreta*, *Ivain* y *Perceval* o *El cuento del Graal*) el poeta de la corte de la condesa María de Champaña deja clara la paternidad de su obra con el celo de un artesano y, al exaltar en sus tramas temas como el valor, el honor, la caballería y la lealtad a una dama, da por supuesto la familiaridad de su audiencia con el mundo del rey Arturo, la reina Ginebra o la Mesa Redonda.

Pero tales obras reflejan la avidez de la clase noble por una mayor y más variada información histórica, dado que el cantar de gesta como forma de transmisión de los acontecimientos a la posteridad les resultaba anacrónico. Mas a fines de siglo se produjo una doble reacción crítica. Por un lado ciertos clérigos moralistas se mostraron hostiles a las ficciones en verso octosílabo de Chrétien de Troyes y sus continuadores, tachándolas de vanidades. Y por otra parte ciertas obras escritas que se presentaban como “verdaderas” acusaron de falsedad a todos los tipos de cuento versificado. Ello lo atestigua algún pasaje de la antes citada crónica de los duques de Normandía y sobre todo las diferentes traducciones de la *Crónica del pseudo Turpin* que aparecen en Francia a principios del siglo XIII, la primera de las cuales es la *Chronique dite Saintongeaise* de Nicolás de Senlis, que postula el rechazo de la rima como garantía de la integridad de su *estoire*.

Se trataba de la versión vernácula de un texto latino, la *Historia Caroli Magni et Rotholandi*, compuesto c. 1135-1150 en el medio catedralicio de Compostela a fin de completar las noticias que sobre la presencia de Carlomagno en España había dado la *Chanson de Roland* (para lo cual atribuyó al emperador una serie de operaciones militares en el territorio de Al Andalus y en el camino de Santiago). Puesto bajo la autoría de Turpín, el obispo de Reims que en el cantar de gesta figura como capellán del emperador, su presunta historicidad tuvo éxito en la Francia feudal, y solo de la versión anglonormanda se registran no menos de seis traducciones independientes entre 1200 y 1230. Pero en España tanto el *De rebus Hispaniae* de Jiménez de Rada como, ya a mediados de siglo, el “taller historiográfico alfonsí” habían restringido la intervención carolingia a los límites de la gesta rolandiana, por lo que en Francia se compuso un nuevo cantar de 11.600 versos, *Anseis de Carthage*, al objeto de reivindicar para la estirpe de los francos el protagonismo de la pérdida y reconquista de España. El protagonista, uno de los pares de la corte carolingia, ha recibido en feudo del emperador el trono de España, pero lo pierde al provocar la invasión musulmana cometiendo estupro en la hija de uno de sus consejeros, que urdirá la invasión de la península. Tal apropiación de la leyenda del rey godo Rodrigo no tendría contestación desde el lado español hasta bien entrado el siglo XV en el elaborado relato novelesco acerca de la historia y aventuras del último de los godos a que cabe reducir la llamada *Crónica Sacrracina*.

Ello no obstante, a poco de componerse la *General Estoria* en el entorno de Sancho IV se tradujo al castellano la *Estoire d'Eracles empereur et la conquete de la terre d'Outremer*, versión francesa de la crónica de Guillermo de Tiro que relata la conquista de Palestina durante la primera cruzada, y se le añadieron un par de relatos, procedentes de cantares de gesta, sobre la infancia de Carlomagno. Uno de ellos, el *Mainet*, narra el destierro vivido en su juventud por el futuro emperador en

la corte del rey musulmán de Toledo y las hazañas realizadas a su servicio que le permiten recobrar el trono de Francia. El conjunto, titulado *La gran Conquista de Ultramar*, no puede desvincularse de la ideología que hubo de acompañar a la llamada Batalla del Estrecho librada desde 1291 por Sancho IV con la plaza de Tarifa como punta de lanza, empresa militar simultánea a la defensa de San Juan de Acre en el Oriente Latino. Pero tampoco del pleito dinástico sostenido por un monarca castellano cuya legitimidad se veía disputada desde la misma corte de París. Dicha finalidad ideológica no excluye que la historiografía del siglo XIII concluya, como ha señalado F. Gómez Redondo, con un “complejo proceso de transformación de las líneas de textualidad (...) en busca de un nuevo modelo de expresión, de un distinto sistema de pensamiento [para permitir] al receptor incorporarse a ese conjunto ideológico. No otra cosa es la ficción”.

BIBLIOGRAFÍA

- Ainsworth, P. F.: *Jean Froissart and the Fabric of History. Truth, Myth and Fiction in the "Chroniques"*. Oxford, 1990.
- Boutet, D.: *Formes littéraires et conscience historique aux origines de la littérature française (1100-1250)*. Paris, 1990.
- Catalán, D.: *De Alfonso X al conde de Barcelos. Cuatro estudios sobre el nacimiento de la historiografía romance en Castilla y Portugal*. Madrid, 1962.
- Deliyannis, D. (ed.): *Historiography in the Middle Ages*. Leiden-Boston, Brill, 2003.
- Fernández Ordóñez, I., "Actores y autores de la Historia al margen de la corte regia en la Edad Media Ibérica", *Medieval Studies in honour of Peter Linehan* (Firenze, 2018), 588-614.
- Goffart, W.: *The Narrators of Barbarian History (A.D. 550-800): Jordanes, Gregory of Tours, Bede, Paul the Deacon*. Princeton, 1988.
- Gomez Redondo, F.: *Historia de la prosa medieval castellana*. 4 vols. Madrid, 2007.
- Gransden, A.: *Historical Writing in England*. Vol I (c. 550-1307); vol II (c. 1307-1500), London, 1974 y 1982.
- Guenée, B. : *Histoire et culture historique dans l'Occident Médiéval*. Paris, 1980.
- Heusch, C.; "La pluma al servicio del linaje. El desarrollo de los nobiliarios en la Castilla Trastámara", *e-Spania* (2011).

- Linehan, P.: *Historia e historiadores de la España Medieval*. Salamanca, Universidad, 2013.
- Pérez-Embid, J.: *Santos y milagros. La hagiografía medieval*. Madrid, Síntesis, 2017.
- : *Carlomagno en España. Anseis de Cartago, cantar de gesta del siglo XIII*. Córdoba, Almuzara, 2023.
- Poirion D. : 'Chanson de Geste', *Dictionnaire des Lettres Françaises*. Paris, 1964.
- Rigg, A.G.: *A History of Anglo-Latin Literature, 1066-1422*. Cambridge University Press, 1992.
- Spiegel, G.: *Romancing the Past. The Rise of Vernacular Prose Historiography in the Thirteenth Century France*. Berkeley, 1993.
- Sprandel, R.: *Chronisten als Zeitzeugen: Forschungen zur spätmittelalterlichen Geschichtsschreibung in Deutschland*. Colonia, 1994.
- Tate, R.: *Ensayos sobre la historiografía peninsular en el siglo XV*. Madrid, 1970.
- Zink, M.: *Littérature française du Moyen Age*. Paris, PUF, 1992.
- Zumthor, P., *Langue, texte, énigme*. Coll. "Poétique". Paris, 1975.



Se acabó de editar
LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL
el día 3 de marzo de 2025,
estando al cuidado de la edición
Editorial Universidad de Huelva

